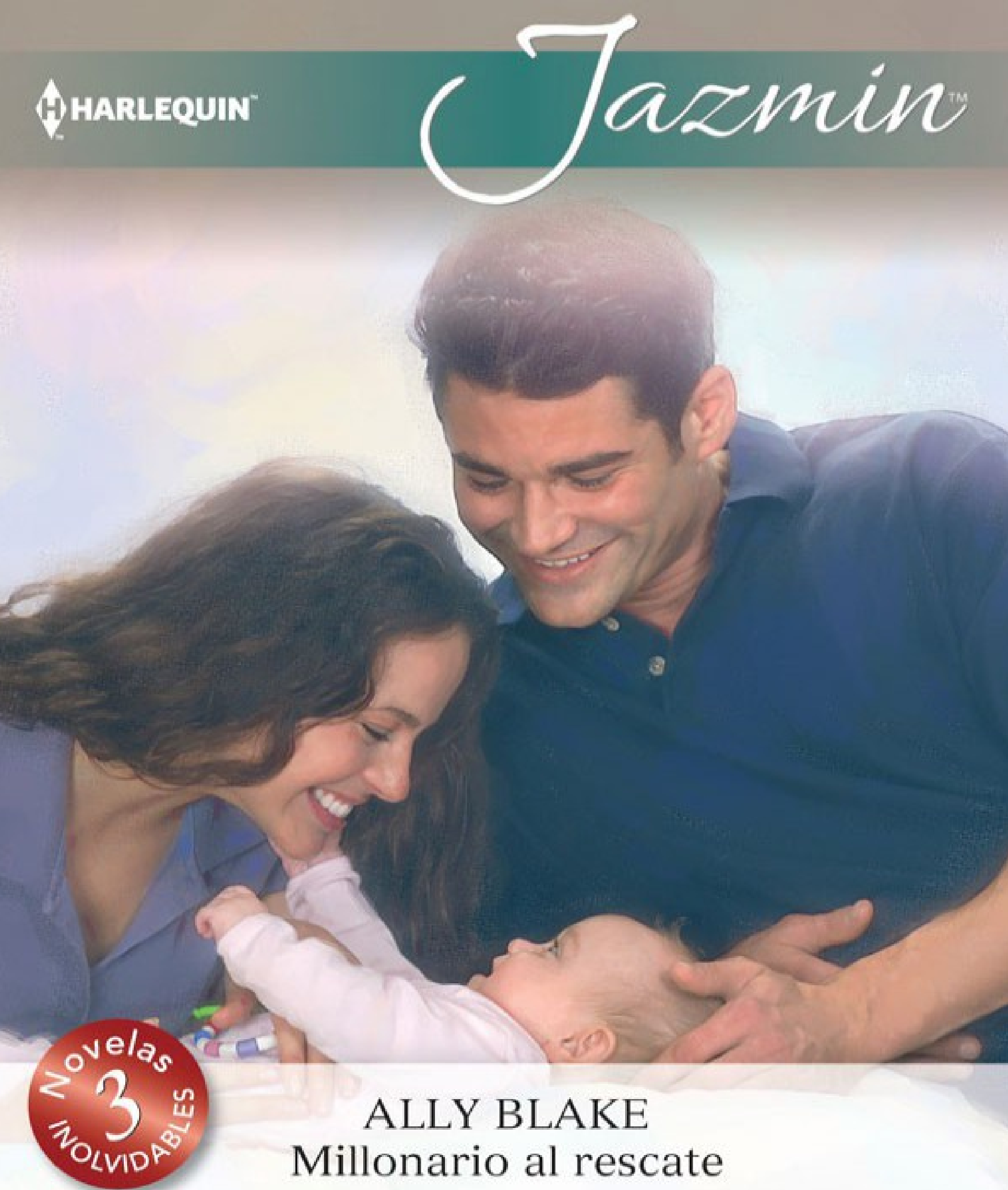


ALLY BLAKE
Millonario al rescate

MYRNA MACKENZIE
Polos opuestos

CAROLINE ANDERSON
La ternura del amor

Millonario al rescate

Ally Blake

Millionario al rescate (19.12.2007)
Título Original: Millionaire to the Rescue (2007)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2165
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Daniel Finch y Brooke Findlay

Argumento:

Le habían hecho mucho daño en el pasado, pero aquél era el hombre más honrado que había conocido... y también el más guapo.

Cuando Brooke Findlay fue a ver al agente Daniel Finch, se enteró de que su difunto esposo había dilapidado su fortuna antes de morir y ahora los niños y ella no tenían nada.
Danny no dudó un segundo en acudir a su rescate y darles un hogar en la lujosa propiedad que tenía en las montañas. Brooke no esperaba que entre ellos surgiera aquella intensa atracción. Era evidente que Danny sentía algo por ella, pero después de todo lo que había sufrido, de las mentiras y los engaños de su marido, ¿podría volver a confiar en un hombre?

Capítulo 1

A BROOKE le dolía la cabeza y sentía el corazón como si tuviera una estampida en el pecho. Todo lo que podía ver era oscuridad. La mezcla de sonidos, un teléfono sonando unas habitaciones más allá, la risa de una mujer, una televisión con el volumen bajado, desmentía su idea de que estaba muerta. A menos, claro, que su infierno personal consistiera en verse obligada a escuchar el canal de deportes por toda la eternidad.

Recapituló. Estaba en posición horizontal y sentía cómo los diminutos nudos de una alfombra se le clavaban en las pantorrillas y los brazos desnudos. Tenía los ojos cerrados en medio de la oscuridad a pesar de que era de día. Lo sabía por el rojo sangre que veía a través de la fina piel de los párpados.

Sólo con abrir los ojos sabría dónde estaba, pero una vocecita en el fondo de su cabeza le decía que no le gustaría lo que vería. Quizá era mejor quedarse así en esa bendita ignorancia un poco más. Estuviera donde estuviera, no estaba mal. Nadie la estaba arrastrando para jugar al fútbol, ni para ir a comprar otro juguete, ni se escondía entre los arbustos para hacerle una foto cuando salía del gimnasio sin maquillaje. Y estuviera donde estuviera, olía maravillosamente. Como a concentrado de cítricos. Respiró por la nariz. Delicioso.

Un momento después su instinto se impuso y Brooke abrió los ojos. Un rostro llenó por completo su visión.

Una cara de hombre de solemnes cejas marrones, pelo del color del chocolate bueno y una boca sensual que sólo con verla supo que debía de ser devastadora cuando sonriera. En ese momento no sonreía. De hecho parecía intranquilo.

—¿Danny? —dijo con voz ronca.

—Brooke —dijo él con un suspiro de alivio.

Brooke parpadeó un par de veces y cuando lo vio se dio cuenta de que la poco frecuente mirada de preocupación había desaparecido de sus ojos. Se aclaró la voz y dijo:

—¿Por qué estoy en el suelo?

Danny le apoyó la mano en la frente de modo amable e inesperadamente riema «Hazlo otra vez», pensó ella mientras volvía a cenar ¡Os ojos de nuevo, «me siento como en el cielo».

—Te has desmayado —dijo con suavidad, como si ella hubiera desaparecido en medio de una nube de humo.

Tardó un rato en recibir sus palabras a través de la neblina. ¿Desmayado? Respiró hondo y de nuevo le llegó el olor cítrico. Esa vez lo identificó como el fuerte noma de la loción de afeitado de Danny. Era divertido que no se hubiera dado cuenta antes. Era delicioso.

—No seas ridículo —dijo ella—. Desmayarse es para las damiselas, las seguidoras de los Beatles y las adolescentes. No soy ningunas de las tres cosas. Yo no me desmayo.

Se sentó para demostrarlo y sintió una terrible punzada de dolor en la parte trasera del cráneo. Se le escapó un gemido, se cubrió los ojos con la mano y se dio cuerna de que estaba temblando.

Danny se sentó a su lado en el suelo. La alfombra iba a poner perdidos los bonitos pantalones de su traje.

Siempre llevaba unos trajes preciosos. Sofisticados, de diseño y siempre negros. Pero no fue capaz de encontrar las palabras para decírselo porque cuando la rodeó con su brazo y sintió en la piel desnuda las yemas de sus dedos, le pareció una sabia decisión callarse y relajarse en su abrazo. Su sorprendente calidez. Su fuerza. Lo mejor para no volverse a caer.

—Bueno, o te has desmayado o has decidido, echarte una siestecita en la alfombra de mi despacho —dijo Danny en tono de broma.

¿Su despacho? Brooke se apartó la mano de los ojos. En la pared roja de detrás de la gran mesa de roble había colgadas fotos dedicadas de los deportistas más famosos del mundo. A su derecha, estanterías llenas de recuerdos, biografías encuadernadas en tapas duras y periódicos deportivos. Tres televisiones empotradas en la pared conectadas permanentemente a los canales de depottes. Estaba en el despacho de Denny en la Agencia Good Sports. ¡Qué raroL

Miró a los dos lados y se encontró con su rostro a unos pocos centímetros. Tenía una mirada de preocupación intensa y desasosegante. Una mirada que aterrorizaba a los presidentes de los equipos de fútbol, engatusaba a los periodistas y embrujaba a las mujeres por todo el país. Y como siempre Brooke no tenía ni idea de qué estaba pasando por su cabeza.

Parpadeó, miró al infinito y.levantó el brazo para apoyarlo en la alfombra color café.

—¿Por qué... sabes... por qué me he caído?

—¿No lo recuerdas? —preguntó él.

—Nada. ¿Quieres informarme?

—Deberías... deberíamos... No puedo Sentados en el suelo como si fuésemos una pareja de adolescentes dándose un revolcón —murmuró Danny mientras la soltaba lentamente para ponerse de pie.

Le tendió las dos manos y ella las agarró a pesar de su último comentario que aún seguía resonando en el rincón de su cabeza responsable del pulso. Aunque sabía que él no había querido insinuar nada con el comentario. Nunca lo haría. Así era Danny.

La puso en pie de un tirón como si no pesara nada, después le pasó un cálido brazo por la cintura haciendo que la manga de lana de la chaqueta negra tirara de su ropa de algodón y rozara contra la sensible piel de su vientre. Se concentró en eso y no en el enorme alivio que la envolvía por toda esa calidez, fuerza y el aroma a lima.

Se alejó de ella una vez la hubo dejado sentada en una cómoda silla de cuero rojo. Después, en lugar de ir a sentarse en el sillón que había al otro lado de la mesa, Danny acercó otra silla y se sentó frente a ella.

Mientras se sentaba, Brooke se dio cuenta de que una de las perneras del inmaculado pantalón estaba llena de diminutos filamentos de la alfombra. Se preguntó si quien le lavara la ropa tendría que quitarlos uno a uno con unas pinzas. Si era una mujer y él sonreía cuando se lo pidiera...

Danny se acomodó y los pantalones se tensaron alrededor de lo sólidos muslos. Después volvió a tomar las dos manos de Brooke entre las suyas. Tenía unas manos grandes. Las manos de un tipo que segaba su césped. Se hacía la cena. Se lavaba la ropa interior. No eran las manos suaves de un mimado oficinista que tiene a alguien en casa que cuida de él.

Acarició con los anchos pulgares los dorsos de las manos de ella. Con cada suave y lenta caricia, Brooke sentía que el dolor de cabeza se le pasaba. Incluso aunque de lo último que se podría acusar a Danny fuera de . ser cálido, en ese momento, mientras sostenía sus manos y la miraba a los ojos, podría haber jurado que ha vuelto a ver un destello de preocupación en su mirada. Algo iba realmente mal.

—Brooke, ¿no te acuerdas de que viniste la semana pasada para pedirme que revisara el testamento de Cal?

—Sí —no lo recordaba, pero ya sí, aunque lo único que quería era que la siguiera mirando a los ojos—. ¿Y?

—Te has desmayado cuando te he dicho que no habían sido para ti ninguno de los activos de Calvin por que no tenía ninguno. Les ha llevado a sus acreedores un tiempo mayor de lo normal encontrarlo porque vivía la mayor parte del año en el extranjeró, pero una vez que lo hicieron, descubrieron que era insolvente. Querida, no queda nada. Nada de nada.

En ese momento el estómago de Brooke dejó de dar vueltas. Se convirtió en caliente ira líquida. Una bonita e insensibilizadora oleada de ira.

Danny debió de darse cuenta del impacto porque le apretó las manos como ofreciéndole... ¿consuelo? ¿Comprensión? ¿Un puerto seguro en la tempestad? Fuera lo que fuera lo que significaba, ese gesto fue lo único que evitó que volviera a marearse mientras a su cabeza acudían todo tipo de recuerdos.

Todo lo que Calvin y ella habían ahorrado para asegtvarse de que sus hijos pequeños estarían a salvo si a alguno de ellos le ocurría algo, la casa, los seguros de vida, las inversiones, había desapuecido.

Y algo más había sucedido. Tres meses antes, en lugar de volver a casa después de ganar el campeonato de Italia de motociclismo, su marido, que casualmente era el mejor amigo de Danny, había volado por un acantilado de la costa italiana con un Maserati de más de cien mil dólares que ella no sabía que tenía y una adolescente en el asiento del copiloto.

El líquido caliente en su interior se convirtió en una sólida varilla de acero. Los espasmos del estómago desaparecieron, lo mismo que el dolor de cabeza. Se sentía deliciosamente insensible, excepto para las amables caricias que le infundían vida en el dorso de las manos.

Se soltó de un tirón de las manos de Danny, de su comprensión. Él entrelazó los dedos. Su compasión hacía Brooke te hacíasentirse extrañamente impotente. Y en ese momento necesitaba ser más fuerte que nunca.

—Muy bien —dijo ella sacudiendo el pelo—. En este punto, puedo admitir que me he desmayado y no que me estaba echando una siesta en m alfombra.

La comisura derecha de los labios de Danny se levantó ligeramente dibujando una profunda hendidura en su mejilla que

por suerte desapareció rápidamente.

—Brooke, ¿qué demonios ha pasado? ¿Adónde ha ido todo a parar?

Ella se encogió de hombros ligeramente y abrió la boca como para decir algo, pero lo único que pudo hacer fue romper a llorar. Y las lágrimas no eran parte de su vida, lo mismo que los desmayos. Eran para los niños de rodillas llenas de heridas que empezaban a andar y los hombres que bebían demasiado. Las lágrimas eran para la gente que quería que los demás los compadecieron.

—Sólo de patrocinadores debió de ganar en el último año más de tres millones —siguió Danny pronunciando las palabras que ella no podía—. Y después de pagar la casa, el coche y el colegio de Beau, te debería quedar una buena reserva.

—No te olvides de los honorarios de los representantes —puntualizó ella.

Sus miradas se encontraron. Brooke podía notar la hostilidad que había entre los dos como si fueran dos polos opuestos obligados a ioteractuar por su conexión a través de Cal y las leyes de la naturaleza simplemente no se lo permitiemn.

Danny se inclinó de modo casi imperceptible, apartándose de ella emocional y físicamente. Dejó caer las manos como gesto de rendición y dijo:

—No mates al mensajero, Brooke. Sin mí no hubiera pasado de ser un corredor aficionado de los suburbios.

—Un poco egocéntrico —dijo sentándose más derecha.

—No —dijo con los ojos dorados más oscuros y brillantes—, sólo sincero.

—Bien —respondió ella sin querer concederle todo al mejor amigo del canalla—. Si eras un regalo de Dios para Cal, dime cómo ha sucedido esto. Por lo que sé, tú te ocupabas de esta parte de nuestra vida.

Danny parpadeó, pero no lo bastante deprisa como para que a ella no le diera tiempo a ver una sombra de sorpresa en sus ojos. Cruzó el pie derecho sobre la rodilla izquierda y se pasó una mano por la barbilla con gesto pensativo.

—Me he ocupado de las finanzas de Cal hasta que me dijo que tú querías mantener tus inversiones separadas de sus beneficios.

El estómago de Brooke se hizo un nudo. No tanto como si fuera a perder el conocimiento otra vez, sino mucho más fuerte. Como si todos sus recuerdos se retorcieran.

—¿Y no te pareció extraño?

Danny hizo una pausa como si estuviera pensando lo que iba a decir, después, despacio, se recostó en la silla. Parecía tan relajado como si hubiera pasado la última hora disfrutando de su whisky preferido. Era tan frío. Brooke se cruzó de brazos para controlar un estremecimiento.

—Me pareció bastante lógico —dijo—. La diversificación es la clave para salvaguardar los propios activos. Además pensé que querrías mantener algunas cosas en privado —en ese momento dejó de mirarla y dirigió los ojos al azul horizonte que se veía desde la ventana del segundo piso.

—¿Yo? ¿Mantener algo en privado contigo? —solté una carcajada—. Desde que Cal ganó el campeonato del mundo por primera vez he tenido bastante con mantener las citas del pediatra fuera de las revistas. Sabían que estaba embarazada de Lily antess que yo. ¿Ocultarte algo a ti? Tienes que estar de broma.

Volvió a mirarla, pero ella siguió sin tener ni idea de qué ocurría detrás de esos ojos de pedernal. Sintió que la piel primero se le calentaba y después se le enfriaba bajo aquella intensa mirada y tuvo que hacer un esfuerzo para respirar despacio con la esperanza de que aquello no fuera el preludio de otro desvanecimiento.

—Danny, me has visto borracha, con resaca, destrozada por la gripe. Me has visto sin maquillaje, en pijama y con el pelo revuelto. Y no importa cuánto he tratado de borrar la imagen de mi cabeza, sigue ahí: tú sujetándome el pelo mientras yo pasaba dos horas con la cabeza en el retrete la primera mañana que tuve vómitos por Beau.

Que era mucho más de lo que Cal había hecho nunca, pensó volviendo a sentir la ira de nuevo y envolviéndose en ella como en un escudo protector.

—Me había olvidado de todo eso —dijo Danny en tono fntimo —. No fueron tus días más glainutrosos.

—Probablemente sea mejor que sigas sin recordarlo.

La boca de Danny esbozó una pequeña sonrisa provocando la aparición de un hoyuelo en su mejilla. Desafortunadamente era la clase de hoyuelo que podía hacer olvidarse de quién era a la mujer más seria del mundo. En su estado, Brooke tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantenerse concentrada.

—Incluso después de compartir esos momentos tan íntimos, hubiera entendido que quisieras poner algo de distancia entre

nosotros.

Ia cuestión era que ella no había visto la necesidad. Entonces, ¿por qué la había visto Cal? Danny y él eran los mejores amigos del mundo. Si Cal le habla dicho la verdad, Danny se hubiera puesto del lado de Cal siempre. No importaba en qué. A menos...

—¿Sabías que Cal y yo estábamos separados desde hace un año?

Había esperado que conociera su separación «secreta» de Cal desde el momento en que la habían decidido, pero el gesto que se dibujó en su boca y las negras nubes que cubrieron sus ojos le dijeron que no sabía nada.

—¿Quieres decir que estabais planeando divorciaros? —preguntb con una voz tan grave que sintió un escalofrío en los brazos.

Ella asintió. Sintió una inesperada oleada de afecto por Cal. Había mantenido al menos esa promesa y le había dado el tiempo que ella quería para comunicárselo a su familia y amigos antes de empezar con los papeles de la separación.

La oleada alcanzó su punto más alto y después se quedó en nada, como una pompa de jabón. Mientras ella se había quedado con Beau y Lily y había tratado de parecer contenta, Cal había interpretado sus dudas respecto a abandonarlo como una oportunidad para cortarle las alas sistemáticamente. Un gran agujero ocupó su pecho. Ya no estaba aturdida, ni siquiera sentía dolor, sólo un gran vacío. Y una gran soledad.

—Nadie lo sabía, Brooke —dijo Danny—. Al menos eso puedo asegurártelo.

Brooke sonrió, pero no sentía alegría.

—Pensaba que era inteligente mantener las cartas ocultas de ese modo, pero ahora el país está de luto por una de sus estrellas del deporte. Para ellos mi pérdida es reciente, pero la verdad es que hace mucho tiempo que perdí a Cal —se pasó una mano por los ojos—. Y todo lo que he estado tratando de evitar ahora lo tengo delante.

Danny no dijo ni una palabra. Brooke se preguntó si sentiría alguna clase de perversa satisfacción por sus apuros. Nunca le había gustado que se hubiera casado con Cal, se había dado cuenta desde que se habían conocido. Nunca había sido hostil, simplemente reticente. Hasta que con los años habían firmado una difícil tregua. La pareja era un engranaje más de la enorme máquina llamada Calvin Findlay.

Pero Cal había desaparecido y sus así llamados amigos lo habían abandonado desde su muerte, pero Danny seguía allí. A pesar de la tensión que existía entre ellos, él era lo único que tenía.

Era momento de que volviera a ocupar un lugar de importancia.

—Lo que estoy tratando de decirte —dijo ella y luego respiró hondo,— es que nunca te he ocultado nada. Ni siquiera se me ha ocurrido intentarlo. Lo triste es que tú, Danny Finch eres lo más parecido a un marido que he tenido.

Capítulo 2

EN CUANTO esas palabra salieron de su boca, Brooke deseó no haberlas dicho.

«¿Lo más parecido a un marido?» ¿En qué estaba pensando? Esa clase de afirmaciones podían poner nervioso al tipo más templado, pero no al frío Danny Finch. No podía ser que lo único que supiera hacer fuera desmayarse, tenía que hacer algo más.

Se puso de pie a pesar de la debilidad que sentía en las rodillas y se acercó a la ventana. Se quedó mirando la playa de Santa Kilda. Más allá de la transitada carretera las olas de un azul prístino rompían en la brillante arena.

—Olvida todo lo que te he dicho —dijo ella frotándose la frente.

Danny también se levantó, Brooke pudo ver su reflejo en el cristal, aunque, por suerte, se mantuvo a distancia, apoyado en el borde de la mesa.

—No lo hagas, Brooke.

—¿Que no haga qué? —preguntó alzando un poco la voz—. ¿Ponerme nerviosa? ¿Desmayarme? Me estás diciendo que estoy a punto de perder mi casa, ¿verv dad? Y que no tengo suficiente dinero para pagar el colegio de Beau hasta que acabe el curso, incluso aunque decida dejar de comer.

Sabía que estaba siendo díscola, pero el gesto de indiferencia que veía en su rostro hacía que le dieran ganas de zarandearlo, o golpearlo, cualquier cosa que provocara en él algún tipo de reacción distinta de la tibieza.

¿Por qué se preocupaba? ¿Qué eran ellos una vez desaparecido Cal? A lo mejor lo que debía hacer era estrecharle la mano y decirle aeocantada de haberte conocido» y no volverlo a ver.

Quizá era eso lo que debería haber hecho, pero había tolerado más de una infidelidad y alguna promesa rota por parte de Cal, ¿por qué iba a alejarse de la única persona que podía poner algo de luz en su situación?

—No me lo dulcifiques —insistió Brooke—. Suéltalo ya. Todo. Puedo soportarlo.

Danny entornó los ojos.

—Es un poco mejor de lo que crees. Tienes bastante para pagar el colegio de Beau hasta final de curso si dejas de comer.

Brooke se echó a reír.

—De acuerdo, a lo mejor le puedes echar un poco de sacarina —se volvió a mirarlo—. ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que salga todo a la luz? ¿Antes de que algún periodista siga la pista y descubra que no sólo era el peor padre del año, sino que además dejó a sus hijos en la indigencia?

Danny ni siquiera parpadeé. Brooke se preguntó qué tendría que hacer para quebrar esa fachada y saber qué había realmente detrás de esa fría mirada dorada.

—Hasta que el testamento no haya sido ejecutado —dijo él , no será público. Así que diría que tienes un día, dos con un poco de suerte.

¿Un día? Oh, Dios.

—Pero si murió hace casi tres meses —dijo con voz titubeante—. ¿Cómo puede ser todavía noticia?

Danny se apretó el brazo, sus dedos se clavaron en la tela del traje y ella tragó con dificultad para intentar controlar el temor. Él no sabría qué hacer si se ponía a gritar como una loca.

—No hay escapatoria, Brooke. Serás la viuda de Calvin Findlay hasta el día que te mueras. En tu lápida pondrá: «Aquí yace la esposa del mejor campeón de moto GP que esta tierra ha visto. Descanse en paz».

Brooke lo miró con gesto torcido.

—Gracias —dijo—, es reconfortante.

Él se encogió de hombros, pero le había hecho sentirse mejor hablándola de modo directo. Era la única persona que no hacía que se sintiera como si estuviera llevando la cuenta. Con Danny nunca había sido así.

Con Danny siempre había sentido simplemente que se encontraba ante una respuesta sincera, buena o mala. Y eso hacía que se sintíera... segura.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Vas a tener que vender la casa —Danny soltó el golpe con el mismo tono que le hubiera dado las gracias por invitarlo a una cena.

—Lo sé—dijo con un suspiro de resignación.

—Y devolver el coche.

—¿A quién?

Danny tensó un músculo de la mandíbula.

—Es alquilado.

—Bien —dijo—, claro —apretó las manos contra los codos y

tuvo una breve visión de que era el cuello de Cal.

—Y vas a tener que buscar trebajo.

Se llevó una mano a los ojos y se los apretó hasta que todo se volvió negro.

—Pero Lily no empieza el colegio hasta el año que viene y no puedo hacer que Beau cuide de ella durante sus próximas vacaciones. Ahora no —dejó caer las temblorosas manos a ambos lados del cuerpo—. Además el único trabajo de verdad que he tenido ha sido atendiendo un bar. Y fue hace muchos años. ¿Conoces a alguien que me contrataría con un currículo tan triste?

—Puedo encontrarte un trabajo aquí —dijo Danny.

Dejó de temblar y parpadeó. De todo lo que le había dicho eso había sido lo que más le había impactado. La agencia era toda la vida de Danny. Su esposa, su =ante y su hija favorita al mismo tiempo.

—¿,Y qué podría hacer para ti exactamente? ¿Mejorar la calidad de las vuelos en primera clase con mi encanto? ¿Preparar los bocadillos de tu personal? Puedo hacer un sándwich vegetal riquísimo. Esa es toda la experiencia que he tenido en los últimos diez años —negó con la cabeza— Gracias, pero no. No soy un caso de caridad.

Danny levantó una oscura ceja y en su rostro empezó a dibujarse algo parecido a una sonrisa.

—No soy caritativo. Necesito una asistente personal, alguien que se interponga entre mi recepcionista, Lucille, y mis hipersensibles clientes Y si no pensara que puedes ser útil pan mi empresa, no hubiera hecho la sugerencia.

—Sí, pero...

—Sí, pero nada. Eres una mujer inteligente, Brooke. Eres brillante. Agradable. Tienes mucho que ofrecer —terminó.

Había estado pensando los últimos ocho años que nunca la había tenido en estima, que simplemente la había tolerado por Cal, y en realidad bahía pensado que era... agradable. Se sintió extrañamente desinflada por un cumplido tan blando.

Pero no era momento de ponerse sensible. Ya había sufrido bastante desde la muerte de Cal.

—Es una oferta realmente generosa, Danny. Lo pensaré, pero no puedo tomar una decisión ahora mismo. No hasta que no haya resuelto lo de los niños.

Danny asintió.

—¿Tienes algún sitio donde quedarte hasta que todo se solucione? ¿Puedes ir a casa de tu hermana?

Simone. Oh, Dios. Tendría que pasar por todo aquello recurriendo de nuevo a Simone. Su hermana estaba cuidando de Lily en ese momento y no había tenido más remedio que informarle de todos los detalles escabrosos cuando le había llevado a la niña esa tarde. El día iba mejorando por momentos.

—No es posible —dijo Brooke—. Vive en un piso de una habitación sin jardín y con un hippy en paro que fuma hierba como una chimenea. Incluso aunque hubiera una habitación pan nosotros, no metería a mis hijos en una ambiente así —Danny la miró con cuidado. Esa vez la mirada hizo que se sintiera ruborizada e incómoda—. Bueno —dijo ella ocultando su repentina sensibilidad con brillantez—, dado que te has puesto en plan filantrópico, voy a dejar que nos permitas a Beau, a Lily y a mí acampar en la recepción. ¿Te parece bien?

—Problema resuelto —dijo Danny sonriendo.

Brooke tuvo un atisbo de unos dientes blancos y su corazón perdió el ritmo. No porque la sonrisa significase algo, sino porque era una mujer y no podía negar que Danny era guapo.

Era urbano, sofisticado y tenía un agudo sentido del humor. Era alto, con aspecto saludable. El que permaneciera soltero significaba que debía de dejar un reguero de mujeres embelesadas cada vez que saliera por la puerta.

Además estaba su boca. Amplia, sensual y ligeramente levantada en las esquinas. Y esas pocas veces en que sonreía... Bueno, entonces era sencillamente guapo. No había una palabra que lo describiera mejor.

Era una pena que ella tuviera más calidez en su dedo meñique que él en todo el cuerpo. Siempre lo había encontrado frío y un poco triste. Hacía mucho tiempo que había decidido que debía de ser porque era demasiado inteligente. Con demasiada buena presencia. Demasiado orgulloso. Y se veía obligado a pasar sus días entre simples mortales.

Brooke se aclaró la voz. Era hora de irse. Había escuchado lo que tenía que decirle y seguir allí compartiendo unas cuantas sonrisas extrañas no le iba a solucionar ninguno de los problemas que tenía.

—Un problema. El sofá es pequeño —dijo Danny separándose de la mesa y haciendo que Brooke tuviera que levantar la barbilla para

mirarlo.

—¿El sofá? —¿el sofá?—. Ah, el sofá de la recepción.

—Y Lucille es un desastre —dijo manteniendo la sonrisa en los ojos—. Deja envoltorios de chocolate por todas partes. Pringosos envoltorios de chocolate.

—Me gusta Lucille, es alegre.

—Está chiflada —dijo Danny—, pero escribe a una velocidad endiablada y tiene una ortografía mejor que la de mi abuela y mis archivos nunca han estado mejor organizados. Si pudiera mantenerla pegada al ordenador y lejos de los clientes, mi vida sería perfecta,

Danny parecía creerse lo que estaba diciendo, pero Bmoke descubrió una mezcla de ternura e involuntario encanto en su voz. Sería bonito que alguien hablara así de ella. Casi se sintió celosa. De Lucille. De la recepcionista de Danny. Definitivamente debería haberse quedado desmayada.

—Entonces no hay sofá para nosotros, ¿no? —preguntó.

Negó con la cabeza. Despacio. Primero a la izquierda y luego a la derecha. Sin dejar de mirarla en ningún momento.

—Además creo que estaréis mucho más cómodas quedándoos en mi casa.

—¿Quedándonos?—preguntó—. ¿En tu casa?

Danny levantó las manos hasta la altura de los codos. Debía de parecer que se fuera a desmayar de nuevo, pero Brooke esperaba que no la tocara. Se sentía demasiado sensible y como sin respiración.

—Brooke, todo esto saldrá a la luz. La prensa te va a acosar como nunca. ¿Crees que tenerlos alrededor para ver qué compras para comer es una intromisión? Pues eso no es nada comparado con lo ávidos que van a estar ahora que la historia no es tan rosa. Necesitas un lugar seguro para quedarte hasta que te repongas —hizo una pausa y añadió—. Y me parece que es lo mínimo que puedo hacer.

—Danny yo... ni siquiera sé dónde vives.

—En Dandenong Rangers.

—Pero eso está a kilómetros de aquí —devolvió.

—No tantos kilómetros. Lo bastante cerca para venir al trabajo todos los días y lo bastante lejos como para que los periodistas; de la ciudad no se molesten en ir a buscarte. Tengo varios coches, así que puedes ir y venir a tu antojo. Y hay muchas habitaciones.

Muchas más de las que necesita un tipo soltero. Me sentiría muy honrado si lo miraras como un puerto seguro donde refugiarte.

Sonaba tentador. Demasiado tentador. Espacio. Distancia. Todo bajo la protección de Danny. La clase de protección que ella normalmente hubiera rechazado, pero en ese momento, bajo esas circunstancias, después del lío en que estaban sus hijos… ¿tenía elección?

—Es una oferta realmente amable, pero te molestaríamos —dijo sin mucho entusiasmo.

—Nunca me has molestado —la certeza que había en su voz le caló muy dentro—. Y no es mi estilo hacer de buen samaritano, Brooke.

Pensó un momento con la esperanza de encontrar alguna otra solución, pero no la había. Había sido ella quien había actuado como un avestruz los últimos años, con la cabeza en la arena, con la pretensión de que su vida era una bendición. Con su marido famoso, su enorme casa en Hawthorn, sus preciosos hijos, su rutina de yoga y spa, era la envidia de las mujeres que leían revistas del corazón en los supermercados. Esas mismas lectoras estarían afilando sus cuchillos y la sensación de que había aterrizado le golpeó en la cara.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Danny añadió:

—No hay otra forma de entrar que una puerta privada. Estoy rodeado de bosques y montañas. Cualqüier periodista que te siga se merece una entrevista por su persistencia. Además, para cuando descubran dónde estás y aprendan a subirse a los árboles, ésta será ya una noticia pasada.

Noticia pasada Gracioso. Se sentía como una noticia pasada desde hacía años. Casi desde la primera vez que encontró lápiz de labios en un cuello de Calvin. Se había preguntado cuándo el resto del país despertaría y se daría cuenta también.

—Bueno, si lo pones así —dijo ella—. Acepto. Gracias.

—No hay de qué —dijo haciendo una pequeña reverencia como un antiguo caballero.

Sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Y entonces sonó el intercomunicador rompiendo el extraño ambiente que había llenado la habitación. Danny apretó un botón oculto en cualquier parte de la mesa.

—Lucille —dijo—. Nada de llamadas.

—Pero es Gordon Rose. Me dijiste que le pidiera que llamara.

Danny parpadeó. Su mirada se oscureció mientras sopesaba las opciones. Continuar con la viuda de su mejor amigo o hablar con el entrenador de fútbol mejor pagado del país…

Brooke decidió facilitarle la decisión.

—Estás ocupado —dijo ella recogiendo su bolso de una silla cercana a la puerta.

—Dile que lo llamo en diez minutos —dijo Danny a la voz de la recepcionista sin dejar de mirar a Brooke; después soltó el botón.

—Danny… —dijo Brocke.

—Esperará —caminó hasta unirse a ella al lado de la puerta—. ¿Seguro que estás bien?

Pensó por un momento que se acercaba a ella para volver a agarrarla, tocarle al brazo, la cintura. Para ofrecerle algo de la ternura que había mostrado por su chiflada recepcionista. Pero se metió las manos en los bolsillos.

Le había ofrecido su hospitalidad y había pensado que su relación había cambiado, pero no, le estaba haciendo un último favor a Cal, en ella… Nada más. O quizá compensando su propia sensación de pérdida teniendo a los hijos de Cal cerca un par de semanas. De cualquier forma, nada había cambiado.

—Nada de desmayos, te lo prometo —dijo—. Sobre todo si no estás cerca para agarrarme.

Creyó haber visto que su mejilla se teñía ligeramente de rojo. Podía haber sido el reflejo de la pared. Tenía que haber sido. El grande y rudo Danny Finch no podía ruborizarse. Tampoco ella se desmayaba…

O quizá se había ruborizado porque no la había sujetado antes. Podía imaginárselo con las manos en los bolsillos mirándola caerse mientras una voz en su cabeza le decía: «SOY un hombre importante, muy ocupado. ¿No podría haber hecho esto en otra alfombra?»

—Estaremos en contacto —dijo Danny—. Avísame cuando quieras llevar tus cosas. Cuanto antes mejor.

Le dedicó una sonrisa rápida y después salió a un largo corredor lleno de brillantes fotos de estrellas del deporte y que llegaba hasta el ascensor.

Él la siguió. Las puertas del ascensor se abrieron y ella entró al vacío receptáculo mientras Danny permanecía de pie fuera, el rey de sus dominios. De pronto no quiso separarse de él. Toda aquella innata confianza era reconfortante. Las puertas empezaron a

cerrarse.

—Nos vemos pronto, Braoke.

—Adiós.

Mientras el ascensor bajaba hasta el piso bajo, se sacudió los restos de emoción que la envolvían. En parte desesperación, en parte alarma y en parte una incomodidad no identificada que siempre sentía después de haber estado con Danny. Era un hueso duro de roer. Una chica algún día rompería ese caparazón, pero Brooke no estaba segura de lo que descubriría debajo. ¿Más de lo mismo? ¿O una razón más profunda de su gran ambición y su falta de inclinación a establecerse? La mujer que fuera capaz de llegar ahí sería una entre un millón, Con la paciencia de una santa y la piel de un rinocerome. Una chica, algún día...

Danny permaneció de pie mirando las puertas del ascensor. Su reflejo tenía una grieta en medio y asiera exactamente como se sentía. Deseó que Calvin estuviera allí en ese momento para tumbarlo de un puñetazo por lo que le había hecho a Brooke. Y después lo hubiera arrastrado por el suelo por lo que le había hecho a sus hijos.

Cal nunca había sido perfecto. Danny lo sabía. Había sido el tipo de hombre que fingía una lesión en los partidos de la escuela para no jugar en un equipo que iba perdiendo. ¿Pero no ocuparse económicamente de su familia? Eso era imperdonable.

Danny se paso una mano por el rostro. ¿Qué iba a hacer Brooke? Lo sentía por ella. Profundamente. Hasta el punto de sentir malestar en el estómago. Una razón más para sentirse inquieto.

Siempre la había admirado, incluso respetado, porque era una madre maravillosa que estaba criando a dos preciosos hijos. Siendo él hijo de madre soltera, sabía lo difícil que era eso. Pero nunca había estado seguro de si él le gustaba a ella.

Hasta ese momento en que le había dado las malas noticias, cuando sus rosadas mejillas se habían quedado sin color y su esbelto cuerpo se había quedado sin fuerza, entonces algo había saltado dentro de él, como si se hubiera encendido una bombilla de mil watios.

Una respuesta instintiva que lo había llevado a protegerla, a tomarla entre sus brazos. Una antigua lesión en la rodilla le había dolido como un demonio cuando había sostenido su peso muerto, pero aun así lo había bajado hasta el suelo lo más lentamente que

había podido. Y una vez que la había soltado, lo único que deseaba era volverla a abrazar.

Sólo con recordarlo se le desbocaba el corazón. Cerró los ojos y la recordó con la cabeza caída hacia atrás mostrando un precioso cuello. Los turgentes pechos. Una franja de plateada piel de su liso vientre justo encima de la cintura de los pantalones beige. Una piel que había pasado miles de horas en el spa. El aroma de sus ondas doradas cayendo sobre sus brazos. Manzanas y sol brillante.

Desde la primera vez que la había visto un caluroso día de mayo en que Cal había organizado una barbacoa para presentar a sus amigos a su nueva novia, la había asociado con manzanas y sol. Manzanas, sol y su mejor amigo. Abrió los ojos.

«Es de la esposa de Calvin de quien estás pensando de ese modo», le decía su conciencia mientras se frotaba las manos para intentar borrar de la yema de los dedos la sensación que había quedado la última vez que la había tocado.

«La viuda de Calvin, en realidad», respondió su sentido común. «Una mujer que ni de lejos es tan invulnerable como tú siempre has creído. Ni de lejos tan independiente. Ni de lejos tan inmune».

—Abajo, chico —dijo Lucille.

Danny se dio la vuelta y se la encontró detrás sen—tada con una humeante taza de té en la mano en la que se leía. *La mejor recepcionista del mundo*. Innecesario decir que no había sido él quien le había regalado la taza. Había sido contratada temporalmente un par de años antes. No podía recordar cuándo, pero ya no se había marchado.

—¿Me hablas a mí? —dijo mirándola.

—No hay necesidad de que arrumes así la frente —dijo Lucille antes de mostrar un enorme chicle en la boca, dar un sorbo de la taza de té y seguir tecleando en el ordenador con unas uñas tan largas que Danny no se explicaba cómo no se hacía daño—. No necesitas más arrugas, no a menos que estés pensando seriamente en el Botox.

Danny movió los pies para alinearlos con las cadems. Decidió ignorar lo del Botox. Los frenéticos dedos de Lucille se detuvieron. Lo miró a los ojos ni mucho menos intimidada porque fuera su patrón.

—No me mires así. Llamo a las cosas por su nombre y eso es lo que más te gusta de mí.

Danny parpadeó sin saber por dónde empezar. Al final dijo:

—¿Estás insinuando que yo no llamo a las cosas por su nombre?

—No tanto como te gusta pensar que lo haces. Ahora, dime ¿exactamente cuántas veces te has imaginado a la rubia metida hasta el cuello en un baño de burbujas?

Danny no dijo nada, estaba buscando cuáles eran las mejores palabras para despedirla, pero por mucho que buscó no las encontró, se dio cuenta de que no podía. Pensó que ése era un gran defecto de su carácter.

—Siéntete afortunada porque soy capaz de retener mi lengua —gmñó.

Lucille mostró una sonrisa afectada, después volvió al ordenador.

Danny se inclinó encima de su mesa y pasó un dedo por el borde buscando polvo, restos de chocolate, cualquier cosa que reprocharle, pero no encontró nada.

—¿Sabes quién era?

—Claro —dijo Lucille—. Es la esposa de ese tipo grande y rubio. El corredor de motos que imitó a Thelma y Louise en un acantilado en Francia o por ahí con una modelo. Salió en las revistas hace como un par de meses. Ha estado aquí una o dos veces —le sonrió y siguió tecleando.

—Calvin Findlay —dijo Danny— era el rubio grande. Ganó más campeonatos de moto GP que nadie. Ganó el premio del deportista del año en Australia tres veces.

—Ya —dijo ella moviendo una mano llena de uñas de todos los colores en su dirección mientras seguía tecleando con la otra—. ¿Era cliente nuestro?

Danny negó con la cabeza sorprendido. Todo el mundo en Australia conocía a Calvin Findlay. Había sido una superestrella. Claro, que pronto se le conocería por ser un canalla que había dejado a su familia en la indigencia.

A pesar de que llevaba en el negocio lo bastante como para saber que nada de eso empañaría la imagen de Cal. De hecho, incrementaría la leyenda. Mientras la pobre Brooke tendría que afrontar las consecuencias de ser la pobre esposa engañada. No estaba bien.

—¿Por qué sigues aquí si no te importa nada de este negocio? —preguntó con voz bronca.

—Escribo un millón de palabras por minuto, hago el mejor capuchino a este lado de la calle Lygon y tus clientes están tan

impresionados al ver una chica como yo en un sitio como éste, que cuando salen del ascensor creen que eres un genio y yo soy tu arma secrem.

Danny se preguntó por enésima vez qué atrocidades habría cometido en su vida anterior para merecer una mujer así.

—¿Tienen razón?

—¿En que eres un genio? Bueno, claro que sí —Lucille batió las pestañas y sonrió mostrando una separación entre los dos incisivos.

Danny se echó a reír. Se agachó y tomo un puñado de M&Ms de un tarro que siempre había en la mesa. Ella trató de detenerlo, pero no pudo.

—Deja de decir tonterías y demuéstralo —dijo entrando en su despacho.

—Sí, jefe—gritó y volvió a sonreír.

Danny se metió en su despacho y trató de concentrarse en el trabajo y no pensar en que Brooke se iba a mudar a su casa. A ducharse en su ducha. A dormir en su casa. No podía pensar en eso. Incluso aunque pasara el resto de la tarde en su despacho que olía a manzanas y a sol.

Capítulo 3

UNA SEMANA después Brooke estaba de pie en medio del gran recibidor de la bonita mansión de Hawthom que había llamado hogar los últimos años. La casa parecía tan fría vacía de los muebles que había vendido o regalado y sin juguetes esparcidos por el suelo, sin la bici de Beso ni zapatos sucios en el pasillo, sin plumas rosas por el suelo de la boa de Lily sin la que no iba a ningún sitio.

La reverberación de unos pesados pasos le hizo volver a la realidad. Se dio la vuelta con una sonrisa en la cm para mirar a Danny que salía de la biblioteca con Beso a caballito.

Parpadeó, pero eso no cambió el que su serio hijo de siete años tuviera sus brazos alrededor del cuello de Danny.

El grande y duro Danny Finch. Un hombre que había terminado su último partido de cricket con un dedo roto. Un hombre que había conseguido que despidieran al comentarista de fútbol número uno de Australia por extender mentiras capciosas sobre uno de sus clientes. Por eso era tan difícil de digerir la imagen de su enorme mano sobre la diminuta de su hijo.

Lily apareció en la sala con la destrozada boa encima de los hombros, algunos rizos escapados de las coletas, girando con los brazos extendidos, encantada por la cantidad de espacio libre, ajena

a lo que sucedía.

—Muy bien —dijo Brooke con una voz más fuerte de lo que se sentía—. Beau y Danny se han cerciorado de que todo está apagado, las puertas cercadas, lo mismo que tu ventanas, ¿no? —miró un instante a Danny quien asintió sonriendo—. Estupendo, entonces ¿estamos listos?

—¡Listos! —gritó Lily.

—Beau, cariño, ¿Preparado?

— Beau asintió.

—Entonces sólo quedas tú —dijo Danny.

—Toda mi lista está tachada —dijo ella, pero en sus ojos vio que se refería a algo más. Acarició el pelo de su hija—. Estoy más que preparada. Excitada. Una nueva casa. Un nuevo colegio. Un nuevo comienzo. Es como al principio de una película cuando aparecen los créditos y te sientes muy excitada porque cualquier cosa puede suceder. ¿No creéis?

—Pero mi cama ya no está —dijo Lily—. ¿Dónde voy a dormir?

—¿Vamos a ir a la casa de la tía Simone? —preguntó Beau.

—No, cariño—dijo ella—. La tía sólo tiene una habitación y es donde duerme ella. Y como vosotros estáis acostumbrados a tener vuestra propia habitación, pensó que no estaba bien pedirnos a los tres que compartiéramos un sofá.

—Yupi —dijo Lily levantando la cabeza.

Brooke agarró a Lily y le pasó los brazos por el cuello. Lily echó la cabeza para atrás y sonrió. Brook la besó en la frente.

—Mi dulce niña, vamos a ir en un coche a las montañas y allí vamos a vivir en casa de Danny en medio del bosque.

—¿Sabrá papá dónde estamos? —preguntó Lily con gesto inocente.

Brooke tragó para dominar el nudo que tenía en la garganta. Sus hijos eran tan pequeños. Era muy complicado hacerles entender, con siete y cuatro anos; lo que le había pasado a su padre sin que se asustaran.

—Claro que sí. ¿No te he dicho que desde el cielo puede verlo todo?

Aunque Brooke se preguntó si desde abajo tendría una buena vista.

Hizo un guiño a Beau y le sonrió. El niño arrugó la nariz y se subió las gafas de Harry Poner. Si no tenía cuidado se convertiría en otro Danny con un montón de cosas ocultas tras una máscara.

Tenía que hablar con su hijo en cuanto tuviera un momento, pero en ese instante sólo pudo sujetar a Lily con las manos y darle a su hijo un gran beso en la mejilla. jilla. No se dio la vuelm y se mostró indignado como hacía normalmente cuando lo besaba en público; simplemente lo aceptó. Y eso, más que ninguna otra cosa, le dijo lo ansioso que realmente estaba.

—Eres un chico tan valiente —susurró intentando transmitirle con la mirada todo lo que lo quería.

Beau le devolvió una sonrisa aguada y ella la aceptó como un tesoro.

Cuando se separó se dio cuenta de que estaba envuelta por una nube de loción de afeitado de Danny. Se le ocurrió, divertida, que siempre identificaría ese olor con él. Un aroma que tenía en ella el mismo efecto que un frasco de sales. Cada vez que se encontraba con él tenía la sensación de despertar de un profundo sueño.

Se acercó y le dio también a él un beso en la mejilla y sintió en los labios el facto de la barba que mezclado con su fragancia y la sensación de un ligero roce de su fuerte brazo contra su pecho, le recordó cuánto tiempo hacía que no estaba con un hombre. Semanas, meses, años... una eternidad. Un tiempo patéticamente largo, especialmente para una mujer que había estado casada hasta hacía poco. Tenía que ser por eso por lo que estaba prestando tanta atención a ese hombre.

Se apartó y se dio cuenta de que él la estaba mirando como si supiera lo que estaba pensando.

Demasiado inteligente. Demasiado bien parecido. Demasiado orgulloso, se recordó antes de pasar a ¡estúpida! Estás mirando el diente al caballo regalado y haciendo todo lo posible para llevártelo a la cama. Y eso no es una opción cuando tienes a tu cargo a dos niños pequeños que esperan que tomes las decisiones acertadas».

—Muy bien —dijo alejándose lo suficiente como para dejar de sentir su aroma—. Adelante.

Miró por última vez el recibidor vacío de su casa, la única casa que Beso y Lily habían conocido. Se recolocó el bolso en el hombro, tomó de la pringosa mano a Lily, se dirigió a la puerta, la abrió y se encontró con una multitud de periodistas fuera. El mundo ya sabía que se mudaba y por qué. Era carne fresca para los depredadores. La mujer rechazada La vida perfecta hecha añicos.

—Mamá —dijo Lily mientras se ocultaba tras la pierna de su madre.

Brooke levantó a su hija hasta apoyarla en la cadera y la niña enterró la rubia cabeza en el cuello de su madre. El corazón le latía a toda velocidad.

—Todo irá bien, cariño —le susurró tratando de convencerse ella misma—. Te lo prometo.

Y entonces, justo cuando había decidido cerrar de un portazo y quedarse en la casa hasta que el banco mandase a alguien para que la sacase arrastras, sintió que Danny se ponía a su lado.

Cálido, alto, ancho y fuerte. La mano derecha de Calvin. Su silencioso protector. Y si ella acmaba con cuidado, podría seguir haciendo ese papel durante mucho tiempo.

—Todo va a ir bien, Brooke —dijo Danny cuando ella dio el primer paso, lo que le dio algo seguro en que pensar—. He hecho esto mil veces antes. Parece peor de lo que es. Lo harás bien.

Sentía un profundo deseo de gritar y mandar al infierno a todo el mundo, pero sabía que eso asustaría más a Lily.

—Sigue hablando —rogó.

—¿Ves el coche negro junto al bordillo?

Ella asintió.

—Ése es tu objetivo —dijo—. No mires ni a derecha ni a izquierda. No escuches nada de lo que digan. Simplemente mantén la barbilla alta, pon un pie delante de otro y dirígete al coche. Vamos.

Danny apoyó los dedos en su espalda y ella se agarcb de la mano como si le fuera la vida en ello. Y entonces, marcharon hacia el coche de Danny aparcado en la calle al final del camino de acceso.

—¿Conocía a Felice?—pregumó un periodista.

—Ignóralos —dijo Danny tan cerca que casi le pisaba los talones.

—¿Es verdad que Calvin siempre estaba borcacho? —preguntó otro reportero.

—Sólo están tratando de burlarse de ti —dijo Danny haciéndola girar ligeramente a la izquierda para esquivar una bolsa de una cámara.

—¿Era Calvin el auténtico padre de los niños? —otra pregunta.

Al oírla, Brooke giró la cabeza a la derecha. Meterse con Calvin era una cosa. Cotillear sobre ella se había convertido en un pasatiempo nacional, pero si alguien se atrevía a decir lo más mínimo que afectara a sus hijos... Buscó frenética al culpable entre el mar de rostros sudorosos, pero para su furiosa mirada todo estaba

borroso.

La mano de Danny apretó más su espalda, sus largos dedos le agarraron la cadera. El meñique se coló entre el borde del pantalón y la piel. Sabía que eso último había sido una accidente, pero fue suficiente para distraer su atención de la multinad.

—Ni siquiera pienses en ello, Brooke. Sigue hacia delante. Ya —insistió con una voz tan implacable al lado de la oreja que dio un paso hacia delante rabiosa por hacer lo que le decía.

Abrazó más fuerte a Lily y aceleró el paso arreglándoselas para dar una patada a un par de espinillas que enwnfró en su camino, lo que le hizo sentirse mucho mejor.

El seguro del coche se abrió cuando Danny accioné el mando a distancia, después la soltó, abrió la puerta trasera y le quitó a Lily de las manos y la metió dentro en tres segundos.

Una vez que los niños estuvieron a salvo, se sentó en el asiento delantero sorprendida de que Danny los hubiera podido sentar bien cuando si hubiera sido ella la sometida a esa presión de cuerpos, los habría lanzado dentro del coche y después habría hecho lo mismo con ella.

Danny metió las largas piernas en el asiento del conductor y arrancó el motor, se incorporó a la calle y se fueron. Todo no había durado más de treinta segundos, pero Brooke jadeaba como si hubiera corrido una maratón.

Se dio la vuelta en el asiento para asegurarse de que los niños iban bien sujetos. Muy pronto se escuchó el sonido del videojuego de Beso y Lily estaba entretenida contando coches verdes. Así se sencillo, los niños eran felices siendo niños. Brooke se volvió hacia el frente, se puso el cinturón de seguridad y respiró hondo. Entonces se puso a temblar. Se envolvió en sus brazos y apretó fuerte.

—¿Tienes frío?—preguntó Danny mirándola de reojo y manipulando los mandos de la temperatura.

—Estoy bien —dijo, pero la voz la delataba. Rió un poco—. Tan bien como se podía esperar.

Volvió a mirarla tanto tiempo como pudo mantener los ojos fuera de la carretera. De nuevo se sorprendió Brooke por todo lo que decían sus ojos.

—Sólo sácanos de aquí —dijo y giró la mirada en dirección a los edificios que pasaban borrosos.

Las atascadas calles del este de Melbourne fueron dejando paso a

suaves y onduladas carreteras que después se convinieron en estrechas cintas de polvoriento . asfalto que se perdían en los Dandenong Rangers.

Árboles altos, delgados y de un verde oscuro se alzaban a los lados de la carretera proyectando sus sombras sobre el coche. El aliento de Brooke provocaba pequeñas manchas blancas en el cristal de la ventanilla. Le recordó los viajes familiares a Sorrento cuando Simone y ella se escribían mensajes groseros en el vaho.

—Estás muy callada —dijo Danny después de más de media hora en silencio.

Brooke apartó la cabeza de la ventana.

—Lo siento. Estaba a miles de kilómetros y a veinte años de distancia.

—No tienes que disculparte. Estoy acostumbrado a conducir solo. Es agradable tener a alguien en el coche —le dedicó una breve sonrisa.

—¿Incluso aunque esa persona no te haya dado ni un poco de conversación?

—Incluso así —ensanché la sonrisa.

Brooke se incorporó un poco y miró por encima del hombro y entonces Danny dijo:

—Se han dormido los dos. En cuanto se han empezado a ver las montañas.

Brooke miró de todos modos. Beau estaba acurrucado hecho un ovillo mientras que Lily estaba extendida a lo largo del asiento con la boca abierta. Le descansó el corazón.

Cuando se volvió hacia delante, Danny la estaba mirando con una amplia sonrisa.

—¿Qué? —dijo ella

—Tienes la frente colorada de apoyarte en la ventanilla.

Brooke se giró hacia el cristal para mirar su reflejo. . Se frotó la mancha roja, pero las manos le temblaban, así que abandonó. Tenía el pelo revuelto y lleno de polvo, bolsas oscuras bajo los ojos. Una macha roja en la frente no iba a empeorar mucho las cosas.

—Estoy rota. Sola. Y encima tengo el aspecto de una vagabunda. ¡Esto no es ningún nuevo comienzo!

Danny la miró a naves del reflejo. Suavizó la sonrisa aunque en sus ojos seguía apareciendo el gesto divertido.

—No estás sola, Brooke:

Algo en su voz hizo que se volviera, pero ya estaba mirando a la

carretera. Tenía la mandrbula relajada. El codo derecho apoyado en el borde de la puerta, las yemas de los dedos de su mano derecha sólo rozaban el volante mientras la mano izquierda hacía todo el trabajo. Una vez más las preciosas manos atrajeron su atención. Sentía que tenía que dejar de mirarlas.

—He notado que no me has dicho que no parezco una vagabunda —dijo ella.

—Estás un poco desaliñada, quizá, pero desde luego no como una vagabunda que yo haya visto —dijo Danny con una sonrisa y después de una pausa, añadió— No me he dado cuenta de que estuvieras buscando un cumplido, si no te hubiera dicho algo autes. Perdona mi falta de tacto.

—¡No estaba...! Oh, cállate.

Brooke notó que a Danny le volvían a brillar los ojos. Nunca ganaría ella esa discusión. No mientras siguiera sintiendo esa debilidad en las rodillas después del encuentro con la prensa. Un baño caliente, media hora de yoga y una copa de vino blanco y se podría hacer con él.

El coche bajó la velocidad y giró a la izquierda. Danny se metió por un camino de gravilla que se internaba en un cenado bosque.

—¿Es una carretera privada? —preguntó ella—. El Ayuntamiento debería hacer algo, si viene alguien de frente chocaremos.

—Eso no será un problema. Es mi acceso a la casa —dijo Danny.

—Oh.

El bosque se fue aclarando dejando grandes espacios por los que pasaba el sol e iluminaba la casa más impresionante que había visto en su vida.

Una enorme construcción irregular colgada de la empinada pendiente del precipicio. Llena de altas ventanas, balcones y una ecléctica mezcla de paneles de madera color bronce, guijarros color crema y ladrillos color café cubierta de hiedra verde que daba al edificio la apariencia de haber crecido en medio del bosque.

Se detuvieron delante de un garaje de cinco plazas con el tejado a juego con el resto de la casa, pero Daturry dejó el coche fuera. El sonido del motor y del aire acondicionado dejó paso a un extraño silencio.

Nada de prensa. Ni radio, Ni un mido, sólo el suave susurro de la brisa atravesando un millón de hojas. Tanto silencio que Brooke podía escuchar sus propios pensamientos, lo que igual no era muy

bueno.

Abrió la puerta del coche y estiró los entumecidos miembros con la sensación de haber recorrido cientos de kilómetros, no sólo cincuenta Los niños ya habían salido del coche y corrían, exploraban antes de que ella siquiera pusiera un pie en el suelo de gravilla. Desde los límites del sendero ligeramente en curva se extendía una impoluta pradera de césped salpicada de vez en cuando de exuberantes palmeras o musgosos matorrales. Era como en un cuento infantil. Las hadas harían sus casas entre las rocas y los árboles y a ella no le hubiera sorprendido.

Un tintinear de llaves la trajo de vuelta a la realidad. Danny caminaba al lado del coche cerca de ella.

—Es un sitio tranquilo, ¿verdad? —preguntó mientras con la mano se protegía del reflejo del sol en una ventana sin cortinas del último piso.

De algún modo ella supo que ésa era la ventana de su dormitorio.

—Es perfecto —se volvió a mirarlo—. ¿Cómo es que nunca he estado aquí antes? ¿Por qué no tenía ni idea de que vivías en un sitio así? ¿Cómo es que siempre te he imaginado viviendo en un piso de soltero en la última planta de un edificio del centro?

—Dímelo tú —dijo volviéndose él también a mirarla.

Brooke desvió la mirada y simuló concentrarse en los niños, pero era evidente que Danny conocía perfectamente la respuesta a esas preguntas.

Nunca había estado allí porque aquel lugar era su refugio. Su espacio de paz y silencio. Y para él invitar a alguien allí, para jugar al tenis o a cenar o a pasar el día, era como darle toda su confianza. Y si se lo bahía imaginado viviendo en un rascacielos era porque nunca había estado interesada en conocer la verdad.

Pero lo sorprendente era que en la oficina una semana antes, Danny se había dado cuenta de que después de tantos años nunca se había preocupado de saber nada sobre ella. Y ese día, y todos los días desde ese momento, había sentido una especie de imperativo vital que en ese momento estaba empezando a comprender qué cm.

—¡Perrito! —gritó Lily wando apareció al galope una bola de pelo oscuro a un lado de la casa.

Un labrador color chocolate rodeó corriendo el coche y se detuvo a los pies de Danny.

—Tienes un perro —dijo Brenke.

—Tengo un peno —dijo Danny agachándose a acariciar las lacias y suaves orejas del animal.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos dos años. Es la relación más larga que he tenido desde que salí de casa. Ha sido un camino largo y difícilsiguió acariciando al peno.

—Háblame de ello —dijo Brooke mirando suspicaz al peno como si fuera él quien estaba bromeando.

—¿Cómo se llama?—preguntó Lily que llegó jadeando.

—Se llama Buckley. Por Nathan Buckley, de Collingwood, el más grande jugador de fútbol que ha existido.

—¿Fútbol?—preguntó Lily arrugando la nariz—. Odio el fútbolpero dio un gran abrazo al peno y se le llenaron las manos de pelos.

Danny se echó a reír. Su peno no tenía mucha experiencia con niños de manos pringosas, pero Buckley parecía llevarlo con bastante aplomo. Se sintió orgulloso de haber educado tan bien al animal.

—¿Y cómo iba a saber que tenías un perro? —dijo Brooke con tono acusador—. Hace seis meses comentamos la posibilidad de tener uno para los niños y ni si . quiera lo mencionaste.

—Considérate respondida.

—Pero...

—No lo dulcifiques —dijo conteniendo la risa por la cómica expresión de ella—. El pasado es el pasado. Empezar de nuevo, ¿recuerdas?

Capítulo 4

VAMOS adentro —dijo Danny.

—¿Puede venir Buckley también? —preguntó Lily.

—Claro. ¡Adentro! —gritó Danny, chasqueó los dedos y Buckley dio un salto y rodeó la casa.

Lily lo siguió levantando montones de polvo con las zapatillas rosas. Poco después se escuchó a lo lejos el sonido de una gatera y segundos después volvió a oírse.

—¿Ha pasado lo que pienso que ha pasado? —preguntó Danny.

—Sí —dijo Brooke—. Y será mejor que te acostumbres. Es imposible. Imprevisible. Incontrolable por hombre o animal.

«Como su madre», pensó.

—Estoy empezando a tener dudas ¿Puedo rescindir la invitación?

Brdoke lo miró con una sonrisa. Los grandes ojos verdes brillaban, las mejillas rosadas por el sol del viaje y los labios brillantes y suaves. Danny siotib.que se le tensaban los músculos como si levantara algo muy pesado. Por primera vez en su vida deseó que Lucille estuviera allí para ponerlo en su sitio.

—Es demasiado tarde —dijo Brooke—. Ahora que Lily y Buckley se han conocido nunca seremos capaces de separarlos.

Rodeó a Beau con un brazo y se dirigió a la puerta principal, el pelo rubio mecido por el viento, las pautotrillas contrayéndose al subir cada escalón, el flexible cuerpo balanceándose de un modo tan femenino sin ningún esfuerzo.

«Imposible», pensó Danny. «Imprevisible. ¿Incontrolable?» Era una buena combinación. Se aclaró la garganta y corrió para alcanzarla.

Cuando abrió la puerta, Beau se escapó del abrazo de su madre y corrió por la casa buscando a Lily y Buckley. Danny dejó las llaves en una bandeja en una mesa de la entrada y después siguió a Brooke para enseüarle la casa.

Brooke echó la cabeza hacia atrás para mirar el techo de nueve metros de alto del curioso recibidor de forma oval y de tres pisos. Abrió de par en par los ojos cuando descubrió el estudio, la cocina y la piscina con forma de S detrás de la casa. Con la boca abierta atravesó la biblioteca que se encontraba al final de una estrecha escalera en curva.

Le produjo un enorme placer ver en ella esa muestra de admiración tan poco sofisticada. Era uno de sus rasgos más entrañable. ¿La hacía eso infantil? A lo mejor, pero mirándola en ese momento, deseó que fuera diez veces más infantil.

—Danny —dijo volviéndose a mirarlo de modo acusatorio—. Este sitio es asombroso. ¿Lo encontraste? ¿Lo has construido? ¿O agitaste una varita mágica?

—La compré hace unos seis años. La mujer de uno de mis clientes es agente inmobiliaria. Le dije que estaba buscando algo único, privado, una casa de la que nunca quisiera irme y cuando apareció esto, pensó en mí.

—Un sitio del que nunca quisieras irte... Es muy romántico.

—Más capricho que romántico, me temo. De pequeño tuve que mudarme muchas veces —dijo. De un diminuto piso de viuda a otro cada vez que su madre necesitaba volver a empezar después de una relación fallida, no quiso añadir.

—Es precioso —dijo—. Como de cuento de hadas. Siempre pensé que nuestra casa era demasiado grande para una familia pequeña. No sabía qué hacer con la mitad de las habitaciones. Pero esto...

Por eso nunca había llevado a nadie allí. Sabía que era ostentoso. Demonios, eso era lo que más le había gustado de la casa. Que era una pura fantasía. Su castillo en las nubes. Se aclaré la garganta y explicó:

—He trabajado terriblemente duro para ser lo que soy y ésta es mi compensación.

—Amén a eso —dijo ella.

Después inesperadamente le pasó la mano por el brazo para acariciarlo ligeramente. Estaba lo bastante cerca como para que él pudiera sentir el aroma de su pelo, el calor del coche que le traía el olor a manzana. Volvió a mirarlo por última vez, animada y desconcertada al mismo tiempo; después lo soltó para que pudiera seguir enseñándole la planta baja.

Danny permaneció de pie como si de pronto no pu— . diera mover ni un músculo. Algo extraño estaba sucediendo. Cada vez que lo tocaba, cada vez que movía las pestafias, cada cambio de forma de los labios adquiría un nuevo significado para él. Una nueva magnitud. Un nuevo brillo. Pero era sólo una mujer. Con una blusa vieja, unos pantalones pirata y unos zapatos de lona No una diosa. Y era la mujer de su mejor amigo. No importada qué hubiera

cambiado, siempre lo sería. Incluso aunque estuviera separada de Cal, el código del compañerismo le obligaba a mantener eso en la cabeza.

—¿Qué películas tienes? —preguntó Beau saliendo de la sala de billar.

—Beau —le llamó la atención su madre.

Danny sonrió a Brooke para decirle que no pasaba nada.

—¿Qué clase de películas te gustan?

Beau se encogió de hombros y se acercó más a su madre.

—Me gustas las que están llenas de polis y tiros y todo eso.

—¡Beau! —volvió a decir Brooke—. Te está tomando el pelo, Danny. No puede ver películas de polis, ni de tiros, ni mucho menos de todo eso.

—No hay problema —dijo Danny mordiéndose el labio y asintiendo como si él tampoco fuese partidario de esas películas. Como si, siendo un atractivo hombre, el montón de películas que tenía no estuviera compuesto exactamente de cintas de esa clase—. Eso sólo nos deja las sensibleras de chicas o... *El rey león*.

Beau abrió los ojos de par en par antes de poner un gesto de aburrimiento.

—Supongo que ésa estará bien.

—Hecho. Por qué no vas a buscar a Lily, os sentáis cómodos en la guarida y yo mientras pongo la peli.

—¿Cuál es la guarida?

Danny miró a través del recibidor en dirección al otro lado de la casa.

—La que tiene el proyector de vídeo.

El gesto de aburrimiento de Beau desapareció cuando miró en dirección a esa habitación como atraído por un imán.

—Vamos —dijo Danny.

No hubo que repetírselo, se libró de los brazos de su madre y salió corriendo gritando.

—¡Vamos Lily! Tonto el último.

—¡No es justo! —gritó la niña desde algún lugar dentro de la casa antes de aparecer protestando.

Brooke sintió una nueva clase de tensión cuando sus hijos entraron corriendo en la lejana sala y la dejaron sola con Danny. Seguramente porque las cosas estaban yendo demasiado lejos fácilmente. Se recordó a sí misma que aquello no eran unas vacaciones y que tenía que estar preparada para el momento en que

la realidad volviera a inundarlo todo.

—Buena peli —dijo ella—: *El rey león* es su película favorita, ¿lo sabías?

Danny sonrió. De hecho parecía muy satisfecho de sí mismo.

—En realidad, lo sabía.

—¿Y cuándo compraste el dichoso DVD?—la sonrisa de Danny se desvaneció y no respondió—. ¿Antes o después de que accediera a quedarme aquí?

—Más o menos a la vez —dijo con una mirada que se oscureeía por momentos.

Se cruzó de brazos, pero más para protegerse de la carne de gallina que le cubría todo el cuerpo y que se debía al extraño modo en que la estaba mirando.

—¿Tan predecible soy?

—Lo bastante predecible —dijo él antes de sonreír y hacer un guiño de modo que apareciera el hoyuelo. Después dio la vuelta en dirección a la guarida.

Brooke se quedó inmóvil donde estaba durante unos segundos. ¿Realmente le había guiñado un ojo? ¿El frío, distante y refinado Danny Finch? Bueno, al menos no tan frío. Se sentía ligeramente ruborizada. Sólo por un guiño tan breve que hasta podía haber sido producto de su imaginación.

Necesitaba darse un baño caliente, media hora de yoga, un vaso de vino blanco y un buen siquiatra. Aunque el siquiatra se limitaría a decir que sus extrañas reacciones eran fruto del agotamiento de la confianza y de que no podía fiarse de sus propias decisiones desde que su esencia, eso que hacía de ella alguien único, estaba en la nevera. Esperaba que sólo fuera temporalmente. Esperaba que unos pocos días alejada del ojo público le permitiera poner en orden sus asuntos y eso hiciera que su esencia volviera a su sido. Porque la carencia de ella estaba empezando a mostrar su lado menos extraordinario.

Poniendo un pie delante de otro pura moverse en la dirección adecuada, encontró la guarida, una habitación larga y de altos techos con una enorme columna de DVS en una de las paredes. Un gran salón masculino y una barra ocupaban el extremo de la sala, mientras que justo delante de ella había un grupo de sillas en tomo a un gran proyector.

Beau estaba sentado en el primer puesto, justo delante. Había esperado que hubiera situado a Lily en una esquina casi de espaldas

a la pantalla, pero no, estaba junto a su hermano. Brooke se quedó quieta en el umbral con una mano en el corazón. A pesar de todas sus bravuconadas y actitud de autosuficiencia, Beau no era más que un niño tratando de salir adelante de la mejor manera posible. Y eso significaba que, como era el mayor, tenía que ocuparse de su hermana. Lo mismo que Simone había hecho por ella hacía años. Aunque Simone hubiera tenido dieciocho y ella trece cuando habían perdido a sus padres. Beso tenía siete y era sensible y trataba de actuar como el hombre de la familia.

—¿Dónde me siento, Beau? —preguntó desde la puerta para dejarle que llevara algo de control.

El niño se encogió de hombros.

—Estamos bien. Puedes irte a deshacer el equipaje o a lo que sea.

—Sí, mamá puedes irte —dijo Lily colocándose de modo que pudiera apoyar la cabeza en el hombro de su hermano dado que éste por una vez se lo permitía.

—¿Seguro que querías ver la película solos? —Preguntó con un nudo en la garganta que casi no le dejaba hablar—. Da un poco de miedo con las hienas...

—No da miedo —dijo Beau—. He visto cosas que dan más miedo.

Danny permanecía de pie al lado del reproductor cambiándose el DVD de mano. Mirándola, esperando a ver si cambiaba de opinión, pero sólo lo miró y asintió ligeramente. Metió el DVD en la máquina.

—Bien, colega —dijo Danay—. Eres más valiente que yo.

Danny sonrió a los niños, pasó por detrás de las sillas y se colocó tras Brooke mientras la sala se llenaba de música y color.

—Bueno, ¿cuál es tu siguiente truco? —murmuró ella

—¿Siguiente truco? —preguntó él.

—La película dura casi dos horas. ¿Y después?

—Pensaba que ya había sido bastante brillante con esa idea y no he tenido otra. Y ahora me haces sentir como un hombre de pocos recursos.

Ella se echó a reír, la suave sensación alivió algo del dolor de su corazón.

—Lo superarás, Danny. No tengo ninguna duda.

—No sé. Soy un profesional de las ideas y me hashecho dudar de mi propia autoconfianza.

Brooke volvió la cabeza lo justo para ver su elegante perfil.

—Danny, haría falta una bomba atómica para hacer un rasguño a m auloconfianza.

Danny le dedicó una sonrisa cálida y cómplice. Pero tras esa sonrisa había algo más. Algo contenido. En un ataque de pura intuición femenina, supo que tenerla de pie al lado no era suficiente para él. Quería acercarse más y tocarla. Su dominio de sí mismo era palpable, tan fuerte que casi podía sentir como si la rodeara con sus brazos y se podía imaginar apoyando la cabeza en su pecho.

Mientras sus hijos se distraían, a ella le hubiera sentado bien estar tan cerca de alguien. ¿Estaba de broma?

Le habría sentado bien estar con Danny. Perderse en su solidez de roca. Olvidarse de todo unos dulces momentos para poder recordar que seguía viva. Y vital. Y no tan sola.

Pero eso era ridículo. Ni siquiera se gustaban tanto. Se soportaban mutuamente por Cal. Y Cal ya no estaba, así que no había que ser un genio para darse cuenta de que estaban juntos por una última conexión con el marido y el amigo muerto.

Cuando todo hubiera pasado, cuando se hubiera asentado y encontrado un trabajo y un sitio para vivir, entonces todos esos sentimientos, esa necesidad, se convertirían rápidamente en un recuerdo. Y su relación se iría debilitando.

Ya no habría nadie cuando lo necesitara. Nadie que se ofreciera a ayudarla a recoger después de una fiesta. Nadie que fuera a ver los partidos de cricket de Beau. Nada de llamadas a las tantas como si hubiera algo de que hablar cuando lo que se pretendía realmente era controlar si se estaba en casa.

De pronto Buckley resopló entre ellos, empujando a Brooke hacia delante y a Danny hacia atrás antes de dejar las babas en la mano de Brooke. Después se tumbó en la guarida.

—¡Buckley! —gritó Lily.

—Shhh —dijo Beso aunque tiró del collar del perro hasta que lo sentó entre los dos para que sus pequeñas manos y las de su hermana se hundieran en el pelo del lomo

Por suerte la niebla encantada que había envuelto a Brooke, se disipó. Carraspeó y se dirigió a la puerta pasando al lado de Danny, ignorado a propósito su fragancia y el calor de su cuerpo, lo mismo que la sensación de que quería abrazarla.

—¿Te importa que haga una llamada de teléfono después de lavarme las manos? —dijo ella mirando una imaginaria baba en las

uñas—. Me gustaría decirle a mi hermana dónde estamos.

—Por supuesto —dijo él con un murmullo—. No tienes que preguntar. Mientras estés aquí ésta es tu casa.

—Es una sensación muy agradable, Danny, pero no me puedo imaginar deambulando por la cocina en ropa interior en bastante tiempo.

Aquello habían sido sus nervios hablando por ella, porque se sentía increíblemente nerviosa. Le echaba la culpa a una tensión que no sabía de dónde había salido. Bueno sí lo sabía, siempre había estado ahí entre los dos, sólo que nunca habían estado en una situación en que tuvieran la oportunidad de notarla realmente.

—Seguramente será mejor si te vistes para desayunar —dijo arrastrando las palabras—. Y yo me propondré hacer los mismo —su mirada permaneció en la de ella pero a Brooke se le calentó la piel como si le hubiera dado un detenido repaso.

—Tienes razón —asintió como si estuvieran discutiendo quién reponía la leche cuando se acabase.

Todo el tiempo lo pasó esforzándose por reprimir las imágenes de Danny entrando en la cocina con sólo unos calzoncillos con aspecto de divinidad. Además seguro que serían negros. Y sin ropa debía de estar diVino...

—Ah, el teléfono —dijo ella haciendo un gesto por encima del hombro y dando tres pasos.

—Hay varios. El más cercano está en la cocina y es inalámbrico —señaló con un brazo.

Le dedicó una sonrisa formal y se dirigió a la cocina donde encontró un teléfono negro en una encimera al lado de un frutero de acero lleno de cartas y ni una pieza de fruta.

—¿Es llamada local de aquí a Melbourne? —preguntó ella antes de marcar.

Danny tomó el correo y se puso a echarle un vistazo, pero siguió mirándola con esos ojos color bronce fundido llenos de carisma.

—¿Qué acabo de decir? preguntó él.

«Ni una palabra sobre los calzoncillos negros», pensó Brooke.

—Ah, sí, que estoy como en mi casa.

—Eso es —abrió un sobre y miró el contenido, después lo arrugó y lo tiró a una papelera de acero inoxidable que había en una esquina.

—Muy hábil —dijo ella.

—No los sabes tú bien.

Brooke parpadeó y trató de recordar lo que hacía en la cocina.

Por suerte Danny se dio la vuelta, abrió la nevera y dedicó más de medio minuto a mirar en el interior. Típico de hombre. Cal solía hacer lo mismo continuamente. Derrochando electricidad y perdiendo todo el frío porque no tenía ni idea de lo que buscaba. ¡Solfa ponerla de los nervios! Pero ésa no era su casa. Era la de él. Ella era una invitada. Una invitada muy agradecida que tenía que llamar a su única hermana para explicarle por qué había elegido quedarse con Danny en lugar de con ella.

Así que Brooke decidió tomar el control y concentrarse en hacer la llamada. Se apoyó en la encimera mirando hacia el jardín. Alzó la vista para comprobar si Danny la estaba mirando. pero las enormes ventanas de la cocina no reflejaban nada, sólo se veía el bosque y la valla de la piscina.

Respiró hondo y llamó al número directo de su hermana en su oficina de la ciudad.

—Simone Morgan —sonó la voz de su hermana.

—Simone, soy Brooke.

—Bueno, bueno, bueno. Mi célebre hermana. Te acabo de ver en las noticias.

Brooke se imaginó a su hermana recostándose en la silla de su despacho, quitándose los zapatos y poniendo los pies en la esquina de la mesa. Brooke se pasó la mano por la frente.

—Debe de ser un día tranquilo si es noticia que una mujer se muda de casa.

—El más tranquilo —estuvo de acuerdo Simone—. Y ahora, amiguita, ¿es Danny Finch el que salía detrás de . ti y te llevaba en su gran coche?

—Sí —se lanzó— Vamos a quedamos en sus casa una temporada. Hasta que las cosas se calmen un poco cl silencio de Simone fue ensordecedor—. No te lo he pedido a ti—siguió Brooke —, porque no tienes una habitación para los tres. No quería molestar; además no podría pedirle a Jerry que no fume en su propia casa. Tampoco podemos pagarnos un hotel y Danny ha sido lo bastante bueno como para ofrecemos...

—Eh, cariño, no tienes que convencerme. Ya sabes lo que pienso de tu Danny.

—No es mi Danny—rugió Brooke con la esperanza de que su hermana no empezara de nuevo con su ridícula teoría de que la razón de que Danny no se hubiera casado era porque estaba

enamorado de ella. No era que fuera cabezota, superior o que tuviera abierta demasiado tiempo la puerta de la nevera, ni que trabajara demasiado como para que ninguna mujer sensible lo soportara.

Brooke sabía que la única razón por la que Simone seguía con eso era porque sabía que la afectaba. Y no había nada que su hermana mayor disfrutara más.

—Muy bien —dijo Simone—. Cerraré la boca. ¿Cuánto va a durar este arreglito? ¿Para siempre jamás? Oh, otra vez sin poder cerrar la boca.

Brooke la ignoró y siguió hablando.

—Los niños querrán verte pronto. Si tienes un día libre este fin de semana podría llevártelos. O quedamos en el zoo. O en el sitio ése de la playa de Santa Kilda que tanto les gusta, donde los llevaste de fin de semana el año pasado. O algo...

—Te lo haré saber a lo largo de la semana, ¿bien? —dijo Simone —. Tenemos un caso de difamación que llevo yo esta semaua. Si termina pronto te lo diré. Vuelve a darme el teléfono de Danny por si acaso.

Brooke hizo lo que le pedía y después dijo:

—Hablamos mañana —aunque sólo era retórica.

—Claro. Nos vemos —Simone colgó.

Brooke dejó el teléfono en su regazo. Le sudaban las palmas de las manos y el pulso le latía como si se hubiera dado dos vueltas a la casa corriendo. Tenía veintisiete años, había vivido fuera de casa desde los dieciocho, se había casado con diecinueve, había sido madre a los veinte y su hermana mayor le seguía haciendo sentirse como una mocosa. La presión era sofocante.

Se tomó un momento para reponerse antes de volver a encontrarse con Danny con la cabeza todavía en la nevera. Le molestó más de lo normal que actuara como Cal.

—¿Todo bien? —preguntó abandonando la nevera sin haber sacado nada.

—Fabuloso.

—¿Alguna llamada más?

—No tengo a nadie más —dijo encogiéndose de hombros.

—Eso suena un poco dramático.

—¿Dramático?—volvió a dejar el teléfono en su soporte—. ¿Debería llamar a las esposas de los otros pilotos de GP que me han retirado la palabra? ¿O a lo mejor a las madres del colegio de Beau

que murmuraban cada vez que pasaba tras la muerte de Cal? Lo siento, Danny, pero he llegado a la conclusión de que a toda esa gente no le debo nada.

De acuerdo, se estaba poniendo un poco dramática, pero primero Simone, después el frigorífico abierto y los recuerdos asociados y la mirada de Danny le habían hecho sentir claustrofobia.

Danny se acerco despacio al lado del la encimera.

Su aroma cítrico era más fuerte de lo habitual.

—No quiero ponerme en tu contra, amiga mía —dijo.

—Pues no te pongas —respondió ella.

—No lo haré nunca —prometió.

Levantó la vista y se lo encontró mirándola desde arriba con expresión seria. Sólo dejó de mirarla para acercar un taburete de cocina. Después se sentó.

«No te engañes» , le decía su subconsciente, «éste no tiene nada que ver con Cal. Cal era todo brillo y polvo de estrellas, Danny es la clase de tipo que atrae a la gente incluso sin pretenderlo. Tenlo presente».

—Bien, ahora que eso está claro —dijo Danny—. ¿Cómo está la vieja Simone?

Brooke se echó a reír a carcajadas. Una enorme liberación después de tanta tensión. Si Simone le hubiera oído llamarla vieja lo habría dejado KO.

—La vieja Simone tan angustiosa como siempre.

Danny se movió en la banqueta y rozó con sus piernas las de ella. Brooke contuvo la respiración hasta que las piemas se alejaron. Ni siquiera podía decir si él se habría dado cuenta, simplemente se apoyó con el codo en la encimen y miró por la ventana de la cocina al frondoso jardín.

—¿Por qué? ¿Es sobreprotectora? —preguntó.

—Sólo hasta el extremo de poder usar esa conducta como un arma —según pronunció esas palabras deseó no haberlas dicho—. Lo siento. No debería haber dicho eso.

—¿Por qué no?

—Pocguee es mezquino. Y tú la conoces, así que no está bien.

—Para algunas personas es parte de su naturaleza preocuparse constantemente de la gente a la que quieren, incluso aunque éstos no quieran.

Cuando acabó la frase, Brooke sintió que un escalofrío le

recorría la espalda. No estaba segura de lo que significaba exactamente, pero estaba convencida de que no era del todo bueno para ella.

—Ahora es tu ramo —dijo quitándoselo de encima.

—¿De hacer qué?

—Decirme algo que no deberías, de otro modo me voy a sentir desequilibrada todo el día, Y llevo demasiados años haciendo yoga como para permitir que eso ocurra.

Danny se dio cuenta del cambio de tema, pero no le importó. Estaba cómodo con ella y cuando Brooke — apoyó la cara en la mano y las ondas rubias cayeron a lo largo del brazo supo que, aunque tenía trabajo que hacer, llamadas que devolver, se quedaría allí sentado hablando con ella todo lo que le dejara.

—De acuerdo, prométeme que esto no saldrá nunca de aquí —dijo acercándose más.

Brooke abrió los ojos de par en par.

—Guau, estaba bromeando, pero sí, te lo prometo por.. bueno, todo ese rollo.

Se acomodó en el asiento, respiró hondo el aroma a manzana y se contuvo de enterrar la nariz entre aquellos rizos rubios.

—Gordon Rose está a punto de dejar el fútbol porque le han ofrecido un montón de millones por escribir un libro. Y quiere que sea su representante.

Brooke abría más los ojos a cada palabra. Nunca había conocido una mujer que escuchara como lo hacía ella. Con todo su ser. Se había dado cuenta el primer día, la primera vez que habían hablado a solas. Le había hecho sentir como si fuera la única persona en el mundo. Hasta que había recordado que estaba casada con su mejor amigo, pero ya había sido demasiado tarde.

—Guau —dijo ella—. Sólo esperaba que me dieras el nombre de alguna mole hetero que juega al cricket que está bateando para el equipo contrario.

—Ya ves —dijo sonriendo—, das un poco y recibes otro poco.

—Mmm —dijo ella—. A lo mejor se convierte eso en mi nueva filosofía.

—¿Y cuál era la antigua?

—¿Últimamente? Cada uno a lo suyo.

Lo miró y sonrió. Danny le devolvió la sonrisa. Y se quedaron así varios gratificantes segundos. El sol arrancaba destellos de todos los colores del pelo de Brooke. Las rodillas de uno apuntaban a las del

otro. Una capa de revelaciones se superponía a la siguiente. Su relación estaba cambiando hasta hacerse irreconocible y Danny trataba de quitarse la sensación de que no debería estar prolongando un momento tan íntimo como ése. No era para eso para lo que la había invitado. Lo había hecho por Cal, ¿no? Una mezcla de velar por los intereses de su amigo y de corregir sus errores.

Brooke se movió primero. Se sentó derecha, carraspeó y se recogió el pelo en un moño en la nuca.

—Hablando de niños, debería echarles un vistazo.

—Están bien. Callados como ratones de iglesia.

—Miran. Eso es lo que me preocupa —sonrió y se levantó de la banqueta mientras él la miraba irse.

Hubiera reconocido su forma de caminar entre un millón de personas. La figura ligeramente de chico, la pose perfecta, el inocente balanceo de caderas y las largas piernas. E1 cálido andar de una mujer que siempre piensa en ella en último lugar. Mientras que él pensaba en ella con frecuencia. Demasiada frecuencia. Y pensar como estaba pensando en ese momento no era mucho mejor que traicionar a su amigo. El muchacho que había utilizado su paga semanal para alquilar el primer equipo de cricket de Danny en la escuela primaria cuando se había dado cuenta de que él no se lo podía permitir. Debía mucho a Cal. Demasiado.

No debería estar buscando maneras de tocar a Brooke. De estar cerca de ella. De hacerle reír. De gustarle. No podía suceder. Incluso aunque desde siempre hubiese habido conexión. Una innegable chispa. Desde el momento en que sus miradas se habían encontrado en la atestada barbacoa.

La incomodidad que siempre sentía en su presencia era pura tensión sexual. Atracción genuina. Pura y simplemente. Aunque no era tan pura ni tan simple cada día que pasaba.

Incluso Cal lo había notado. Sólo lo había mencionado una vez sabiendo que no tendría que volver a decirlo nunca.

—¿Te hubiera gustado verla primero, verdad, colega? —había preguntado Cal en una cena una noche aquellos primeros meses.

—Si los deseos fueran peces —había contestado Danny.

Cal había sonreído confiado en sí mismo y en su amistad.

—Por suerte para mí no lo son.

—Y nunca lo serán —había prometido Danny.

Y ésa había sido su cruz. Cal había muerto, pero estarfa siempre

entre los dos. Y si nunca había estado seguro de gustarle a ella, sí lo estaba de que siempre seotirfa algo por ella. Una atracción involuntaria que no se acabaría nunca. Sentimientos que tenía que esconder en el mismo sitio donde habían estado guardados ocho largos años.

Capítulo 5

MAS TARDE, esa noche, Brooke recorría la casa apagando luces que los niños se habían dejado encendidas al irse a la cama. Siguió el zumbido de la profunda voz de Danny para encontrarlo en su estudio. Después de la oscuridad que había ido dejando ella, su despacho era como un estanque de luz, iluminado por una lámpara de mesa que dibujaba sombras sobre pilas de cajas de balones y un sofá de tweed cubierto de fotos firmadas que no había tenido tiempo de colgar.

En contraste, el rostro cincelado de Danny estaba iluminado por el cálido brillo de la pantalla del ordenador. Hablaba por teléfono con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, recostado en el gran sillón de cuero. Acariciaba inconsciente a Buckley.

—Muy divertido —dijo de pronto—. Eres un payaso —no había mucho humor en el tono de su voz, así que Brooke se ocultó entre las sombras del pasillo.

Hubo un silencio.

—Jeff —dijo y después en un volumen más alto—. Jeff. Déjame hablar un momento. Mejor. Ahora escucha. El contrato de Jafar no está en el correo. Tus abogados no lo han autorizado. Ni siquiera está en la lista de las cosas que tienes que hacer hoy. ¿Cómo lo sé? Tengo ojos en la nuca. Tengo buen oído. Y soy diez veces más listo que tú. No puedes engañarme. Así que, si no está encima de mi mesa el lunes antes de las diez de . la mañana, Jafar se irá a Sidney en el primer avión y el acuerdo estará roto.

Después colgó. Tranquilo. Despacio. Con sólo un suave clic al dejar el teléfono en su soporte. A continuación se puso a leer un papel mientras se frotaba la barbilla.

Brooke debió de hacer algún ruido, haber dejado escapar el aire de la respiración que estaba aguantando, porque de pronto Danny alzó la vista y la miró con los penetrantes ojos que aún mantenía después de la conversación telefónica.

Pero en cuanto se dio cuenta de que era ella, la mirada se suavizó, se hizo cálida.

—¿Qué pasa? —Preguntó inclinándose hacia delante y apoyando los brazos en la mesa—. A tu sitio —le dijo a Buckley y el perro se sentó en un cojín negro en un rincón.

—Sólo quería decirte que me voy a la cama —dijo Brooke.

—¿Los niños están dormidos?

—Están más que dormidos. Están prácticamente en coma gracias al maratón de cine y a la fabulosa cena —las últimas palabras se perdieron en un bostezo.

—Iba a tomar algo antes de acostarme. ¿Estás demasiado cansada para unirte a mí?

—¿Parezco cansada? —pregunto entre risas.

—No —dijo él y se puso en pie. Brooke tuvo que levantar la vista para mirarlo a los ojos haciendo que se sintiera realmente pequeña a su lado—. El bar está en la guarida —le recordó, al ver que ella no se movía, ensanchó la sonrisa haciendo aparecer el tentador hoyuelo—. Tengo que subir un segundo, pero enseguida estoy contigo.

—Claro —respondió ella.

Pasó a su lado y una vez que lo vio subir las escaleras corriendo, respiro hondo. Se preguntó cuántas veces más las siguientes semanas se cruzarían en los umbrales de las puertas.

Sola en el estudio, decidió hacer un recorrido rápido. Echó un vistazo a los estantes porque lo que realmente revelaba algo de una persona eran las cosas que no podía tirar, sus tesoros. Entre todos los de Danny sólo había una pequeña foto enmarcada. La acercó a la luz. Era una fotografía que ella nunca había visto, ni siquiera recordaba que se la hubieran hecho, pero sí m_ conocía el escenario. Unas vacaciones que Danny había pasado con ella y su familia en Barbados cuando Beau tenía dos años.

Habían sido buenos años. Justo antes de que Cal se conviniera en campeón del mundo. Antes de tener a Lily y que se volviera demasiado complicado viajar con él. Antes de que hubiera empezado a encontrar toda clase de razones para permanecer en el extranjero más de lo que las carteras requerían. Antes de que ella se diera cuenta de que estaba unida a una persona que encontraba muy difícil amarla.

Pasó los dedos por la mejilla de Cal. Como siempre, sonreía a la cámara con su brillante pelo mbio y sus blancos dientes. En la foto ella estaba girada en su dirección y riendo tan fuerte por algo que había dicho él, que tenía una mano apoyada en el pecho. Y Danny... Brooke se quedó sin respimcióa Tenía semejante mirada de felicidad. Nada que ver con la sonrisa fría que normalmente reservaba para las fotos y las entrevistas de la televisión, sino una amplia sonrisa que sacaba lo mejor de sus bonitos ojos y de ese

atractivo hoyuelo. Pero lo impresionante era ver que toda aquella sonrisa, toda esa felicidad estaba totalmente proyectada hacia ella.

Brooke dejó la foto donde estaba y se dio la vuelta. Se quedó helada al encontrarse con Danny apoyado en la puerta.

—Buenos tiempos, ¿verdad? —dijo él.

—Hubo sus momentos —Brooke sabía que debía de tener el mismo aspecto que si la hubiera descubierto con la mano en la lata de galletas. Miró al techo—. ¿Sigue Beau dortnido?

—Está en tu cama.

Brooke asintió.

—Lily puede dormir en un volcán en empción, pero he pensado que la primera noche aquí sería un poco dura para Beso.

—No es que tú quieras compañía, por supuesto —dijo con una sonrisa.

Se miraron a los ojos. Sintió que un temblor le recorría todo el cuerpo antes de quedarse en el estómago.

—¿Estás insinuando que obligo a mi hijo de siete años a dormir conmigo porque no quiero dormir sola? —dijo cruzándose de brazos.

—Sí —dijo—. De hecho sé que solías llevarte a tu cama a Beau las primeras noches cada vez que Calvin se marchaba.

—¿Te contó eso? —preguntó en un susurro por la conmoción.

—Esta mañana, cuando estábamos ayudando a los de la mudanza, casi tuvimos una pelea cuando trataron de llevarse la almohada suplementaria de tu cama. Parece que le habías dicho a Beau que podía ser su almohada siempre que la necesitara.

—¿Y qué has hecho? —dijo con un nudo en la garganta.

Danny se metió las manos en los bolsillos y desapareció entre las sombras.

—La he metido en una de tus maletas, pero se me ha olvidado decírtelo. Se la acabo de dar a él —dijo.

Brooke se debatía entre la duda de regañar a Beau por no contarle a ella lo que le preocupaba o subir corriendo las escaleras y darle un abrazo. Y, respecto al hombre que tenía delante, tenía aún menos idea de qué hacer con él.

—Creo que me tomaré algo contigo.

Danny hizo un gesto con la mano y Brooke pasó a su lado, atravesaron el recibidor y llegaron a la guarida. Brooke eligió un sofá de cuero y se dejó caer en él. Danny sirvió dos escoceses con hielo en dos vasos de cristal tallado, después se sentó al otro

extremo del sofá.

—Te criaste sólo con m madre, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí —respondió cruzando las piernas.

Y se había criado muy bien, pensó. A lo mejor era bueno para Beso estar allí, con Danny, un hombre que sabía por lo que estaba pasando.

—No sé qué me da más miedo si que empiece a fingir o que se recluya dentro de su caparazón —dijo ella.

—En mi opinión se está mejor con el amor seguro de uno de los padres que con el inseguro de los dos y en eso él va ganando el partido.

—Mmm —dijo ella—. Supongo que sí. Aunque ahora Lily no quiere ir a ningún sitio sin esa horrible boa. Lleva tres meses así. Tengo pesadillas en las que todavía la lleva en las fotos de su graduación universitaria.

Danny se echó a reír, la vibración se transmitía por el sofá. Brooke se sentó encima de los pies.

—Lo estás haciendo bien —dijo él—. De verdad. Y te juro que habría sido muchísimo peor si hubiera sido al revés.

—¿Te refieres a si hubiese sido yo la que hubiese saltado por un acantilado con mi deportivo secreto con un amante al lado mientras mi marido y mis hijos se quedaban en casa?

—¿Se te hubiera ocurrido a ti hacer algo así?

—¿Los deportivos secretos o la escapadita por Europa? ¿Estás de broma? Tenía fantasías todas las noches cuando estaba despierta dando de comer a Lily y sabía que el mes siguiente seguiría haciendo lo mismo.

—Me imagino que si hubiera sido yo, me habría gustado darle a probar su propia medicina. ¿Nunca pensaste en perderte?

—Perderme. Así dicho parece como un accidente—y muy fácil, pensó a la media luz de la habitación—. No sé dónde hubiera encontrado a alguien con quien valiera la pena perderme. Durante años mi vida social se ha reducido a un grupo de madres, reuniones con profesores y visitas al médico. Así que supongo que esa idea ni siquiera llegué a planteármela.

—¿Es ésa tu razón? ¿O es la misma por la que sigues llevando el anillo de casada? —preguntó sin dejar de mirarla a los ojos.

Brooke se dio cuenta de que había estado jugando a darle vueltas alrededor del dedo. No era algo que hiciera normalmente. Lo llevaba desde hacía ocho años, casi un tercio de su vida.

—¿Has pensado en cuándo te lo vas a quitar? —preguntó mirándola mientras bebía otro sorbo.

—Es la noche de las preguntas difíciles, ¿verdad? —dejó caer la mano del anillo.

—Todavía lo echas de menos, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa.

—A veces, mucho —admitió—. Es extraño. Cuando nuestra relación iba bien había temporadas que nunca estaba en casa, pero era como si siempre pudiera buscarlo con mis pensamientos y encontrarlo donde quiera que estuviera. Ahora busco y... no hay nada —suspiró y parpadeó para apartar la niebla que hacía borrosa su mirada. Después rió nerviosa mientras se recogía el pelo en una coleta—. ¿Te parece ridículo?

—No —dijo Danny—. Sé exactamente a qué te refieres. Incluso ahora, cuando suena tarde por la noche el teléfono, pienso que es él, desde cualquier sitio que no tiene ni idea de qué hora es aquí. Era la última persona con la que podrías contar para que te llevara a casa después de una gran noche, pero no podías evitar quererlo.

Brooke bajó los pies al suelo y sujetó el vaso con las dos manos.

—Y aquí estoy yo sintiendo lástima de mí misma. ¿Cómo lo llevas tú?

—Voy... voy haciéndome a la idea —sonrió y eso lo hizo parecer más humano.

¿Quién de los dos se había movido? Porque estaban más cerca, lo bastante como para que Brooke pudiera ver un anillo márrón chocolate alrededor de los dorados iris de Danny.

—Si quieres hablar de ello...—se ofreció.

—Entonces no lo dudaré —dijo él.

Brooke se había terminado la copa, se sentía cálida y preparada para dormir bien. Se puso de pie y Danny la miró.

—Creo que es hora de irme a la cama o me quedaré dormida aquí. ¿Te vas tú ya?

—Todavía no. Tengo trabajo que terminar.

—¿Por culpa nuestra?

—No. Estoy contento de poder hacer esto por vosotros. Y me encanta que estéis aquí.

—Yo también—decidió ella.

Danny dejó su vaso vacío al lado del de ella y se puso en pie.

Brooke fue hasta la puerta, pero se dio la vuelta en el último instante. Apoyada en el marco dijo:

—Sé que nunca me has tenido mucho afecto ~speró a que él protestara para comprobar si Simone tenía razón o si era auténtica la risa de la foto, pero no dijo nada—. Y por eso aprecio todavía más lo que has hecho por nosotros. Eres un buen hombre, Danny Finch.

Él asintió. Sólo una vez. Ella se dio la vuelta y desapareció.

A la mañana siguiente Brooke bajaba por las escaleras con su pijama de Winnie the Pon, el pelo recogido en dos coletas que hacían que pareciera una adolescente.

No había dormido tan bien desde hacía semanas. La cama en la habitación que le había dejado Danny era de ensueño. Enorme, suave y llena de almohadones y con unas sábanas que parecían de seda. Beau y Lily estaban los dos allí durmiendo juntos.

Se frotó los ojos con los puños cuando entró en la cocina donde encontró a Danny sentado en la mesa redonda ya vestido con su habitual traje negro y recostado en la silla leyendo el periódico a la luz del sol que entraba por los grandes ventanales.

Brooke se dejó caer en una silla al lado de él y robó de encima de la mesa media tostada untada con mantequilla. Danny cerró el periódico y la miró. En su rostro se dibujó una media sonrisa mientras levantaba las cejas.

—¿Por qué me miras así? preguntó Brooke con la boca llena.

—¿Cómo?

—Como si tuviera la cara llena de mantequilla. Danny terminó de doblar el periódico y lo dejó en la mesa.

—Puede ser que esa tostada hace un momento fuera mía y esté pensando qué medidas tomar para recuperarla.

—Estás forrado, puedes permitirte otra tostada —dio otro mordisco a la tostada y respiró por la nariz mientras intentaba despertarse del todo.

—Y ¿qué pasa si sólo quiero ésa?

Brooke dejó de masticar. Tubo la sensación de que estaban hablando de cosas diferentes, pero estaba demasiado dormida como para estar segura.

—Hay muchas más tostadas... en el mondo. Vete por ellas.

Se inclinó y le tiró de una de sus coletas.

—¿Te levantas siempre tan animada?

—Debo advertirte —dijo mientras se colocaba lo que quedaba de la coleta—, que me lleva al menos media hora y una buena taza de

café convertirme en la calmada, fría y sosegada madre del año que conoces y adoras. Hasta ese momento soy desagradable y nociva.

La sonrisa de Danny cambió y Brooke pensó que debería haberse estado callada hasta que esa media hora hubiera pasado, pero no estaba acostumbrada a hablar por las mañanas con nadie que no fuera un quejica Beau o una Lily mimosa.

Dannyse levantó de la silla y se llevó con él el periódico doblado.

Brooke apoyó la cara en la palma de la mano. Mientras que ella estaba despeinada al principio de la mañana, él estaba todo lo contrario. Parecía despejado y listo para comerse el mundo. No estaba segara de si sentía envidia de su eficiencia o lo que tenía en el estómago no era más que una reacción femenina ante un hombre tan guapo. Claro que siempre podía ser una indigestión por comerse la tostada tan deprisa.

Danny agarró un par de platos y los metió en el lavavajillas. Nada de indigestión, pensó ella. Rió interiormente. Si un hombre haciendo sus tareas domésticas la excitaba, era evidente que seguía medio dormida.

Se metió el último pedazo en la boca y masticó más despacio. Se dijo que si no fuera porque era cabezota, frío y no hablaba de sí mismo y que se quedaba mirando la nevera abierta, sería un partidazo. Para alguna chica afortunada. Algún día... A menos que ya hubiera una chica afortunada. Era una posibilidad. No sabía que vivía en una casa de cuento en medio de un bosque... ¿qué más no sabia?

—¿Tienes algún otro huésped habitual del que debiéramos tener información? —preguntó— ¿O que deba saber de nosotros? —la miró fijamente con un gesto de confusión—. Como, a lo mejor, alguna clase de huésped femenina habitual.

Su gesto volvió a la normalidad y en su boca apareció una sonrisa que obligó a Brooke a respirar más hondo.

—¿Me estás preguntando si me veo con alguien habitualmente?

—Supongo que sí —dijo ella.

—Tuve una cena muy agradable hace un par de noches.

—Pero estabas en mi casa ayer al amanecer —dijo tosiendo por la tostada, pensando que no podía haber pasado la noche coa.. aunque... Podía no haber sido toda la noche. Por el brillo en los ojos era evidente que sabía lo que ella estaba pensando—. ¿Tiene nombre?

Danny llenó un cuenco de copos de maíz y leche.

—Sí, se llama Emily.

Brooke se levantó de la silla y fue a apoyarse en la encimera.

—¿Primera cita? —se puso buscar una cuchara.

—En realidad, no.

Bueno, cuando había empezado esa conversación ni siquiera había pensado que se viera con nadie. Tampoco era que se lo imaginara en casa sentado al lado del teléfono esperando ansioso su próxima llamada. Hasta entonces siempre había estado disponible cuando ella lo había necesitado, así que nunca había imaginado que hubiera una Emily en su vida.

Brooke notó un destello y se dio cuenta de que Danny movía delante de ella una cuchara como si la estuviera hipnotizando. Tendió la mano y agarró la cuchara.

—¿Y dónde os conocisteis, tortolitos? —incluso ella notó el sarcasmo en su propia voz, así que metió la cuchara en el cuenco de cereales para no mirarlo a él.

—En un baile para sacar fondos para un equipo de fútbol local —dijo—. Ella está en la junta.

Le llenó una taza de café con la cantidad perfecta, de leche y media cucharadita de azúcar. Pensó que habrían pasado muchos años desde que le habría dicho cómo le gustaba el café. En algún momento, sencillamente, habría empezado a saberlo.

Brooke masticó y tragó y dejó la cuchara apoyada en el cuenco.

—Así que sois una parejita—dijo—. De verdad.

Danny le tendió la taza y después apoyó las manos en el banco.

—Supongo que depende de lo que se considere ser una pareja en estos tiempos.

—¿Me lo estás preguntando a mí? —dijo señalándose el pecho con una mano—. ¿Una mujer que no ha tenido una cita en... más de ocho años?

—Sí. Muy pronto volverás a estar ahí fuera y tendrás que saber de estas cosas.

—¿Fuera dónde? —preguntó agitando la mano en el aire.

—En el mercado. Saliendo. Hombres nuevos—las últimas palabras le llegaron en voz baja y despacio y despertaron en ellas imágenes de muchos músculos, manos hábiles, el almizclado aroma de una cuarto de baño después de la ducha de un hombre.

—Oh, no —dijo sacudiendo la cabeza—. Yo no. Ya he pasado por todo ese rollo.

Pensaba que Danny no iba ahacer ningún comentario, de hecho no dijo nada en un buen rato, pero finalmente preguntó:

—¿Y por qué?

—Aparte de porque estoy tan oxidada que chirrío, he sido madre tanto tiempo que no creo saber cómo volver a ser la novia de nadie. Me refiero a las primeras citas, cómo se hace para decirle a un tipo que aunque él disfrute mucho acariciándote la oreja tú no lo soportas —un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Danny se echó a reír. Una sonora carcajada que pasó por su cuerpo hasta hacerla temblar de pies a cabeza.

—No es todo tan malo —dijo mientras metía la leche en la nevera . Encontrar a alguien que te atraiga, que pueda mantener una conversación medio inteligente, que le guste lo que a ti. Es uno de los grandes placeres de la vida.

La forma en que había dicho vplaceres» le erizó la piel de los brazos. Era como si el cuerpo hubieras escapado a su control. Otro cuarto de hora y otra buena dosis de café y estufa al mando.

—¿Es por eso por lo que nunca has sentado la cabeza? ¿Te gusta la emoción de lo nuevo?

La medio sonrisa de Danny se convirtió en una entera y Brooke deseó no haber preguntado. Rodeó la taza de café con las manos miró como ciega su marrón profundo.

—Como muchos hombres soltems —dijo él—, no he sentado la cabeza todavía porque no he encontrado una mujer con la que me imagine pasar el resto de mi vida. El día que eso ocurra será la última mujer a la que bese, la última a la que rodee con mis brazos y la última a cuyo lado me quede dormido. No sé cómo alguien puede tomar una decisión así a la ligera.

Brooke levantó la vista y lo vio pasando un trapo por la encimem. Tragó para humedecer su repentinamente seca garganta. Se suponía que tenía que ser grande, presuntuoso y testarudo. Estaba destinado a ser su red de seguridad. Su colchón en caso de aterrizaje en el duro suelo. No tenía que ser romántico, ni poeta, ni un aprendiz de amante. Añadir todo eso a lo que ya conocía de ese hombre lo hacía repentinamente... peligroso.

—¿Crees todo eso? —preguntó Brooke. Tuvo que volver a tragar antes de seguir—. ¿Que la gente puede ser fiel en cuerpo y alma hasta el final de los tiempos?

Danny se quedó quieto, parpadeó un par de veces. Escurrió el trapo y lo colocó con cuidado en el borde de la pila. Después se dio

la vuelta y la miró a los ojos sin sonreír, como si estuviera considerando sus palabras seriamente.

—Sí —dijo finalmente—. A pesar de las muchas evidencias en sentido contrario. Creo en la felicidad después de todo. Creo que las dos personas adecuadas pueden ser felizmente monógamas hasta que sean viejas. El problema es que hoy en día muchas parejas se unen por razones equivocadas en lugar de buscar a la persona adecuada. Y eso sólo puede acabar mal.

Bien directo, pensó. Estaba hablando de Cal y ella. Y seguro que de un millón de parejas más en el mundo que estaban luchando para seguir juntas. Pero en ese momento, sobre todo estaba hablando de ella.

¿Se había acomodado? ¿Se había agarrado a la primera oportunidad que había tenido? ¿Su desesperación por salir de bajo el ala de su hermana la había lanzado a los brazos de Cal? Bueno, si hubiera esperado... no tendría a Beso y Lily. Ellos hacían que no pudiera arrepentirse.

Buscó el periódico para hacerse la distraída.

—Bueno, ¿sois Emily y tú pareja? —volvió a preguntar, pero esa vez estaba preguntando si ella era esa última mujer.

La miró, Brooke no hubiera podido apartar la vista aunque su vida hubiera dependido de ello. Sintió que le fallaban las rodillas, calor en la cara. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaban haciendo?

—Emily y yo estamos muy unidos —dijo él.

Y Brooke se dio cuenta de que eso era no decir nada. La última brizna de aire que quedaba en sus pulmones la gastó en un suspiro sordo. Parecía que mientras ella había estado inmersa en su tragedia vital, alguna chica con suerte lo había descubierto. Y eso era algo bueno, él se lo merecía. Eso y más.

—Bueno, me alegro por ti. Y por Emily. Mi consejo es que te agarres fuerte. El camino del amor verdadero es más frágil de lo que imaginas.

Brooke le dedicó una sonrisa burlona antes de terminarse el café de un trago y volver de nuevo la atención al periódico. Danny juró entre dientes y ella se dio cuenta de que él ya había leído la noticia oculta en la esquina inferior de la última página del periódico.

Se frotó los ojos y por fin se despertó: *La viuda de Findlay se muda*.

El doble sentido era evidente, sobre todo teniendo en cuenta la fotografía que acompañaba al titulan Se había tomado el día

anterior mientras huía precipitadamente desde su casa al coche de Danny. Para un observador inocente podían parecer una familia. Ella con Lily en sus brazos y Danny con Beau en los suyos.

Levantó la vista en dirección a Danny cuyo gesto indicaba que estaba preparado para cualquier cosa. Platos volando, lágrimas, otro desmayo... Bueno, no iba a darle esa satisfacción.

—Brooke, no es nada —dijo—. Es de relleno. Entenada en medio de los deportes. Dentro de los grados de importancia de un periódico se consideraría como algo que no interesa. Así que, ¿qué importa?

—¿Qué importa? En lo que a ellos respecta, debería estar sufriendo por el hombre al que amaba y en vez de eso creen que me he liado con su mejor amigo.

—Brooke, no importa...

—Importa —terminó ella—. ¿No lo entiendes? No había visto a Cal en seis meses. La última vez que hablé con él fue cuando llamó desde Italia para decirme que no volvería para el cumpleaños de Beau. Diablos, no habíamos dormido juntos en más de un año. A lo mejor debería llamar al periodista y contárselo.

La cocina quedó en silencio tras el eco de sus palabras. Sintió que Danny no lo entendía, pero no podía reprochárselo. Necesitaba compartir con él ese último tramo de su vida, que conociera su versión. Que supiera que no vivía en una telenovela. Estaba dolida. Y perdida

—Lo siento. Es seguramente más información de la que querías tener.

—No tienes nada por lo que disculparte, Brooke.

—Pero ellos —dijo señalando el periódico—, ellos no lo saben. Dios, me gustaría...

—Si los deseos fueran peces... —dijo Danny en un tono tan calmado que ella lo sintió como un bálsamo—. Estoy seguro de que todos hubiéramos actuado de otra manera desde hace años.

Hubiéramos. Hablaba de «nosotros». Como si él tuviera de qué arrepentirse. Y por la forma en que la mitaba sabía qué ella estaba incluida. De pronto Brooke no quiso seguir fingiendo.

—Ya está, Danny. Nos vamos de aquí —se levantó y llevó su taza a la pila.

—No seas ridícula.

—No necesito esto. Tú tampoco. Eres un genio de las relaciones públicas. Imagina cómo se resentirá tu negocio si todos tus clientes

piensan que estás esperando el momento oportuno para levantarles la novia o la esposa.

Trató de marcharse, pero él la agarró del brazo. Ella se detuvo y él la soltó. Lo miró a los ojos. Dorados. Intensos. Ojos de león.

—No te vayas —dijo él.

—Debo irme —susurró.

—Eso no es una razón. Es simplemente someterte a lo que los demás piensan que deberías hacer. Quédate porque quieres. Quédate porque lo necesitas. Quédate porque éste es el mejor sitio para ti en este momento.

—Entonces invita a venir a Emily —Danny la miró con el ceño fmocido—. Lo digo en serio. Invítala y rápido. A cenar, por favor.

—Muy bien —dijo él finalmente y dejó que se fuera.

Se alejó un paso. Dos. Pero seguía sintiendo la tensión que perra de él. Sabía que debía marcharse, dejarlo allí con medio cuenco de cereales y una taza sucia en el fregadero e ir a ver a los niños. Darse una ducha fría. Esconderse bajo las sábanas otro cuarto de hora, pero se limitó a reconocer que no podía.. No mientras él estuviera allí de pie mirándola del mismo modo en que lo había hecho cuando había despertado de su desmayo. La miraba como si ella le importase. Profundamente. Y había pasado tanto tiempo sin que nadie la mirara así...

Danny tampoco podía moverse. Estaba petrificado.

El pelo de Brooke era una maraña, el pijama estaba artugado, los ojos verdes enmarcados por manchas de lápiz de ojos que no se había quitado bien la noche autes. No necesitaba pasearse por la cocina en ropa interior para dejarlo sin respiración. Sólo necesitaba dejarse ver.

Debería haber dejado que se marchase. Tenía que haberle pagado un hotel todo el tiempo que le hiciera falta, pero la quería cerca. Había querido que estuviera cerca durante más tiempo del que podía recordar. Y ya que la tenía se preguntaba cuándo se marcharía. Por que tendría que dejar que se marchara, por cientos de razones diferentes. Se estaba arriesgando más que en toda su vida. Si se quedaba con él y aquello se convertía en otra cosa, la corporación que había tardado años en levantar podría verse en peligro. Ella nunca le había demostrado ningún interés por empezar algo, así que rogarle que se quedara con él sólo serviría para prolongar aún más la tortura. Además era la mujer de su mejor amigo. Siempre lo sería.

Era una madre sola y era imposible que se metiera en un lío así si no cm por una relación a largo plazo. Había estado presente cada vez que su madre había empezado con un hombre nuevo. Y cada vez que todo se había ido al garete había estado allí para consolarla.

La única razón para no dejar que se fuera era que no podía seguir negando que la adoraba. Le atraía tanto que sentía un dolor físico, pero ¿cm eso una razón de peso para luchar? ¿ O más que otra cosa una razón para que se alejara?

No era el momento de buscar las respuestas, era el momento de tranquilizarse y hacer que ella se sintiera segura. Eso era lo que le había prometido y tenía que cumplirlo.

—Ahora que todo está claro, ¿qué piensas hacer hoy? —preguntó sorprendido de que su voz no sonara tan tensa como sentía la garganta.

—No he pensado nada, para ser sincera —dijo ella en tono frío.

—Tengo que ir a Melbourne esta mañana. ¿Estaréis bien aquí solos?

—Claro —dijo cuadrando los hombros tratando de parecer el epítome del control, algo imposible de conseguir con ese pijama y las coletas.

—Te dejaré las llaves del Audi por si los niños quieren ir a algún sitio. La nevera está llena. Te puedo dejar algo de dinero por si....

—No.

—¿No a qué exactamente?

—No al dinero.

—Veinte pavos no me van a arruinar, Brooke.

—Tengo algo de dinero tras vender los muebles. Suficiente para que podamos comer y vestimos una temporada. Y te lo digo de antemano: no aceptaré caridad de nadie parpadeó con ojos de... ¿miedo? ¿De qué?

Danny sintió que le faltaba el aire. ¿Cómo habría acabado esa mujer con tan poca fe? En ella misma o en los demás. ¿Sería a causa de Cal?

—Yo no soy nadie, Brooke.

—Ya lo sé. Pero ya has hecho más que suficiente. No sé qué he hecho para merecerlo —dio un paso adelante y le tomó una mano —, pero nada de dinero. Nunca. Pensaría que estoy hundida —dijo apartando la mano. Respiró hondo y siguió—. Y hablando de los niños, sería mejor que los despertara.

Danny asintió. .

—Me marcho, entonces. Os veré esta tarde.

Brooke sonrió y se marchó sin siquiera insinuar que esperaría su vuelta.

Danny apretó el puño tan fuerte que se hizo daño en la palma de la mano. ¡Dios! ¿Por qué ella? ¿Por qué no se había enamorado muchos años antes de una dulce joven que lo adoraba?

Había salido con celebridades mbias, morenas inteligentes, pelirrojas encantadoras. Y además estaba Emily, su buena amiga y algunas veces compañera de cenas. Era una mujer fabulosa. Inteligente, divertida, guapa, trabajaba en lo mismo que él. Pero nunca serían nada más que buenos amigos. ¿Por qué no se había enamorado de ninguna?

Porque ninguna era Brooke Findlay.

Capítulo 6

HABÍA sido un día infernal. Con el final de la temporada de fútbol, el trabajo de Danny se incrementaba. Los fichajes de jugadores estaban a la vuelta de la esquina y eso suponía tumores, cortinas de humo, propuestas de contratos susurradas al oído...

Era un deporte maldito pero lo amaba. Y desde hacía cinco años él era el mejor en lo suyo. Jugaba para ganar. Siempre. Y tenía éxito en todas las áreas de su vida. Excepto una. La misma por la que se había marchado pronto del trabajo. Esa tarde el sol brillaba fuera de las ventanas de su oficina y se reflejaba en las aguas del puerto de Philip Bay, así que algo lo llamaba. Alguien.

Una vez en casa, Danny dejó las llaves en la encimera y tomó una manzana del frutero antes de darse cuenta de que era la primera vez que estaba lleno de fruta. En lugar de estar lleno de correo y cubierto de polvo, estaba hasta el borde de manzanas, naranjas y un montón de aguacates maduros.

—Brooke —dijo en voz alta con una sonrisa.

Aguzó el oído para ver si estaba en casa. Oyó el viento que golpeaba en las ventanas de la cocina y los ruidos acostumbrados de la casa. Y finalmente oyó un chillido. Lily. Se dio la vuelta y vio una cabeza llena de rizos rubios rodeada por una boa rosa pasandoo por el otro lado de la ventana de la cocina, Llegó a tiempo de ver a Beso corriendo tras ella. Detrás iba Backley con la lengua fuera. Y finalmente apareció Brooke. Llevaba unos pantalones cortos color caqui, unas sandalias de dedo, el pelo recogido en dos coletas y una camiseta ceñida que mostraba unas curvas capaces de volver loco a cualquier hombre.

—Vamos a agarrarte —oyó decir a Beau con el tono espeluznante de una película de miedo.

Lily asustada se puso en cuclillas en el césped y se cubrió la cabeza con la boa gritando con una mezcla de miedo y de placer porque la iban a alcanzar.

Brooke agarró a su hija, después Beau se unió a las dos y los tres rodaron por el césped, riendo y gritando mientras la madre los cubría de besos. Superado por la excitación, Buckley salió corriendo para alcanzar algo invisible en el bosque. Danny respiró hondo. Ahí estaba la razón por la que había vuelto pronto a casa. Ésa era la faceta de su vida—que había echado de menos. Esa mujer con una

belleza natural que podría haber ocupado las portadas de las revistas de moda, pero que había elegido la vida de familia. La había elegido y se había entregado a ella haciendo todo el esfuerzo necesario para seguir al lado de un marido mujeriego para . que sus hijos crecieran felices.

Cuando los rumores sobre las «infidelidades» de Cal hablan empezado a aparecer, mucha gente de la prensa, la había despreciado por aguantarlo, pero Danny había pensado de otro modo. Se había quedado sorprendido por su humildad. Su capacidad de sacrificio y su tremenda fuerza interior.

Atraído por la escena del jardín, se quitó la corbata y la chaqueta, se desabrochó los botones del cuello y salió de la cocina. Al oír el sonido de la puerta corredera, los gritos y risas desaparecieron y tres rastros miraron en su dirección.

—Danny —gritó Lily—. ¡Ayúdame! Quieren matarme.

—No, no es cierto —dijo Beau burlándose de su hermana—. Eres tan melodramática.

Brooke salió de entre sus hijos, se puso de pie y se sacudió al ropa. Una brizna de hierba se le quedó pegada al muslo izquierdo y Danny pensó en acercarse más y quitársela. Luego lo volvió a pensar mejor.

—Una carrera hasta el columpio, Lil —dijo Beau y ya estaba a medio camino de una rueda que colgaba de la rama de un viejo olmo artes siquiera de que la niña estuviera de pie.

Brooke los dejó y fue hacia Danny. Tenía el pelo todo revuelto, la camiseta se había bajado ligeramente de un hombro dejando ver el tirante rosa de un sujetador. El verde de sus ojos era tan oscuro y misterioso como el bosque de detrás. Era completamente preciosa.

Miró brevemente el cuello abierto de la camisa antes de mirarlo a los ojos.

—Hola —dijo aún jadeante.

—Hola respondió él mientras se subía las mangas de la camisa hasta los codos—. No quería interrumpir.

Brooke hizo un gesto con la mano antes de apoyar las dos en los muslos intentando recuperar el aliento.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Estoy agotada. Creo que es la octava vez que jugamos a perseguirnos.

—Parece un buen día.

—Considerándolo todo, realmente lo ha sido —después sonrió y Danny supo que podría afrontar cualquier cosa pan recibir sonrisas

como ésa.

—Simone me ha llamado al trabajo —dijo él antes de hacer cualquier estupidez.

—¿Por qué? —preguntó ella incorporándose.

—Para preguntarme cómo estabas, supongo —decidió no contarle que había habido una amenaza de heridas e incluso posible castración si le pasaba algo a Brooke mientras estaba en su casa—. Así que he invitado a Jerry y a ella a cenar esta noche.

—Tú ¿qué? preguntó Brooke con voz cortante.

Danny sabía que Brooke y Simone tenían sus diferencias, pero en ese momento parecía aterrorizada por la idea de que su hermana fuera a cenar.

—¿Hay algún problema?

—Sólo... sólo que me hubiera gustado que me preguntaras antes.

—Lo siento. La próxima vez lo haré.

—¿La próxima vez? —repitió y sonrió ligeramente.

—Claro —dijo él—. Pueden venir cuando quieras. Cualquiera puede venir cuando quieras.

—Una vez será más que suficiente —dijo ella—. Te lo aseguro. La única razón de que atiendas sus llamadas es que sólo la tomas en pequeñas dosis. Yo, sin embargo, no tengo elección.

Lily gritó y los dos se volvieron. Estaba colgada del neumático mientras su hermano la balanceaba.

—El columpio es un éxito —dijo Danny:

—Sí. Como me digas que se te ocurrió lo mismo que el DVD del *Rey león*, voy a darte un puñetazo.

—No temas, estaba aquí cuando compré la casa. Había pensado en quitarlo, pero no he tenido tiempo —dijo sonriendo.

—Me alegro. Se han pasado ahí la mitad de la mañana. ¿No habías pensado que tendrías niños aquí y que podrían usarlo?

Brooke se apoyó las manos en la zona lumbar y se estiró hacia atrás haciendo que los pechos se marcaran de tal modo que Danny tuvo que mirar a los niños.

—Creo que traer un niño al mundo es una decisión muy importante. Primero tienes que estar realmente seguro de tu propia situación —dijo él.

Ella asintió. En su ojos había comprensión. Danny se preguntó cuánto le habría contado Cal de su propia niñez ni mucho menos ejemplar. Mucho, pensó cuando vio la suave sonrisa con que ella lo miraba.

—Estoy contigo —dijo ella—, pero ¿te imaginas lo que debe de ser tener a tu entera disposición un equipo completo de cricket en el jardín?

Danny se echó a reír.

—Bueno, los programas de la tele dicen que los niños de hoy en día prefieren los videojuegos.

—¿Qué será de la gente como tú en el futuro si los niños dejan de practicar deportes?

—Ah, siempre habrá niños que practiquen algún deporte. Simplemente será más difícil encontrar a los buenos, pero necesitarán más ayuda para saber aceptar las buenas ofertas, así que habrá mucho trabajo.

Brooke rió y el sonido de la risa se perdió en el espacio abierto.

—¿De verdad no hay limites a tu confianza?

La miró y comprobó que se había cruzado de brazos. Mucho mejor para su equilibrio.

—¿Hay algo de malo?

—Bueno, puede haberlo. Cal, por ejemplo, pecaba de exceso de confianza. Creo que era su mayor atraotivo y su mayor defecto.

—¿Me lo estás diciendo como un consejo?

—No creo que tú seas como él.

—¿Y eso es bueno?

—Oh, sí —dijo ella con tal vehemencia que Danny estuvo a punto de pedirle que lo repitiera.

—A lo mejor debería contratarte como mi relaciones públicas.

Volvió a echarse a reír, pero sin dejar de mirar a los niños.

—Me pagarías por nada —dijo ella—. No necesitas relaciones públicas. Eres inteligente, tienes éxito y desde luego muy buena presencia. Y que nos tengas en tu casa prueba que eres un santo.

Danny agradeció el tono desenfadado. Recordó cómo habían sido al principio, hacía años, molestos, peleones, marcándose los límites mutuamente hasta que Cal había tenido que separarlos antes de que llegaran a pelearse.

—Parece como si hubieras pensado en ello —dijo él preguntándose dónde estarían los límites ya que Cal no estaba.

—Mmm... Aunque hay una cosita que me hace preguntarme si no se me habrá pasado algún gran defecto.

—¿Y es?

—¿Por qué no te ha cazado ninguna mujer todavía? Sé que tienes ahí a tu Emily, pero por lo que sé no ha habido intercambio

de anillos. O de promesas.

Danny negó con la cabeza. Aunque la conversación podía volverse peligrosa si entraban en ese campo, no pudo resistirse a su sonrisa.

—¿Y tú qué piensas?

—Tengo distintas teorías —dijo volviéndose a mirarlo y ampliando la sonrisa.

—¿Cuáles?

—Bueno —echó una mirada rápida a los niños—, teniendo en cuenta lo que sé de ti...

—Mi inteligencia, mi éxito y mi... ¿Qué era lo otro? —levantó inocente una ceja.

Brooke tenía las mejillas sonrosadas y una medio sonrisa de indiferencia en los labios, pero lo miró a los ojos y dijo:

—Tu muy buena presencia.

—Eso, claro —agitó una mano en el aire—. Sigue.

—Considerando todo eso, la única razón para que no te hayan cazado debe de ser la falta de habilidad en la cama.

Lo dijo deprisa y una vez que hubo terminado el mundo se quedó en silencio. Lo único que Danny podía escucha era el latido de su propio corazón.

—Has debido de pensar mucho sobre mi destreza en la cama. —dijo disfrutando del rubor que asomaba a las mejillas de Brooke.

—Eh, no me eches la culpa a mí —dijo ella—. Tú eres el falto de habilidad.

Danny ni siquiera consideró la posibilidad de discutir. Tenía bastante confianza en su habilidad en ese terreno de la vida. Estaba al nivel, demonios, incluso lo superaba, de sus reconocidas habilidades en otros campos. Había salido con muchas mujeres tanto por su propio placer como por el de ellas y había aprendido unas cuantas cosas sobre cómo agradar.

—Y durante esas largas y duras reflexiones ¿qué has — decidido que debería hacer para corregir ese defecto dentro de mi perfección general?

—He oído que hay películas —dijo ella relajando la tensión de los hombros—. Y cursos. Estoy segura de que podremos encontrar algo para ti en el centro de educación de adultos —Danny no pudo contener más la risa. Soltó una carcajada que le llenó el pecho y le tensó las mejillas—. ¿Me he acercado al blanco?

La miró y pensó en lo fácil que le resultaría dar placer a esa

mujer.

—Brooke, querida —dijo—. Has dado tan lejos del blanco que casi te das en la cabeza.

Brooke parpadeó mientras sus palabras calaban. Tragó con dificultad, pero no desvió la mirada.

—Bueno, entonces seguramente es una suerte para mí y las futuras citas que tenga por ahí el que nunca llegue a saberlo con seguridad —después lo liberó de su mirada y se fue corriendo donde estaban los niños—. ¿Quién quiere que le empuje? —preguntó.

—Yo —dijeron los dos al unísono.

Danny respiró hondo. Sintió como si el aire le llegara a todos los rincones de los pulmones. Rincones llenos de ella por la tensión y el deseo que lo invadía cada vez que estaba cerca.

Se desabrochó otro botón y se sacó la camisa de los pantalones, aflojándose la ropa hasta que sintió que volvía a respirar con normalidad; entonces caminó lentamente en dirección al árbol.

Mientras miraba a Beau y a Lily jugar y reír, se dio cuenta de que no podía recordar días así en su niñez. Se había criado en apartamentos. Sin espacio. Sin jardín ni árboles.

En comparación, esos niños estarían bien. Cuando Brooke encontrara una casa, incluso sin tanto espacio, ni comodidades, ni proyector de vídeo, ni Buckley, estarían bien. No tenía ninguna duda. Porque la tenían a ella. Pero ¿cómo estaría él? Cuando Brooke se marchara y se llevara a sus hijos con ella. ¿Volvería a oír el eco de sus risas recordándole la vida familiar a la que deliberadamente había renunciado?

Apartó esos pensamientos de su cabeza. Mientras Brooke anduviera descalza por ahí con sus hijos riendo, olvidándose de todo lo malo que existía y que sólo importaba el hoy, el ahora, brillaría el sol.

—¿Alguien quiere jugar al tenis? —preguntó a gritos.

—Claro —dijo Beso dado que no estaba subido al neumático en ese momento.

—¡Claro! —repitió Lily saltando de la rueda.

—¿Y tú, Brooke?—preguntú—. No podemos jugar dobles si sólo somos tres. ¿Vas conmigo?

Y cuando lo miró, los ojos eclipsados por la sombra del gran olmo y dijo «cluo» , le llevó a Danny toda su capacidad de autocontrol no interpretar esa palabra de ninguna otra forma.

Especialmente desde que había notado, cuando se había unido a ellos en el jardín, que no llevaba el anillo de casada.

Danny era igual de serio como deportista que como hombre de negocios, pero cuando se presentó en el campo de tenis con su impecable uniforme diez minutos más tarde, tuvo el terrible presentimiento de que el partido no saldría según sus planes.

Brooke seguía descalza. Lily se había puesto un tutú encima de la ropa y Beso se golpeaba en la cabeza con la cuerdas de la raqueta una y otra vez. ¿Cómo podía no hacerse do?

—¿Sabéis jugar al tenis? —preguntó temiéndose la respuesta.

Brooke levanto la vista y dijo:

—Beso ha dado algunas clases en el colegio este año. Y Lily y yo hemos visto mucho en la tele, ¿verdad, Lil?

—Sííííí —dijo Lily mirando cómo giraba el Cutú mienüas ella daba vueltas.

—Muy bien —murmurb Danny—. Esto va a ser interesante.

—Chicos contra chicas —gritó Beso corriendo a ponerse al lado de Danny.

El ojo derecho de Danny empezó a parpadear nervioso. Los que sabían contra las que no. Deseó que cayera una tormenta para no poder participar en su brillante idea, pero el cielo azul de septiembre no prometía nada semejante.

Danny iba a explicar algunas reglas cuando Lily corrió hasta la red, se colgó con las dos manos y metió la lengua por los agujeros.

—Beau puede sacar el primero —dijo Danny tirándole un par de pelotas.

Beau perdió una y su rostro se llenó de frustración hasta que agarró la segunda. Dobló la pierna derecha y colocó la bola en la punta de la raqueta, después miró a su madre por encima de la red. Brooke tenía la raqueta agarrada con las dos manos, estaba inclinada hacia delante. Se notaba la concentración en su rostro. Beau lanzó la pelota al aire y la golpeó. El chaval se movía fenomenalmente, pensó Danny. Sin mucha fuerza, porque era un chiquillo, pero sí con puntería. Natural. Sus reticencias desaparecieron; a lo mejor salía algo bueno de todo aquello.

Miró a Brooke que se puso de puntillas y al ver venir la bola en su dirección, cerró los ojos y golpeó con la raqueta con tal fuerza, que dio una vuelta sobre sí misma.

Y falló. Por más de treinta centímetros. Danny respiró hondo.

Iba a ser una tarde muy larga.

Brooke se recuperó de su giro con los ojos brillantes.

—¡He fallado! —dijo con el mismo placer que hubiera comentado un punto ganador—. ¿Por mucho?

—Un campo de fútbol —murmuró Danny mientras le cambiaba el puesto a Beau.

—Lo he oído —gritó Brooke.

—¿Con las mismas orejas que han oído pasar la pelota a la altura del pecho y no de las rodillas como creía tu raqueta?

Brooke entornó los ojos y bajó la barbilla.

—Oh, no te pongas así, Danny, muchacho. Esto iba a ser un partido divertido, pero ahora vamos a jugar en serio.

—¿Lo prometes? —preguntó Danny.

Caminó hasta la parte delantera del campo. Parecía que lo que había visto por la tele le había enseñado el lugar donde colocarse. Su vista seguía al frente, pero Danny hubiera jurado que el resto de sus sentidos estaban puestos en él. La posición de la cabeza, el ángulo de los hombros, el balanceo de las caderas, eran todos para él.

De acuerdo, no se reiría más. Él también jugaría en serio. Después de la conversación que habían tenido sobre camas y cursos y todo eso, le hubiera gustado enfrentarse a un campeón para poder sacar toda la tensión que tenía dentro.

—Lily, saco para ti ahora —gritó Beau—. Ponte donde estaba mamá antes.

Lily se bajó de la red y se colocó al fondo del campo, levantó la raqueta demasiado pesada para ella por encima de la cabeza y esperó con una concentración adorable.

Beau se tomó un momento para concentrarse y después lanzó la bola y zas, la golpeó. El chico tenía estilo. Danny sabía que los mejores deportistas nacen, no se hacen y la mayor parte despuntan a la edad de Beso.

La pelota botó y Lily corrió hacia ella con el tutú y la boa. La bola pasó un metro por encima de su cabeza.

—La tengo —dijo Brooke.

Corrió hasm el fondo del campo y le dio con la raqueta haciendo que la pelota pasase la red por el lado de Danny. Botó una vez, dos y después llegó rodando hasta sus pies.

Brooke alzó los brazos y lanzó un grito de satisfacción.

—¡Punto nuestro! —gritó.

Danny la miró deteniéndose en el ligeramente redondo vientre que se veía porque la camiseta se había

levantado casi diez centímetros. Sintió que la garganta se le secaba.

—Punto para vosotras ¿por qué? —rugió—. ¿Has perdido la cabeza?

—Las reglas de la familia Findlay —agitó la raqueta en el aire y volvió al fondo de la pista.

—¿Y cuáles son?—preguntó Danny.

—Se van haciendo sobre la marcha —dijo ella en posición para esperar el siguiente saque.

—¿Has oído eso? —dijo volviéndose a su compañero que esperaba para sacar.

—No importa —dijo Beau encogiéndose de hombros.

—¿No te importa? —repitió Darany—. Al chico no le importa. Bueno, parece que estoy en minoría. Reglas Findlay entonces.

Tenía la sensación de que iba a perder. Y Danny odiaba perder, pero según avanzaba el partido y las reglas cambiaban, y se devolvían pelotas con la mano en lugar de con la raqueta, y se iba creando un nuevo sistema de puntuación, descubrió que nunca se lo había pasado mejor perdiendo. Cada fallo desataba una oleada de risas y cada punto ganado una celebración de final de la copa del mundo. Y la oportunidad de ver a Brooke reír, vivir y sonreír rebosante de confianza y felicidad dejaba el sabor de otra clase de victoria. Y era un sabor del que sabía que nunca tendría bastante.

Una hora más tarde, después de quitarse la suciedad de una tarde de persecuciones, columpio y tenis, Brooke bajó las escaleras secándose el pelo con una toalla.

—No, soy Beso—oyó decir a su hijo, luego añadio—. Están los dos en la ducha —eso hizo que Brooke volara a la cocina y le quitara el teléfono de las manos.

—Perdón —dijo al auricular—. Estoy aquí, soy Breeke, ¿en qué puedo ayudarla?

—¿Brooke Findlay? —dijo una mujer al otro lado.

—Sí —le dio un beso en la cabeza a Beau antes de que el niño saliera corriendo.

—¿La mujer de Calvin Findlay? —dijo la mujer y Brooke dejó caer el pelo mojado por la espalda.

—¿Quién es? —preguntó.

—Rachel Cross. Soy una redactora de *Sports Scene*.

—*Sport Scene* —repitió Brooke deseando haber atendido ella la llamada.

—El programa de televisión presentado por Martín Bradshaw…

—Sé qué es Sport Scene. Danny no se puede poner en este momento, pero puedo darle un mensaje.

—¿Sigue en la ducha? —la periodista dejó flotar la pregunta en el aire.

—No tengo ni idea —contestó Brooke. Deseó colgar el teléfono, pero no era el suyo, aunque eso no significaba que no pudiera colgarlo.

—Bueno, en realidad —dijo la mujer—, me alegro de hablar con usted. ¿Qué le parecería venir al programa del jueves por la noche?

—¿Yo? No se da cuenta de que ni soy ni he sido nunca una depottista. Lánceme una pelota y pareceré un pato.

—Oh, lo sé, pero nos gusta más incidir en el lado personal que en el público de los profesionales del deporte. Danny podría venir también. De hecho los dos quedarían mucho mejor.

—Bueno… Era Rachel, ¿no?

—Sí.

—No he visto nada parecido en siglos. Y si quiere hablar con Danny, le sugiero que lo llame al trabajo, pero si vuelve a llamar aquí y yo estoy bajo este techo, o si saca alguna imagen de mis hijos, la demandaré por acoso. Que pase un buen día —dijo en tono dulce antes de cortar la comunicación.

Sabían que estaba allí. Sabían que los niños también, pero ahora uno de ellos sabía que Danny y ella se habían duchado a media tarde. A la vez. Daba igual que hubiera estado bromeando sobre ello antes con Danny, sabía que era un giro importante para esa gente y las cosas solían deswntrolarse rápidamente.

—¿Ha sonado el teléfono? —preguntó Danny y ella dio un brinco.

Se dio la vuelta y se lo encontró con unos pantalones caqui hasta media pierna, una camiseta negra y sin zapatos. Tenía el buen aspecto de alguien que ha pasado diez minutos bajo el agua caliente y un rostro que pararía el tráfico.

Se le secó la garganta y le ardían las mejillas. Había pasado tanto tiempo desde que tenía ese tipo de reacciones… a lo mejor se estaba equivocando. A lo mejor estaba confundiendo agradecimiento con cariño. Comodidad con atracción. ¿Era por eso

que llevaba tan mal los comentarios de la gente, las insinuaciones de Simone? ¿Porque había una posibilidad de que fueran ciertos? Pero eso era una locura, ¿verdad? Era imposible que Danny y ella pudieran ser algo más que amistosos adversarios. Habían pasado demasiadas cosas y ambos tenían mucho que perder.

—Beau es un gran jugador de tenis —dijo Danny ajeno al pánico que la mantenía inmóvil—. Deberíamos hacer algo al respecto.

—¿Deberíamos? —dijo apretando el teléfono contra el pecho.

Danny se pasó una mano por el pelo mojado y Brooke sintió que viejas mariposas dormidas le revoloteaban en el estómago.

—Es mejor empezar ahora con las lecciones. Conozco un tipo que organiza entrenamientos privados después del colegio y en vacaciones. Puedo llamarlo.

Llamar. Un tipo. Entrenamientos. Después de la conversación que acababa de mantener Brooke estaba haciendo un gran esfuerzo para contenerse:

¿Qué te parece si hablo después con Beau? A ver qué piensa él. Si quiere seguir con las lecciones cuando cambie de colegio, entonces haré lo que pueda.

Danny la miró y de pronto se le ensombreció la cara. La sonrisa desapareció y se ruborizó. El Danny que ella conocía no se ponía rojo. Se suponía que era frío y distante y conante e inalcanzable. Pero el Danny que estaba conociendo era un hombre completamente distinto.

—Ha sido una increíble falta de tacto por mi parte —dijo—. Debería haber mantenido la boca cerrada y haberle regalado las clases para su cumpleaños en lugar de añadir más presión económica —se volvió a pasar la mano por el pelo y Brooke tuvo que acordarse derespirar—. Pero deja que haga esto por ti —dijo, los dorados ojos con gesto de súplica—. Por favor. Si es lo que él quiere, déjame buscarle el mejor entrenador de la ciudad.

—Danny...

Se apoyó una mano en el corazón y siguió:

—No es caridad. Es por mi propia satisfacción.

Brooke sentía tanto calor en el pecho como si la mano la hubiera apoyado en su corazón.

—Bien —dijo ella—. Y puedes hacerme un favor a cambio —le tendió el teléfono—. Llama a Emily —la miró como si no supiera de qué estaba hablando—. Tu novia Emily —añadió.

Aceptó el teléfono, pero no marcó ningún número. En lugar de

eso dio un paso hacia ella y dejó el teléfono en la encimera.

—¿Y qué tengo que decirle cuando la llame?

—Invítala a cenar. Esta noche. Con Simone y Jerry.

—¿Puedo preguntar por qué?

«Buena pregunta. Bien, ahí va›,

—Una chica de *Sport Scene* acaba de llamar y ha insinuado cosas que no creo que merezca la pena repetir y creo que sería buena idea para todos que Emily viniera esta noche. Y contárselo a mucha gente —dijo y esperó que la mirara como si estuviera loca.

La miró, pero más como si fuera intrigante, atractiva e importante. Brooke sentía que le ardía la garganta de ganas de decirle que él también era todo eso para ella. Aunque no pudiera serlo. Era sólo Danny su antagonista y su mca Pero no su futuro... ¿qué? ¿Amante?

A pesar de sus burlas anteriores nunca había pensado que necesitara clases en ese tema. No alguien con esos labios y esas manos, con unos ojos que podían mirar así a una mujer. Se le doblaban mato las rodillas que tuvo que apoyarse en la encimera.

—De acuerdo —dijo—. Haré eso por ti. ¿Quería que le devolviem la llamada?

—¿Quién?

—La chica de *Sport Scene*. ¿Era Rachel? He estado negociando un espacio para hablar sobre una de mis jugadoras de baloncesto las próximas dos semanas.

—Ah, sí. Y no. No creo que sea buena idea llamarla ahora. Mejor que pasen un par de días. Y llama desde la oficina.

Hizo un gesto de extrañeza, pero no dijo nada. Fue por una manzana del fmtero. Cuando pasó a su lado le llegó una vaharada tan fuerte del aroma cítrico que casi le mojó los labios.

Tomó el teléfono de la encimera y se lo volvió a dar.

—¿Ahora? —preguntó él con voz profunda.

Ella asintió.

No tenía ni idea de cómo iba a explicarse ante esa mujer cuando fuera a cenar, pero en ese momento era la última de sus preocupaciones. Necesitaba ponerle un rostro al nombre. Necesitaba una Emily de carne y hueso. Y que fuera dorable. Y perfecta para Danny. Y necesitaba verlo mirarla con más calidez, amabilidad e interés del que había mostrado hacia ella los últimos días.

Tendió la mano y al agarrar el teléfono le rozó los dedos. Eran deliciosamente cálidos. Brooke soltó el teléfono y se marchó de la

cocina.

Capítulo 7

LLAMARON a la puerta principal.

—¿Puedes abrir tú? —preguntó Danny desde la cocina.

Brooke protestó y la uña postiza que se estaba mordiendo para igualarla, se rompió del todo. Bueno, se había roto otras dos jugando con los niños y no podía permitirse el mantenimiento. Era gracioso, pero se dio cuenta de que tampoco le importaba mucho.

Se pasó una mano por el pelo revuelto y fue a hacer lo que panny le pedía, pero cuando llegó los niños ya estaban allí.

—Un momento —dijo ella, pero era demasiado tarde, Beau ya había abierto la puerta.

—Hola —dijo una bonita voz femenina con acento británico.

Cuando llegó, Brooke se encontró con una mujer alta de largo y ondulado pelo castaños y unas voluptuosas curvas que llenaban un vestido de diseño color champiñón. Era perfecta y de carne y hueso. Aun así Bxooke no se sintió inmediatamente mejor como esperaba.

—¿Quién eres? —preguntó Lily.

—Lily —dijo Brooke poniéndose delante de sus hijos—. Lo siento. Hola, soy Brooke. Tú debes de ser Emily.

La mujer sonrió y le tendió una mano larga con un anillo dF oro en el dedo.

—Ésa soy yo —dijo. Brooke le estrechó la mano—. Y éstos deben de ser Lily y Beso —Emily se agachó apoyando las manos en sus delgados muslos—. Sois los dos adombles.

Lily dio saltos y movió la boa en el aire mientras Beso se ocultaba tras las piernas de su madre.

—Vamos, pasa —dijo Brooke acariciando a Beau en la frente—, Danny está en la cocina. Seguro que estará encantado de verte. No ha hablado de otra cosa desde... bueno, desde esta tarde cuando ha llamado por teléfono. Me temo que le hemos estado quitando todo su tiempo estos días, así que acepta mis disculpas —casi farfullaba y Emily sólo sonreía lo que empeoraba las cosas—. ¿Por qué no vas con Danny a la cocina mientras nosotros esperamos fuera a que llegue mi hermana? —terminó Brooke y respiró hondo.

Beau se coló por un resquicio de la puerta y salió al jardín. Lily lo siguió. Se encendió una luz de seguridad y así Brooke pudo verlos, pero se quedó sola con Emily. La chica de Danny. La pareja de Danny. ¿La úlrima mujer a que Danny besaría? Emily sonrió,

Brooke trató de sonreír también, pero de pronto se sintió mal vestida con los vaqueros y la blusa rosa.

—Es por ahí… —dijo Emily señalando al interior de la casa.

Los pies descalzos de Brooke chirriaron en la pulida madera mientras salía al jardín mientras que los tacones de Emily producían su característico sonido mientras se dirigía a la cocina.

Brooke miró hacia atrás sólo una vez. Debería haber estado encantada de que su amigo hubiera encontrado una mujer tan deliciosa, pero en realidad se sentía extrañamente, poco convencida.

A través de los árboles del bosque vio las luces de un coche que se acercaba. Brooke se puso un par de chanclas de Danny que había delante de la puerta y salió al camino de gravilla sabiendo que con la llegada de Simone tendría algo más de que preocuparse que del pelo largo y las largas piernas y la sofisticación.

—¡Lily! —gritó Simone bajándose del coche antes de que se hubiera detenido del todo.

—Tía Simone —gritó Lily lanzándose a los brazos de su tía y chillando de alegría mientras es la cubría de besos.

—¿Y cómo está mi pequeño rompecorazones favorito? —preguntó Simone mientras Beau batía las pestaüias haciendo brillar sus ojos azules—. No vas a llegar al metro antes de que las mujeres te paren por la calle. Supongo que es de familia.

Simone soltó a Beau, dejó a Lily en el suelo y dio a Brooke un beso en la mejilla.

—Lavaos y después podéis bajar a dar las buenas noches —dijo Brooke.

Beau protestó como si tuviera la madre más estricta del mundo, pero los dos obedecieron.

—Ese chico cada día está más guapo —dijo Simone mientras tomaba del brazo a Brooke.

—No le digas eso. Hola, Jerry —dijo por encima del hombro mientras el novio de Simone sacaba del coche su aletargado cuerpo.

—Hola, Findlay —dijo él mientras sacaba del asiento de atrás cuatro botellas de vino.

—¿Qué tal va la cerveza casera?

Jerry dio una última calada a un cigarro y dijo:

—Ahora estoy intentando hacer mi propia gasolina.

—Excelente.

Simone puso los ojos en blanco.

—¿Hay alguien más? preguntó Simone al pasar al lado de un deportivo rojo.

—Una amiga de Danny —dijo Brooke—. Se llama Emily. Son pareja.

Una ceja de Simone desapareció debajo del flequillo.

—Bueno, bueno, bueno, ésta va a ser una noche de lo más divertido.

—Limitémonos a estar a gusto y dejemos la diversión para otra vez, ¿de acuerdo? —dijo Brooke.

A las nueve, Danny necesitaba un whisky. Incluso a pesar de que él había invitado a la picajosa hermana de Brooke y ella a su supuesta novia, y podía haber sido un desastre, todo había salido razonablemente bien. Al menos tanto como podía esperarse.

Como siempre, Simone había sido astuta e incisiva. Jerry sólo había bebido cosas sin alcohol y había sido capaz de tirarse encima menos comida de lo habimal. Y los niños sólo bajaron dos veces antes de finalmente sucumbir al sueño.

Por suerte, Emily sonreía continuamente y se reía de forma melodiosa y llevaba la conversación mientras se preguntaba por qué Simone la miraba como un gato y Brooke pesaba la mayor parte del tiempo mirando al plato.

Consciente como era de que hacer una escapada rápida a la guarida para darle un traguito a la botella no era coaecto, Dawy decidió salir a tomar un poco el aire. Se levantó y empezó a recoger y Brooke hizo lo mismo. Hasta que Emily le puso una mano en el brazo y le dijo:

—Siéntate, insisto.

Brooke abrió la boca para decir algo, pero se detuvo. Tenía las mejillas rosadas y volvió sentarse en la silla despacio. Danny esperó a que Emily llegara a la cocina antes de preguntar:

—¿Era absolutamente necesario animar a Simone a seguir hablando de ese estúpido estudio?

—He leído el estudio del que hablaba —Emily sonrió y le dio un pequeño empujón con la cadera—. Apuentemeute el ochenta por ciento de los hombres son ¡ofieles.

—No era muy adecuado dada la compañía —dijo—. Además son sólo tonterías feministas.

—¿Así que tú nunca has hecho algo así? —preguntó Emily—. Un tipo fuerte y guapo como tú. Que se relaciona con cantidad de

mujeres en toda clase de fiestas. Por no mencionar a todas esas animadoras y jugadoras de volley-playa que se cruzan en tu camino. ¡Qué tentación!

—Yo estoy fuera de las estadísticas —dijo apoyándose en la encimen y cruzando los brazos.

Emily abrió el grifo del agua caliente y empezó a fregar los platos.

—No me refiero sólo a besos robados detrás de las gradas. Me refiero a algo físico o emocional.

—¿Emocional? —preguntó Danny—. ¿En qué revista femenina dices que leíste ese estimulante estudio?

—Una forma típica de salirse por la tangente. Sólo dime una cosa, ¿te has imaginado en los brazos de otra mientras hacías el amor con una mujer? ¿Alguna vez has cerrado los ojos y has pensado que era otra?

Danny deseó que Simone estuviera allí para poder estrangularla por sacar el tema. Después le gustaría estrangular a Brooke por insistir en que invitara a Emily para que disfrutara del espectáculo.

—No me mires así, Danny —dijo Emily riendo a carcajadas con tanta fuerza que tuvo que agarrarse a su brazo para mantenerse en pie—. Estaba bromeando. Todo el mundo sabe lo buen chico que eres. El último de los hombres de honor.

—Recuérdame que nunca jamás vuelva a invitaros a chuletas de cordero. Os ponéis todos imbéciles.

—Eso es lo bueno de las cenas. El vino, distintos temas para charlar y la luz tenue. Surgen las conversaciones más brillantes.

Danny miró a la puerta y se sintió aliviado de que no le hubiera hecho esas preguntas unos minutos antes. Hubiera quedado o como un pícaro o como un mentiroso. Ninguna de las dos opciones le parecía especialmente honrosa en ese momento.

—¿Estás nervioso porque los invitados no estén a gusto sin tí? —preguntó Emily mirando en la misma dirección—. ¿O hubieras preferido que la señora Findlay hiciese de anfitriona? Me habría imaginado que ésa era tu idea si la hubieras puesto en el extremo de la mesa.

—Estaría mucho más feliz si te limitaras a fregar los platos o me dejaras a mí hacerlo.

Emily se apartó de la pila y él se puso a fregar.

—¿Entonces quién decidió ponerme a mí en el extremo de la mesa?

—¿Importa?

—Claro que importa. Si has sido tú supone que estás mandando un mensaje al resto de los comensales de que yo soy tu pareja; si ha sido ella, deberías pensar largamente qué puede significar eso.

Danny aclaró el último plato y lo dejó escurriendo en la pila, después cenó el grifo.

—La idea fue suya —admitió.

—Bueno. Entonces, amigo mío, o está diciéndote que recules o es que a ella le está costando mucho hacer lo mismo.

Danny respiró profundamente, apoyó las palmas de las manos en la encimera y miró al techo en busca de inspiración, pero lo único que vio fue una mancha de humedad.

—¿No hay ninguna oportunidad de que vuelvas ahí y lo preguntes?

Emily se echó a reír y le dio una palmada en el brazo.

—No, corazón, no hay ninguna oportunidad —después lo besó en la mejilla y volvió al comedor.

Se pasó una mano por donde lo había besado. No sintió ningún estremecimiento, ningún calor. Se había sentido como si lo hubiese besado su tía abuela.

Estaba muy contento de que hubieran seguido siendo amigos después del desastroso intento de salir que habían hecho años antes. Emily era un gran apoyo, una excelente descubridora de talentos futbolísticos y una gran conversadora, pero no era, y nunca lo sería, la pareja que Brooke había creído que podía ser.

Una hora más tarde, Emily se había despedido y marchado a su casa. Jerry y Danny estaban en el jardín fumando y hablando de deportes. Simone y Brooke estaban en el piso de arriba echando un vistazo a los niños y habían terminado en la habitación de Brooke.

Simone se dejó caer en la enorme cama de Brooke.

—¿Cuánto dinero crees que necesitas para volver a empezar?

—El suficiente para vestir y dar de comer a mis hijos. jos. Pagar un buen colegio y alguien que cuide de Lily para que yo pueda trabajar. Y ahora Danny quiere que Beso dé clases de tenis de alto nivel. Supongo que unos millones —Brooke se dejó caer también en la cama al lado de su hermana—. ¿Por qué? ¿Tienes todo ese dinero?

—No tanto, pero sí unos miles —dijo Simone— Unos pocos miles. Aunque estábamos pensando en gastarlo en hacer un viaje.

Pero si me necesitas para reducir la presión de tener que soportar el aliento del señor bombón en el cuello y haciéndose líos, entonces es tuyo.

—El señor bombón no está respirando ni en mi cuello ni en ningún sitio. Se está comportando simplemente como un increíble buen amigo. Y, de momento, todo es bastante cómodo, así que no hagas ni digas nada que provoque que las cosas sean de otra manera. Aunque pensaré en tu oferta. En serio. ¿Contenta?

—Estoy contenta si tú eres feliz. Y si Danny es feliz.

—Él no es feliz, sólo es...

—Tu caballero de la brillante armadura. Brooke miró al techo y dijo:

—Emily es impresionante, ¿verdad?

—Supongo —dijo Simone arrugando la nariz—. Si te gustan las de piernas largas y gran delantem.

—Bueno, ésas nunca han sido mi tipo...

—De todos modos es una tapadera, ya lo sabes.

Brooke lo sabia. Se había dado cuenta cuando ella lo había tocado en el brazo y él ni siquiera se había enterado. Danny notaba cada vez que ella lo rozaba y ella notaba cada vez que él la tocaba. Pero eso no se lo iba a contar a su hermana.

Simone hizo ruiditos como de besos y miró al techo también.

—Intenté ligar con Danny una vez, ¿lo sabías?

—¡No! —dijo Brooke incorporándose.

—Mmm Hace mucho. Al principio, en la barbacoa que Cal organizó para «reunir a los colegas».

—¿Qué pasó?

—Nuestras miradas se encontraron por encima del gentío... —Brooke le dio un puñetazo en el brazo—. Bueno, lo siento... si no recuerdo mal, tu Danny estaba haciendo la barbacoa que, como todo el mundo sabe, es la función del superhombre. Estaba hablando con un par de tipos y tomándose muy en serio su trabajo en la parrilla. Tenía la frente arrugada, la boca apretada y la espalda derecha. Y, chica, era lo más guapo que yo había visto nunca.

Brooke parpadeó recordando ese día por enésima vez esa semana. Recordaba cómo miraba Danny a la gente cuando hablaba con ella, nunca miraba por encima del grupo para ver si había llegado alguien más. Estaba simplemente concentrado en el momento, y eso era algo que hasta entonces ella no había

considertado posible. Se había pasado toda la velada mirando alrededor suyo hasta que había acabado por parecer como si tuviera un traumatismo cervical.

—Y luego qué—preguntó Brooke en tono de wn6deocia.

—Después, un minuto que estuvo libre, me acerqué. Sacudí el pelo, levanté la delantera y me paseé delante de él con expresión de «si quieres soy tuya». Él fue amable, me escuchó, pero me doy cuenta de que yo no era la mujer más guapa que él había visto nunca —suspiró—. Tu Danny debió de romper media docena de corazones ese día. Vi a una chica detrás de otra sonreír, reír, agarrarlo del brazo y darle su número de teléfono. Él permanecía impasible.

El silencio llenó la habitación y las palabras de Simone se quedaron en el aire.

—No es mi Danny —susurró Brooke.

—¿No? Entonces cómo explicas que la única vez que vi su expresión cambiar, la única vez que lo vi sonreír, y reír, y relajarse ese día fue hablando contigo. Si no es tu Danny estoy segura de que le gustaría serlo.

—No seas ridícula. Danny podría tener a cualquier mujer que quisiera.

—Bueno, mi dulce hermanita, te quiere a ti. Te ha querido a ti desde que lo conozco. Y ahora, finalmente, después de dar vueltas a tu alrededor durante ocho años, tiene una oportunidad. Aunque a lo mejor ni siquiera se lo reconoce a sí mismo. Te ha traído aquí no por puro altruismo, sino porque simplemente no puede evitarlo. La pregunta del día es, ¿tiene alguna opottunidad como a él le gustaría?

Simone se volvió a mirar a Brooke, pero ésta siguió con los ojos en el techo. La verdad era que sí tenía una oportunidad. Siempre había sentido una conexión con él. Siempre. Algo seguro y fuerte y volátil y retador y frústrante que iba más allá de las palabras bonitas y las miradas secretas. Algo más profundo. Era el hombre más sensible, inteligente y atractivo que nunca había habido sobre la tierra.

—Soy una mala persona —dijo Brooke despuéss de un largo suspiro.

—¿Por qué? —dijo Simone entre risas.

—¿Qué pasa si tienes razón? ¿Qué Pasa si todo el tiempo que he estado casada con Cal he estado cargando con un amor secreto?

¿Qué pasa si he sido emocionalmente infiel durante años? ¿Es eso igual de malo que haberme lanzado a los brazos de Danny?

—Brooke, Brooke, Brooke. Piensas demasiado. Siempre los has hecho. Acepta las cosas como son por una vez y sigue adelante. Deja de analizarlo todo tanto.

—Pero...

—Pero nada. No eres mala persona. Eras demasiado buena para Cal, y cuando estuvisteis juntos sólo tuviste ojos para él. Eres insegura y un poco mártir, pero eres lo menos parecido a una mala persona que conozco —Brooke parpadeó. Guau. A lo mejor tenían que juntarse a beber vino blanco con más frecuenciaBueno, ¿qué vas a hacer?

—Nada, por supuesto —dijo pasándose las dos manos por la cara.

—Excelente —dijo Simone con tono sarcástico—. Sobre todo porque Danny es tan noble como tú. Los dos daréis sueltas y haréis como que no pasa nada y cuando seas vieja y estés postrada en la cama, mientras te pone una toalla húmeda en la frente, admitirás que estás loca por él.

—¿Findlay? ¿Simone? —la voz de Jerry se escuchó proveniente de algún sitio al final del pasillo y Brooke se incorporó tan deprisa que le dio un tirón en la pantorrilla.

—¡Estamos aquí! —gritó Simone sin moverse ni un centímetro.

Jerry empujó la puerta de la habitación y miró a las dos hermanas.

—¿Interrumpo?

—Sí, gracias a Dios —dijo Brooke.

Entonces apareció el rostro de Danny en la puerta.

—Pensábamos que habríais sido abducidas por los extratercestres —dijo Danny.

—Yo no —dijo Brooke con la esperanza de que no se diera cuenta de la velocidad a la que le latía el corazón—, pero he tenido dudas sobre ésta durante años.

—Vamos, Jerry, tienes que probar esta cama —dijo Simone—. Es realmente el colchón de los dioses.

Jerry sonrió, se acercó y se sentó en el borde de la cama probando el colchón con las dos manos.

—No recuerdo haberos invitado a una fiesta de camas.

—Venga, Danny—dijo Simone moviéndose un poco para dejar espacio—. Estamos toda la familia, hay mucho sitio.

Por suerte, Danny se quedó en la puerta, apoyado en el marco. Cuatro en la cama hubiera hecho a Brooke maldecir el vino blanco.

—Gracias por la oferta —dijo—, pero ya he probado esa cama antes —y después su brillante mirada cambió de dirección, A Brooke. Cambió su sonrisa. Se suavizó. Se hizo amable—. Además —siguió—, nunca entraría al dormitorio de una mujer sin su autorización expresa.

—Bueno, si eso no es una indirecta para que te inviten, entonces no sé lo que es —dijo Simone girándose para sonreír a su hermana.

—Muy bien —dijo Brooke—. Se acabó la fiesta. Todo el mundo fuera. Ya.

Simone se quejó y se levantó de la cama tirando de Jerry.

—Eres demasiado bueno para ser de verdad, señor Finch —dijo Simone pellizcando a Danny en la mejilla cuando pasaba a su lado al salir.

—No creas —dijo él.

—Buen colchón —dijo Jerry al salir tras Simone. —Siempre lo he pensado.

—Yo no los he invitado —añadió Brooke mientras apagaba la luz e intentaba salir, pero Danny agarró el otro lado del marco de la puerta y se lo impidió.

Brooke vio desesperada como Simone y Jerry desaparecían por el pasillo.

—¿Va todo bien? —preguntó Danny con voz amable y suave en medio de la oscuridad.

—Claro. ¿Por qué no?

—Pareces... sonrojada. Pensaba que tu hermana podría haber dicho algo que te hubiera molestado. Otra vez.

Brooke se echó a reír y deseó que se le fueran los colores de las mejillas.

—Estoy bien. Ella está bien. No me ha dicho nada nuevo. Y, aunque lo hiciera, puedo soportarlo.

La miró con los ojos entomados, de un modo penetrante y ella se concentró para que no notara cuánto la afectaba su presencia. Para bloquear la sensación de electricidad que le recorría todo el cuerpo.

Finalmente la dejó ir soltando lentamente los dedos del marco de la puerta. Danny respiró hondo y ella vio cómo se expandía su pecho desplazando el aire que habfa a su alrededor haciendo que sintiera claustrofobia en aquel improvisado lugar de reunión.

—Sería mejor que mirara a ver si han salido por la puerta —dijo

ella—, con la suerte que tengo, no sería raro que se cayeran a la piscina o, peor, durmieran en la guarida y no volviéramos nunca a verlos.

Danny sonrió y ella volvió a sentir que el calor le recorría el cuerpo y que le entraban ganas de prolongar ese momento, esa noche y todas las noches que habían pasado bajo el mismo techo.

Cuando se apartó y la dejó pasar, no corrió por el pasillo, pero casi. Llegó a la puerta principal y medio minuto después Danny se unió a ella.

—Tienes que descubrir dónde ha comprado esas sábanas —dijo Simone mientras le daba un beso—. Son divinas

—Claro —dijo Brooke—. Lo haré.

—Cuidaos los dos —dijo su hermana y Brooke supo que Danny estaba detrás de ella.

Simone les dedicó una última sonrisa llena de complicidad. No por primera vez, Brooke deseó ser aún una niña pata poder derribar a su hermana ydarle una paliza.

—Adiós, Simone.

—¡Gracias! —dijo y bajó las escaleras hasta llegar al coche donde esperaba Jerry.

—Bueno, ha sido divertido —dijo Brooke cerrando la puerta.

—Mmm —dijo él—. Podemos repetirlo pronto. Podemos hacer una fiesta. Tú, yo, la loca de tu hermana, su extraño amigo...

—Y Emily—añadió ella—. No podemos olvidarla.

—No —dijo Danny—. Parece que no podemos.

Antes de que le ofreciera una última copa que no podría rechazar, Brooke empezó a subir las escaleras. No iba a poderse dormir en un buen rato con todo lo que tenía en la cabeza, pero sabía que era mejor pensar y sentir todo eso sola en su habitación.

—Buenas noches, Danny.

—Hasta mañana, cuando salga el sol.

Ella rió. Suavemente. Como si la noche requiriera ese ritmo. Después se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras hasta su cama. Una cama que había hecho él, cubierta con sábanas que había comprado él. Divinas; había dicho Simone. Pero Brooke no estaba segura de estar preparada para enfrentarse a algo divino si se cruzaba en su camino.

Capítulo 8

VARIOS días después, Beau bajó las escaleras preparado para su primer día en el colegio público local. Su nuevo uniforme consistía en una camisa escocesa roja y unos pantalones conos de color caqui al menos una talla más grande.

—Parezco tonto —dijo Beau tirando de la camisa y sacándola del pantalón.

Danny buscó a Brooke con la mirada, pero estaba buscando la boa de Lily que se había perdido en algún momento de esa mañana provocando un llanto incontenible en la niña.

Beau se detuvo al final de las escaleras y gimió. Danny se preguntó si habría estado llorando. El corazón le latía como un tambor mientras le asaltaban los recuerdos.

—Ven aquí —dijo.

Beau hizo lo que le decía arrastrando los pies hasta detenerse delante de Danny que se agachó y volvió a meterle la camisa por dentro del pantalón. Beau se limitb a permanecer de pie sin moverse. De cerca olía a algodón y copos de maíz. De cerca Danny pudo ver que tenía los ojos rojos. Beau volvió a gemir y ni siquiera trató de disimular. Danny deseó estrecharlo entre sus brazos, decirle que sabía cómo se sentía. Que había visto a su madre intentar una nueva vida con un hombre nuevo y la había visto estrellarse una y otra vez y él había tenido que ser fuerte. Decirle que eso nunca le pasaría con Brooke, pero le dio miedo de que si lo intentaba a lo mejor Beau se alejaba de él. Podía odiarlo simplemente por ser un hombre que no era su padre. Y no podría reprochárselo. Así que se limito a sonreír y colocarle el pelo.

—Tengo un regalo para ti —dijo.

—¿Qué? —preguntó Beau subiéndose las gafas.

—A1 empezar en un colegio nuevo todos los niños tienen un regalo especial. Es una de entre el millón de cosas buenas de empezar en un nuevo colegio.

Beau hizo un gesto como si no se acabara de creer que pudiera tener tanta suerte. Después miró por encima de los hombros de Danny y se dio cuenta de que

Brooke estaba allí.

—¿Qué es el regalo? preguntó Beau antes de que se pasara la oportunidad.

Danny sintió que Brooke lo miraba. Sintió su mirada inquisitorial en la nuca. No le había pedido permiso para hacerle un regalo a Beau, bueno, tampoco lo quería. Aquello era algo entre el niño y él. Cosas de hombres. Ella no podría entenderlo.

—Me las he arreglado para conseguir, aunque me ha costado una docena de favores, entradas para... adivina qué.

Beso se humedeció los labios y abrió los ojos más allá de lo imaginable. Danny sacó de detrás de la espalda dos pequeños rectángulos de cartulina y se rascó la barbilla con ellos.

—Entradas para la final del campeonato de fútbol a finales de este mes.

—¿En serio? —preguntó el niño con la boca abierta.

—Sí. Tú, tu madre y tu hermana vendréis conmigo. Con estas entradas puedes ir a donde quieras. Sentarte en los asientos de la familia Collingwood con todos los hijos de los jugadores y, si ganan la final, ir a los vestuarios después del partido.

Le tendió las entradas a Beau que las agarró como si estuvieran hechas de alas de mariposa.

—¿Puedo llevarlas al colegio? —para eso miró a su madre lo que significaba que Danny estaba obligado a decir que sí.

Danny se puso en pie, le cmjieron sus rodillas de treinta y tres años y se volvió a mirarla. Tenía en brazos a Lily, ya calmada y sonriente, y la boa unía los cuellos de las dos. Brooke no parecía completamente feliz, pero no era por eso por lo que él sentía como si una banda de acero le rodeara el pecho. Parecía completamente caótica. Tenía el pelo revuelto, las mejillas rojas y jadeaba como si hubiera corrido una maratón. Estaba preciosa y era maravilloso verla todas las mañanas en su casa.

—¿Mamá, puedo llevarme esto al colegio? volvió a preguntar Beao—. Te prometo que ni las perderé ni las estropearé.

—Supongo que eso es cosa de Danny—dijo con voz ronca sin dejar de mirarlo.

—Son tuyas, Beso —dijo Danny aunque mirando a Brooke—. Tuyas para hacer con ellas lo que quieras. Lo único que tienes que recordar es que te he confiado algo precioso, así que tienes algo precioso a tu cargo y no puedes tomarte ese honor a la ligera.

—De acuerdo, lo prometo —dijo Beso metiendo las entradas en un bolsillo de la mochila.

Brooke parpadeó. Estaba demasiado alejada de Danny como para saber si el peso de sus palabras la había alcanzada Si tenía idea

de que él estaba hablando de sí mismo. Y de ella.

Y entonces, cuando Danny ya pensaba que sus palabras habían caído en tierra muerta, ella sonrió provocando semejante ola de calidez dentro de él que deseó no dejar de sentirse así nunca. Esa sensación de conexión hizo que tantos años de espera, de no emparejarse con nadie, valieran la pena. La brillante luz de una posibilidad iluminó los oscuros rincones de su corazón y se sintió... feliz.

—Muy bien. Ya está todo claro —dijo Brooke—. Podemos seguir hablando de camino.

Se soltó la boa, recogió la bolsa con las cosas de Lily de al lado de la puerta y siguió a su hiperactiva hija y al encantado perro al jardín. Aquello podría durar siempre, pensó Danny. Beau deslizó su manita dentro de la mano de Danny y la mantuvo allí todo el camino.

—¿Cuáles son las otras cosas buenas? —preguntó Beso mientras cenaba la puerta.

Danny sacó las llaves del bolsillo y susuró:

—Los profesores no tienen ni idea de ms notas en los últimos exámenes.

Beau sonrió y se metieron en el coche y Danny se alegró de que nadie estuviera lo bastante cerca de él como para notar el brillo de sus ojos.

Danny y Brooke dejaron a Beau en el colegio.

Parecía tan pequeño con una mochila tan grande como él... El colegio estaba lo bastante lejos de Melboume como para concederle anonimato y era lo bastante grande como para que tuviera acceso a un buen currículo y a un excelente programa de deportes. Además, si Beso empezaba las clase en Emerald, eso significaba que aunque Brooke se fuera de su casa, se mudaría a un lugar cercano.

La señorita Chapman, la joven y guapa profesora de Beau, lo tomó de la mano mientras parloteaba excitado y se lo llevó al interior del edificio. Una niña pelirroja, celosa por la atención, salió corriendo y la agarró de la otra mano.

—¡Qué mona! —dijo Danny con la esperanza de sacar algo de Brooke que no había dicho nada en toda la mañana después de la sonrisa que lo había mandado a la luna.

Funcionó. Se volvió hacia él a mirarlo.

—Está llena de pecas.

—Me refiero a la más alta.

—Vaya. No veo ningún anillo desde aquí. ¿Quieres que me haga con su teléfono?

—No es mi tipo —respondió él.

—¿Por qué no? Y no me digas que es por Emily.

—No, no es por eso admitió.

Brooke parpadeó por lo menos media docena de veces antes de volverse a mirar por la ventanilla.

—Entonces, ¿por qué? No puedes decirme que no te gustan las morenas, sé que has salido por lo menos con media docena. Y te gustaban. La vi moviendo las pestañas cuando nos enseñó las clases la semana pasada. Si sabes que tienes una oportunidad, ya tienes la mitad del trabajo hecho.

Estaba de un humor cambiante. Estaba así desde la rabieta de Lily esa mañana. A lo mejor desde antes. Diablos, había pasado del fiío al calor con él desde la cena con su hermana una semana antes.

—No tiene nada que ver con el color del pelo —dijo deseando que ella se volviera a mirarlo, pero no fue así.

—Bien —dijo ella cruzándose de brazos y mirando por la ventanilla—. No sé por qué me preocupo.

—Yo tampoco —respondió, aunque estaba empezando a tener una idea.

Desde el día de la cena estaba empezando a darse cuenta de que no era tan inmune a él como pretendía aparentar.

Brooke saludó por la ventanilla y Beau le devolvió el gesto, después se subió las gafas y entró en el edificio. Antes de iniciar la marcha, Danny echó un vistazo a Lily y al perro en el asiento de atrás. Estaban los dos felices hechos un revoltijo. Era una imagen conmovedora, y él raramente se conmovía, pero en una mañana se había emocionado porque Beau le diera la mano y otra vez por ver los rizos mbios de Lily revueltos con el pelo color chocolate del labrador. Se estaba volviendo blando. No había ninguna duda. Y no importaba qué pasara, o no, con Brooke, ciertamente no se podía ablandar. Había demasiada gente que contaba con que él fuera duro. Y agudo. Como siempre había sido.

Agarró con fuerza el volante, miró por encima de los hombros y se incorporó a la tranquila carretera que llevaba a Melboume.

A Brooke le llevó más de un cuarto de hora volver a decir algo.

—No deberias hacerle más regalos a Beau, ésa no es forma de ganarse a un niño.

—¿Quién dice que estoy tratando de ganarme a alguien? —dijo mirándola de reojo.

«Mujer testaruda», pensó apretando más fuerte el volante. Si no la hubiera conocido, habría pensado que estaba intentando provocar una discusión.

—Así que los regalos no son forma —siguió Danny—. O saber cuál es su película favorita, o perder al tenis para que esté feliz. Gracioso, parecía bastante contento con cada una se esas cosas.

Brooke se volvió hacia él.

—Sólo estás aumentando la intensidad de los golpes que reciba en el futuro, Danny. Si consigue las cosas de ese modo, siempre esperará que sea así. Pensará que se merece todo.

Como Cal. No lo dijo, pero quedó flotando en el aire entre los dos. Y se interpuso como una cortina de acero entre ambos.

—Muy bien —dijo él—. Lo que tú digas.

En cuanto llegaron al hotel en el paseo de la playa de Santa Kilda, antes de que las medas hubieran parado del todo, Brooke ya se había desabrochado el cinturón de seguridad y se había bajado. No podía soportar seguir dentro del coche con él un minuto más. El sofocante aire caliente y el antagonismo eran demasiado.

Volver a Melbourne después de tantos días le hacía sentirse extraña. Miraba por encima de los hombros para asegurarse de que no había cámaras. Un destello le hizo dar un brinco, pero resultó ser sólo el reflejo de un espejo.

Tranquila, se dijo mientras abría la puerta de atrás intentando evitar que saliera Buckley, lo que era un esfuerzo considerable dado que Lily lo tenía abrazado.

—Vamos, cariño —dijo.

—Quiero que venga conmigo.

—Hoy no. Danny lo necesita para que lo ayude en el trabajo.

—Hola —dijo Simone desde detrás.

Lily salió del coche y se lanzó a sus brazos. Brooke cerró la puerta, pero antes se llevó el brazo lleno de babas.

—¿Estás segura de que es buen momento para quedarte con ellos? —preguntó Brooke.

—No te preocupes. Es ideal. He ganado un caso importante y me he tomado un par de días libres antes de meterme con el siguiente. Y nos encaaaanta este hotel, ¿verdad, preciosa?

—¿Podemos ir a la piscina? He traído el bañador —dijo Lily

levantándose la falda para enseñarle el bañador a su tía.

—Claro que podemos —dijo Simone.

—Todavía puedo ir a buscar a Beau al colegio —se ofreció Brooke.

Simone negó con la cabeza.

—Hemos estado esperando estas pequeñas vacaciones desde hace fias. Le he prometido helados y correr por la playa por la noche. Estará bien.

Brooke asintió. Sabía que era así. Incluso aunque Simone nunca la había tratado a ella así, pero era wmpreosible. Simone tenía dieciocho años cuando se había tenido que hacer cargo de una niña de trece. Aun así, todavía dolía.

Brooke se metió en el coche y abrió la ventanilla.

—Así que vas a buscar trabajo hoy —dijo Simone.

—Sí. Danny va a dejarme un despacho tranquilo con un ordenador y los periódicos de una semana para que pueda buscar entre miles de trabajos para los que no haga falta ninguna cualificación.

—Excelente —dijo Simone sonriendo. Se asomó por la ventanilla —. Hola, Danny. Hola... peno.

—Se llama Buckley —dijo Danny acercándose a Brooke para ver a Simone.

El aroma de Danny, su deliciosa fragancia hizo que Brooke apretara los dientes para dejar de respirarlo.

—Bueno —dijo Simone con una sonrisa—. Que paséis un buen día —se apoyó a Lily en la cadera y entraron corriendo en el hotel dispuestas a disfrutar un par de días de lo mejor que ofrecía Santa Kilda.

—Bueno, ya estamos solos tú y yo —dijo Danny tan urca que Brooke sentía su aliento en el pelo.

Su tono era sarcástico, aunque sabía lo escaso que era realmente el mal humor de ella y las precarias razones que había tras él.

—Adelante, vamos por ello —dijo Brooke arzellanándose en el asiento.

La risa de él resonó dentro del coche y en la cabeza de Brooke junto a esa frase: «bueno, ya estamos solos tú y yo»

Una vez en el edificio de la Agencia Good Sports, Brooke sujetó a Buckley del collar para evitar que se escapara.

—Tranquila —dijo Danny mientras entraban en el ascensor—,

sabe donde vamos. Y sabe que Lucille le dará en secreto un par de donuts cuando lleguemos.

—¿De verdad necesitas traer al perro? —preguntó sin dejar de sujetar al animal.

—Está bien. Duerme debajo de mi mesa y pasea por ahí. Al personal le encanta y no me gusta dejarlo todo el día solo en casa.

En el reducido espacio del ascensor, podía sentirlo, olerlo. Su cuerpo entero se estremecía sólo por estar a tan escasa distancia. Tenía un problema serio. ¿Qué pasaba si un día no era capaz de controlar esa atracción y se besaban? ¿Qué pasaría si iban más allá y luego no había ninguna química sexual entre ellos? O peor, ¿qué pasaría si la química era tan buena como ella imaginaba y aquello los consumía? ¿Qué pasaría si se enamoraba totalmente y entonces él descubría que ella no era suficiente? ¿Y si entonces él la dejaba.. ?

Las puertas del ascensor se abrieron, Buckley echó a andar por el pasillo, y Brooke salió disparada, respimndo a bocanadas el frío aire acondicionado.

Sonó el móvil de Danny. Miró la pantalla. Era Gor, don Rose, el superentreoadoc No podía dejarlo esperando de nuevo, pero tampoco quería dejar a Brooke, sobre todo mientras se mostraba tan nerviosa y no se veía a Lucille por ninguna parte.

—Será un momento —prometió y respondió al teléfono—. Gordon, ¿estás de vuelta?

En ese momento empezó a sonar el teléfono fijo. Mientras Danny escuchaba a Gordon hablar del equipo de sus amores, Danny esperaba que Lucille apareciera, pero nada. Miró a Brooke quien sonrió e hizo un gesto en dirección al teléfono. Danny negó con la cabeza. Saltaría el contestador, no era lo ideal, pero valdrfa. Ella asintió. Después apretó fuerte el bolso y giró sobre los talones.

Gordon quería darse de baja, así que Datmy se acercó a los ventanales a mirar la playa de Santa Kilda. El teléfono fijo dejó de sonar y Danny se volvió en el momento en que Brooke se llevaba el auricular a la oreja. Era demasiado tarde para detenerla.

—Agencia Good Sports —dijo haciendo gestos a Danny con la mano para que dejara de protestar.

Se sentó en la silla de Lucille, con la espalda derecha, las rodillas juntas y el bolso todavía debajo del brazo. Escuchó atenta, levantando las cejas cada vez que su interlocutor decía algo que no le sentaba bien, «Oh, Dios», pensó Danny, «que sea alguien que se

ha equivocado de número».

—Bueno, Derek, no hay nada que me gustase más que poder conseguir que te atendiera en este instante... —miró en dirección a Danny y ese gesto hizo que le subiera tanto la adrenalina que tuvo que pedir a Gordon . que repitiera lo que le había dicho—, pero Danny está ocupado en este momento. Puedo decirle que te llame...

Era evidente que la habían interrumpido. Sus mejillas se sonrosaron ligeramente y Danny se imaginó la diatriba que debía de estar saliendo del otro lado. El Derek en cuestión no había ninguna duda de que sería Derek Johnson. El prolijo muchacho de pelo largo que parecía estar destinado a convertirse en el número uno de la pretemporada. Danny lo quería. Y tenía la intención de conseguirlo, pero justo en ese instante estaba dándose de cabezazos contra Brooke, una mujer que llevaba de mal humor más de una semana. Y no había nada que pudiera hacer para ponerle fin.

Cruzó la sala, perdiendo a Gordon durante unos instantes, para mirar a ver si Lucille aparecía por el pasillo, pero ni rastro. De pronto, Brooke bajó las cejas, se inclinó hacia delante en la silla, apoyó un brazo y su rostro se volvió beatífico. No, conocía esa mirada... Cuando tenía ese aspecto calmado era peor que cuando estaba abiertamente enfadada. Derek estaba a punto de recibir un tirón de orejas. El muchacho se largaría y nadie podría reprochárselo.

—Gordon —dijo Danny—, te escucho entrecortado y no te entiendo. Dame un par de minutos y te llamo desde un fijo.

Pero cuando colgó era demasiado tarde.

—Derek —dijo Brooke y Danny contuvo la respiració— Respira. Así... ahora... —esperó—. Muy bien. Eso está mejor. Ahora escucha un momento. ¿De verdad te crees que te contaría el cuento de que Danny está muy ocupado sólo para divertirme?

Danny se acercó a la mesa y apoyó las manos en el borde. Brooke lo miró parpadeando mientras escuchaba la respuesta de Derek; después sonrió. Una sonrisa no era mala señal, pensó Danny. Diablos, una sonrisa como aquélla era mejor que buena.

—Muy bien —dijo ella—. Nuestro Danny es un chico ocupado. Los superagentes suelen ser chicos ocupados. Y lo último que queremos es hacerlo trabajar tanto que lo mandemos a la tumba antes de tiempo. ¿Qué sería de un tipo joven como tú sin tenerlo a tu lado? —espero—. Estupendo —dijo inclinándose hacia delante pura busca un boli y luego escribió un mensaje en el que Danny

esperó que no pusiera «dile que se vaya al infierno»—. Le pasaré el recado —de nuevo una pausa—. Tan rápido como pueda, ¿de acuerdo, Derek? *Ciao*.

Y colgó, Apoyó los codos en la mesa, sonrió y le dijo:

—¿Has terminado tu llamada?

Era el ramo de Danny para parpadear. —No del todo. ¿Qué pone en el mensaje? Miró al cuademo y leyó:

—«A Derek Johnson le gustaría que lo llamaras cuando te viniera bien. Sin prisar, creo que han sido las palabras exactas.

Sin prisa. ¿Sin prisa?

—¿Tienes idea de quién es? preguntó.

—Claro —dijo poniéndose de pie y recolocándose la blusa mientras rodeaba la mesa. Agitó la nota delante de él—. Ése que va a ser el número uno de la pretemporada, pero no, le habría venido mal que alguien le hubiera puesto algunos límites de pequeño. Me ha llamado amor. ¡Amor! Pequeño liante. Ni siquiera Beso habla de ese modo...

Danny se echó a reír. Brooke dejó de hablar y lo miró, fmncib el ceño.

—¿Qué es tan divertido?

—Tú —dijo aprovechando para mirar embelesado su hermoso rostro.

Brooke respiró hondo y después dijo:

—Lo siento. Debería haberme estado quieta, pero un teléfono sonando para mí es como un grifo goteando o unas migas en la encimera de la cocina. Nadie más va a ocuparse de ellos, así que siento la obligación de hacerlo yo. Lo siento.

—¿Lo sientes? Brooke has estado perfecta.

Lo miró como si nunca nadie antes la hubiera llamado perfecta. Y era una mujer que se merecía ese calificativo y más.

Sin ser siquiera consciente de lo que haría, la agarró con las dos manos de las mejillas y la besó. Un beso rápido. Un beso nacido del agradecimiento. Y de la felicidad. Y de alivio porque sabía quién cm el que llamaba, algo de lo que Lucille no hubiera tenido ni idea.

Cuando se separó, sólo entonces, se dio cuenta de lo que había hecho. La había besado. Había unido su boca a la de ella. Podía sentir la marca de sus suaves labios todavía. Una sensación tan fuerte que si cerraba los ojos podía creer que aún la estaba besando.

Ella lo miró con los ojos brillantes, conmocionada como no la había visto nunca antes. Se pasó la lengua por los labios antes de

sonreír mostrando todos los dientes. Danny apenas pudo reprimir un gruñido, dejó caer los brazos, pero ella no dio ni un paso atrás. Podría haber dado un par de pasos para separarse de él dándole así la señal de que se habían acabado los besos por el momento, pero no lo hizo. Se quedó quiera, lo bastante coma como para que le llegara su aroma a manzana, lo bastante cerca como para que pudiera apreciar la docena de matices que había en el verde de sus ojos que lo miraban como si no lo hubieran visto nunca antes.

Sin saber qué hacer, le quitó la nota de la mano.

—¿Te importa si lo llamo ahora? —preguntó con voz ronca.

Ella negó con la cabeza.

—Llamaré desde mi despacho. ¿Quieres venir conmigo o prefieres esperar aquí a Lucille?

Volvió a sacudir la cabeza. Estaba conmocionada. No enfadada. No incómoda, sino sorprendida y sin palabras. Después de un besito.

Se preguntó cómo se quedaría si la besara de verdad. Y en ese momento apareció Lucille.

—¡Hola, jefe! Buckley y yo nos hemos estado poniendo al día. Está en tu despacho.

Miró a Brooke que estaba quieta como una estatua. Luego volvió a mirarlo a él. Dejó una taza de té a medias en su mesa y apoyó una rodilla en la silla mientras los miraba alternativatriente.

—¿Qué me he perdido?

—Una importante llamada de teléfono —gruño Danny—. De Ikrek Johnson.

Lucille lo miró y se encogió de hombros. No tenía ni idea de quién estaban hablando. Y Brooke sí. Brooke, que sabía cómo engatusar a alguien por teléfono como él no había visto hacer nunca. Brooke que había vivido el mundo del deporte a tope durante ocho años. Brooke que estaba buscando un trabajo. Brooke, a quien adoraba desde la cabeza hasta los pies.

No había bromeado cuando le había dicho que sería esencial para su negocio, aunque entonces estaba pensando con algo más que con la cabeza. A pesar de eso, tenía razón. Sería esencial. Pero también una distracción. ¿Era lo bastante fuerte para considerar un aspecto y olvidarse del otro? ¿Podría reprimir el deseo de be sarla cada vez que culminara una llamada con éxito?

Lo dudaba. Su contención se debilitaba de día en día. Y su atracción aumentaba y descubría aspectos nuevos. Aspectos como la

ternura con que trataba a sus hijos. Preocupación por si sería ella feliz trabajando en el fin del mundo para poder vestirlos.

—¿Puedes darle un café a Brooke, Lucille? Después la llevas al despacho de Johnno y conectas el ordenador. Johnno está en Boston —dijo a Brooke—. Estamos a punto de conseguir que un muchacho de Tasmania firme por los Red Sox.

—¿Bailey Montgomery? —dijo ella. Sus primeras palabras tras el beso.

Danny sonrió. Bienvenida, pensó.

—Eso es. Es agradable saber que hay mujeres en mi vida que piensan que las noticias deportivas son algo más que un momento para ir a preparar café —dijo mirando a Lucille y luego a Brooke—. Ve con Lucille, te instalará y luego iré a ver qué tal estás Brookecuadró los hombros como mentalizándose para buscar trabajo—. ¿Estás segura de que estás preparada para esto?

—Estaré bien —dijo ella—. Tú haz lo que tengas que hacer. Como si yo no estuviera aquí.

—Oh, querida —dijo Lucille rodeando la mesa y agarrando a Brooke del codo—, si crees que él puede hacer como si no estuvieras, entonces me atrevería a decir que soy la única mujer en la vida de Danny que sabe que en la vida hay algo más que noticias deportivas.

Danny aprovechó el comentario para marcharse.

—La puerta de mi despacho está abierta, no dudes en venir si necesitas algo.

La expresión de Brooke estaba a medio camino entre el deseo de que la salvara de Lucille y la esperanza de que no hubiera entendido el comentario tan claramente como ella.

Pero claro que lo había entendido. La adoraba. La deseaba. Y ya que había probado el sabor de esos labios, no había marcha atrás. Lucille lo sabía. Emily lo sabía. Diablos, estaba seguro de que Simone también. Se preguntaba cuánto tiempo tardaría en saberlo Brooke.

Entró en su despacho, se sentó tras la mesa y se pasó una mano por la barbilla. Aún no estaba preparado para enfrentarse a los gustos de Derek Johnson.

Era difícil dejar de pensar que Brooke estaba unas salas más allá.

Capítulo 9

ESA NOCHE, después de la ceoa, Brooke llamó al móvil de Simone. Lily le habló de las caracolas que había reunido ese día en la playa, y Beau le dio un informe minuto a minuto de su primer día de colegio.

A media conversación se dio cuenta de que tenía la mano apoyada en el corazón. Sabía que esas noches fuera eran buenas para ellos. Que era saludable que pasaran tiempo con otras personas distintas de ella. Y también era bueno para Simone tener otras personas de las que ocuparse, pero eso no evitaba que sintiera un gran vacío dentro. Al final se puso Simone.

—¿Todo bien?

—Sí —dijo con un suspiro—. Dales el doble de besos de mi parte.

—Lo haré. Y no hagas nada que yo no haría —dijo Simone—, a menos, claro, que Danny esté involucrado, entonces tienes permiso para hacer lo que quieras.

Después colgó el teléfono y Brooke se lo quedó mirando.

—¿Quieres ver una peli de DVD? —preguntó Danny.

—¿Por qué no7 lo siguió hasta la guarida y se dejó caer en un sofá mientras él trasteaba con los aparatos—. Mientras sea una película para adultos y ni se nombre a Harry Poner, me sirve.

—¿Preferencias? preguntó mirando por encima del hombro.

—Como Beau. Me encantan los polis y los tiros y todo eso, pero, a diferencia de él, no hay nadie que me diga que no puedo verlo.

Danny sonrió, pudo sentirlo en la semioscuridad. Creía que estaría más nerviosa por estar a solas con Danny por primera vez, sin Cal o los niños como carabina, pero a lo mejor no podía sentase de otra manera después del día que llevaba.

—¿Has encontrado algo? preguntó él.

—Si fuera estudiante de peluquería de tercer año, graduada universitaria o investigadora, entonces ya tendría trabajo —dijo tras un suspiro.

—Pero como no eres ninguna de esas cosas

—Resulta que no soy muchas cosas. No tengo experiencia suficiente para trabajar en una oficina. Disponibilidad para trabajar en ventas. Ni soy lo bastante joven como para participar en un estudio de la universidad, lo que es una lástima porque pagaban

muy bien —se cubrió la cara con las manos—. Ya es oficial. En algún momento he perdido mi esencia.

—¿Tu esencia?

—Ya sabes, cuando eres joven y el mundo es tu casa y tienes esa magia y esa esperanza y ese atractivo innato que te hace diferente.

—Sé lo que es la esencia —dijo—. Simplemente es que no estaba al corriente de que la hubieras perdido.

—No es que la haya perdido, simplemente es que ya no está. La determinación que me llevó a Inglaterra con dieciocho años y me hizo conseguir trabajo en la discoteca más de moda de Londres, ha desaparecido. Ciertamente no era la más guapa allí. No las tenía más grandes —hizo un gesto a la altura del pecho—, ni las piernas más largas, ni la risa más alta. Pero tenía esencia. Banqueros, abogados, estrellas de la tele... todos querían mi teléfono.

—Y Cal —dijo como si ella hubiera podido olvidarlo:

—Y Cal —repitió y lo miró por los resquicios que dejaban sus dedos para descubrirlo observando con el ceño fruncido la carátula de un DVD—. Pero en el camino, mientras he sacado adelante a dos hijos y he mantenido la vida de Cal con un mínimo de organización mientras él siempre esmba a miles de kilómetros, mi esencia se ha desvanecido. Ninguna de las personas a las que he llamado hoy han querido siquiera conocerme. Es deprimente.

—Son idiotas —dijo él.

—¡Eso es lo que yo he pensado! Pero a lo mejor necesitaría algo por escrito. Podrías hacer como que he trabajado para ti y ser tú mis referencias.

—¿Por qué simularlo?

—Pensaba que habrías abandonado esa idea. Y recuerda: sin experiencia, no mucha disponibilidad y mayor de dieciocho.

Danny metió la película en el reproductor.

—Sigo necesitando una asistente personal. Tienes un instinto asesino al teléfono del que he sido testigo esta mañana. Conoces el negocio. Y simplemente que tú . estés por ahí puede asustar a Lucille y puede que se porte mejor.

Danny se irguió y de pronto volvió a ser el oscuro y misterioso Danny. Y los nervios aparecieron. ¡Maldición! Si tuviera su esencia intacta sería capaz de combatir esa sensación, pero sin ella estaba completamente desprotegida.

—¿Qué pasa con Lily? —preguntó mirándolo.

—El despacho que está enfrente del mío es lo bastante grande

para tener una mesa y una zona de juego para Lily. Además hay tres guarderías cerca de las oficinas. Santa Kilda está lleno de parejas jóvenes.

Brooke respiró hondo. Era tentador, Negociar con ese gamberro por teléfono esa mañana había sido gratificante. También lo era trabajar en un terreno que conocía y donde la gente la conocía a ella. Además sería una oportunidad de mostrar que la mujer tras el hombre era algo más que eso. Siempre lo había sido y siempre lo sería. Si su esencia necesitaba algún tipo de empujón para volver a ponerse en marcha, estaba segura de que podría ser eso.

—Es una oferta realmente tentadora, Danny. Pero ya has dado demasiado apoyo a mi familia.

Aparecieron los créditos de la película. Danny se apartó de la pantalla y se sentó a su lado en el sofá. Se apoyó en el reposabrazos de modo que la miraba a ella y no a la película que había empezado con una canción de Sting sobre un fondo de llamas. Sabía cuál era, pero no era capaz de recordar el título.

—No lo he hecho por m familia —dijo con voz grave.

—Oh —dijo ella sintiendo que se le sonrojaban las mejillas—. Por Cal, perdona, ya sé que te refieres a Cal.

A lo mejor era la mezcla del aroma cítrico y de atención masculina lo que le estaba haciendo sentirse de ese modo cada vez que él se acereaba. La piel erizada, el temblor, el nudo en el estómago. Sus hormonas estarían en alerta roja si no las liberaba pronto. Y sucedía que Danny estaba justo en medio.

—Tampoco lo he hecho por Cal —dijo negando con la cabeza.

—Oh —otra vez oh, ¡qué palabra tan socorrida!, sobre todo cuando faltaba el aire para hablar.

Mel Gibson apareció en la pantalla y ni se giró a mirarlo, sólo tenía ojos para Danny. Danny que esa mañana había tomado su rostro entre las manos y la había besado. Un beso corto nacido del agradecimiento y el alivio y el buen humor. No del amor, ni del cariño, ni del deseo incontrolable, aunque es ese momento a ella y a su libido le hubiera dado igual.

—¿Entonces por qué lo has hecho? —preguntó con una voz más fuerte de lo que se creía.

—Venga, Brooke.

—¿Venga qué?

—No me hagas decirlo.

Brooke se sacó las piernas de debajo y se inclinó sobre la cadera

izquierda con su peso apoyado en la mano del mismo lado.

—Creo que me lo vas a tener que decir.

Danny arrugó las cejas y entomó los ojos. Se movió de forma casi inapreciable, pero se acercó más a ella. Lo bastante cerca como para que ella tuviera la sensación de que respiraban el mismo aire.

—Te invité a quedarte aquí conmigo —dijo con una voz que retumbaba en la oscuridad—, no por tu familia, o por un sentido de lealtad a Cal. Lo hice por ti.

Ella lo sabía. Siempre lo había sabido. Mucho antes de que Simone lo hubiera sugerido. Se había resistido a ello, levantado muros y creado mecanismos de bioqueo. Había intentado ignorarlo, pero lo sabía.

Se sentía tan roto como ella, Brooke podía verlo en su oscura mirada, en la tensión de sus brazos. Pero en ese momento, por primera vez realmente a solas con él, una mujer sin pareja con una necesidad desesperada de un poco de magia en su vida, toda esa necesidad era demasiado para poderse resistir. —

Con una suspiro que decía «al diablo», con una pizca de «¿dónde demonios me estoy metiendo?», Brooke se inclinó para reducir la distancia que los separaba y lo besó.

Durante un instante en que los labios de él parecieron no responder se preguntó si no estaría cometiendo un colosal error, pero un segundo después Danny respondía sin ninguna duda.

La rodeó con sus fuertes brazos y la arrastró hasta sentarla en su regazo.

Y su beso.... Oh, su beso.

Brooke había pensado que aquello aliviaría la creciente tensión que había entre ellos, pero ese beso mostraba que estaba equivocada. Mientras la besaba más profundamente, las rodillas le temblaban, la piel se le erizaba y todo su cuerpo pedía más. El beso parecía como algo largamente esperado, como si toda su vida, lo bueno y lo malo, hubiera estado dirigida a llegar a ese momento.

Con una mano Danny le levantó la camiseta rozando la piel de la parte baja de la espalda justo en el borde de la cintura del vaquero mientras un dedo se colaba debajo. Lo abrazó por el cuello. Su piel quemaba contra los fríos dedos de ella. La hacía sentirse tan pequeña. Delicada. Femenina. El aura de Danny era tan enorme, tan masculina.

Sabía que todo lo que tenía que hacer era dejarse llevar y que así todo iría mejor. Dejar de pensar hasta en lo más nimio y

permitir que simplemente sucediera, olvidarse de todo lo que le había salido mal en la vida y perderse entre sus fuertes brazos.

Se movió, deslizándose por el sofá hasta que se sentó a horcajadas encima de él. Una oleada de calor recorrió el cuerpo de Danny y dejó caer sus manos hasta que llegaron al final de la espalda de Brooke. Sintiendo de pronto que tenía el control, por primera vez desde que podía recordar, Brooke deslizó las manos desde detrás del cuello de Danny hasta su rostro. Hizo el beso más lento. A propósito.

Después de lo que parecían horas, Danny se movió y echó la cabeza para atrás. Un gemido escapó de los labios de ella.

—No te atrevas a parar —susurró Brooke.

—Tengo que respirar —dijo él casi en su boca.

Brooke sonrió. Una sonrisa plena de confianza y conquista. Y entonces ignoró la petición de Danny y volvió a besarlo, más despacio esa vez, con moderación. No se había sentido tan sexy en toda su vida. Porque sabía que ese hombre la adoraba. Lo sabía. No tenía ni idea de por qué no se había dado cuenta antes, pero en ese momento se echó para atrás y le dedicó todas sus atenciones como si fuera alguien a punto de morir de sed en el desierto y ella fuera su último sorbo de agua.

—Eres tan buena en esto —susurró.

Brooke levantó la cabeza lo justo para poder responder.

—Sorprendente si consideramos todo el tiempo que ha pasado desde la última vez —entonces él se resistió. Los fuertes muslos se tensaron debajo de ella—. ¿Qué ocurre? —preguntó con voz suave y ronca.

Danny se apartó un poco más, hasta que estuvo fuera de su alcance, no físicamente, sino emocionalmente. Se había vuelto frío y distante.

Brooke sentía que le ardía la cara y tuvo ganas de darse una bofetada por haber abierto la boca y haber dicho lo que fuera que había conseguido que aquellos dulces labios se apartaran de ella, pero no podía recordar ni una palabra de lo que había dicho, sólo podía pensar en esos labios.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar.

Danny sacudió la cabeza. Sus ojos eran oscuros y turbios. Sintió ganas de agarrarlo de las solapas y zarandearlo hasta que se le desenturbiara la mirada. Hasta que se abriera a ella con la misma dulzura que en ese primer beso.

Pero entonces, Danny levantó un brazo y se lo paso por la boca. ¡Borrando el beso? Y Brooke sintió la dolorosa sensación de una vergüenza que le sonrojaba las mejillas. Se levantó de encima de él y se acurrucó en el otro extremo del sillón.

—Bueno, en este momento estoy completamente confundida.

—¿Por qué me has besado Brooke? —preguntó Danny mirándola a los ojos.

Ella sacudió la cabeza. Le seguía hirviendo la sangre por el calor del beso. Su piel anhelaba sus caricias, pero se mantuvo a distancia. Miró a la pantalla.

—¿Por qué me has besado, Brooke? —repitió—. Esta vez necesito que seas tú la que lo diga.

—Creía que era lo que querías. Simone me lo ha dicho durante tantos años que había empezado a creerlo.

—Me has besado porque Simone te ha dicho que lo hicieras —dijo con voz fría y tranquila, sin pasión.

—Sí —se burló—. Me caracterizo por hacer lo que dice mi hermana. Por eso me gasté la herencia en tres meses cuando me fui a Londres. Por eso me casé con un tipo a quien apenas conocía cuando las primeras palabras de Simone cuando se lo conté fueron que me arrepentiría. Y por eso es por lo que te he besado ahora.

Se volvió hacia él con los ojos llenos de rabia. Por ella y por él por no ir a las claras tampoco. Se había entregado al beso tanto como ella. Si era eso lo que él quería, si era lo que ella quería, entonces ¿por qué demonios no estaba dando saltos de alegría?

—Presumes de ser sincero, Danny. Pero tú me has invitado a esta casa. Te has pasado la última semana siguiendo anhelante mis pasos, inventándote novias y pasando conmigo todo el tiempo que podías. Así que sé sincero conmigo ahora. ¿Qué quieres de mí?

—Esto no —dijo él.

—¿No qué? —dijo con la respiración acelerada y llena de confusión.

Se volvió completamente hacia ella y se dio cuenta de que no estaba tan frío como pensaba. Estaba tan atractivo que se le desbocó el corazón. Si no se hubiera sentido tan herida se habría lanzado a su regazo de nuevo.

—No te quiero así, Brooke —dijo con voz calmarlaNo como una forma de venganza, o de autocastigo, o de aclarar tu cabeza, o para que te sientas bien contigo misma, o porque esta noche te sientes sola sin tus hijos.

—No era eso lo que estaba pasando...

—Brooke —dijo interrumpiéndola con tono cortante—. Te conozco demasiado bien.

Brooke dejó caer la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos. Estaba agotada. Mental y emocionalmente. Deseando poder borrar el recuerdo de ese beso tan fácilmente como él lo había borrado de su boca. Pero no podía. Sabía que recordaría con todo detalle hasta la más mínima sensación el resto de su vida.

Danny cambió de postura. Deseaba tanto acercarse, enterrar los dedos en su pelo y acariciarla hasta que gimiera de placer. Besarla de nuevo. Más. Siempre.

Brooke siguió con los ojos cerrados. Respiraba fuerte, el pecho le subía y le bajaba. La chica de sus sueños estaba en su sofá, vulnerable, abierta a él. Y lo había besado. Ella lo había besado.

Hasta entonces había parecido un sueño imposible, pero ya la atracción entre ellos era algo manifiesto. Sólo los separaba menos de un metro de sofá y su quebrado autocontrol. Y eso lo aterrorizaba. No sabía si ella lo había besado por la misma razón que él la había besado, no estaba más cerca de saber qué sentía por él que una hora antes.

Se dio cuenta de que ella lo estaba mirarado. Tenía la cabeza inclinada y lo miraba. La preocupación teñía el verde de sus ojos. Se estiró y tendió la mano hasta tocar la de él.

—Danny, yo...

—Shh—interrumpió—. Está bien.

—No, no lo está. No... no puedo perderte —dijo con voz agitada —. No puedo perder tu amistad. No por una cosa tan estúpida como un beso.

—No me perderás, Brooke —dijo él—. Nunca. Te lo prometo.

Ella nunca lo perdería, pero había muchas posibilidades de que él sí la perdiera si hacía algún movimiento equivocado, si empujaba demasiado. ¿Podía realmente arriesgar tantas cosas, su lealtad a Cal, su auténtico temor al compromiso, la reputación de su negocio, por Brooke si ella no estaba dispuesta a arriesgarse por él? La duda lo partía en dos. Ella lo miraba y sus hinchados labios lo tentaban, lo mismo que su cálido cuerpo.

—No sé por qué no me abandonas, Danny. He sido una estúpida muchas veces. He tomado decisiones terribles y después vivido con ellas como si estuvieran grabadas en piedra. No soy ordenada. No sé cocinar. No tengo mucho carácter. Sigo herida por mi última

relación. Lo más cerca que he estado de hacer un deporte ha sido practicando yoga.

—¿De verdad quieres saber por qué no te abandonaré, Brooke? —preguntó.

Probablemente nunca debería haber ofrecido semejante posibilidad. Y ella debería haber respondido que no. En los últimos meses había perdido a su marido, un hombre que había acabado con su capacidad de creer en sí misma. Había perdido su casa, su forma de vida y personas que había creído que eran amigas. Se estaba agarrando con las uñas a su última posibilidad de tomar las riendas de su vida. Lo último que quería hacer Danny era complicarle aún más la existencia, pero cuando se limitó a mirarlo a los ojos, no pudo evitarlo.

Así que, con un suspiro de resignación, se volvió hacia ella y dijo:

—Eres amable. Proteges con ferocidad lo que amas. Eres tan enérgica como tierna. Tan divertida como sorprendente. Y alguien tendría que estar ciego para no ahogarse en el verde de tus ojos.

Brooke lo miró un largo rato. Danny sintió como si todos sus sentidos hubieran sufrido una sobrecarga momentánea. La película sonaba suave de fondo. Cuando Brooke se recuperó, dijo:

—Mis ojos no son verdes, son color avellana.

La miró a los ojos y no pudo evitar tender una mano y acariciarle la mejilla.

—No —dijo dibujando su primer esbozo de sonrisa desde que se habían besado—. Tienen todos los matices del verde. Son vibrantes, oscuros, sombríos y brillantes. Del color de las hojas nuevas y del viejo bosque. Y sobre todo, los ojos verdes más adorables que he visto.

Brooke le acarició la mano y después la rodeó con sus dedos y la apartó de su rostro.

Danny hubiera podido jurar que había visto lágrimas en sus ojos, lágrimas intentando escapar. Sabía que si eso ocurría, se desharía. Estaría a su merced. Y ella nunca lo respetaría y no podría reprochárselo. Soltó la mano y se levantó del sofá.

—Creo que es mejor que nos vayamos de dormir, a menos que quieras acabar de ver la película.

—¿Qué sentido tiene? —respondió ella sonriendoNo he visto la primera mitad

Danny se metió las manos en los bolsillos del pantalón para

evitar abrazarla y volverla a besar.

—Estate preparada a las ocho. Empiezas a trabajar mañana en mi oficina, ¿de acuerdo?

—Gracias —dijo ella.

Brooke vio cómo Danny se marchaba. Respiró hondo. Sentía sus emociones hechas jirones. No tenía ni idea de qué acababa de pasar. Pero una cosa sí estaba clara: todo había cambiado.

Ya no era la mujer de hacía tres meses. Ya no era la maltrecha víctima de un matrimonio desastroso, pero tampoco estaba completamente segura de ser la voluptuosa, jadeante y deseosa mujer que se había echado encima de Danny huía un momento.

Lo había besado. Y él a ella. Las cosas nunca volvertan a ser iguales. Daba lo mismo los chistes que ella hubiera hecho después y lo dulce que había sido él. Habían cruzado una línea invisible esa noche y no había marcha atrás.

Se pasó las manos por la cara con fuerza tratando de borrar las sensaciones que aún le corrían por las venas, aunque sabía que la única forma de acabar con toda esa energía sería recorrer el camino que había hasta la cama de Danny. Ver si con sus caricias cumplía la promesa que había visto en sus ojos. Y al infierno las consecuencias. Pero no lo haría. No podía. Sabía que si ese hombre no cumplía su promesa, las heridas que tenía, no cicatrizarían jamás.

Capítulo 10

A LAS NUEVE y cinco de la mañana siguiente, Brooke se sentaba en la silla de su nuevo despacho en las oficinas de la Agencia Good Sports. La habitación era enorme, la mesa descomunal, las estanterías estaban llenas de calendarios y álbumes de fotos además de DVD de partidos de fútbol. Tenía un portátil con una gran pantalla y un teléfono con tantos botones que parecía la consola de una nave espacial.

Se imaginó cómo quedaría la mesa con fotos de loss niños. Sería fantástico, pensó. Se inclinó y puso los pies en la mesa un momento pensando en que la noche anterior no había pasado nada entre ellos y que esa situación podría funcionar. Danny nunca sabría que doce horas después seguía sintiendo la marca de sus labios, la suave caricia de sus manos y la dulzura de sus palabras. Ése sería su pequeño secreto. Y era muy buena guardando secretos.

Sonó el teléfono en recepción y bajó los pies y se sentó en condiciones. A lo lejos se escuchaba el murmullo de una docena de voces. El suave tintineo de las teclas de los ordenadores. El sonido de las televisiones en cada despacho. Todo aquello le daba auténtica energía al sitio. Una energía que infundía ánimo.

O a lo mejor era que cada vez que escuchaba unos pasos pensaba que era Danny...

El viaje en coche hasta Santa Kilda había sido tenso. Habían charlado, discutido sobre planes de cena y listas de la compra. Le había dicho que tenía que salir pronto para recoger a Lily e ir a buscar a Beau al colegio. E1 había insistido en que ella dispusiem de uno de los coches. Hasta que sus manos se habían encontrado buscando el volumen de la radio y se habían apartado como si quemaran. Ya no habían dicho ni una palabra más hasta que habían llegado a la oficina.

Desde la noche anterior su relación se había vuelto más distante. Diablos, se estaban comportando como un matrimonio de ancianos. Sólo esperaba que superaran pronto esa fase y volvieran a ser.. ¿qué? ¿Amigos? De alguna manera esa palabra no definía lo que Danny Finch pretendía con ella.

Sonó el teléfono. Levantó lentamente el auricular y se lo llevó a la oreja.

—Hola, Brooke —dijo Lucille.

—Hola, Lucille.
—¿Has descubierto la cafetera?
—Sí, gracias.
—Excelente. Entonces estás lista. En primera línea para Danny. ¡Buena suerte!
Lucille colgó y dejó a Brooke en el más absoluto vacío. También colgó ella, cuadró los hombros, sacudió el pelo y después levantó el auricular y apretó el botón que parpadeaba.
—Oficina de Danny Finch —dijo—. Soy Brooke.
Hubo una pausa al otro lado del teléfono. A lo mejor era porque quien llamaba esperaba hablar directamente con Danny. Pero lo sintió... diferente. Sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. A lo mejor era un vendedor de ésos que intentaba que cambiara de compañía de teléfonos y que siempre hacían esa pausa antes de hablar.
—¿Brooke Findlay? —dijo una voz femenina cuando estaba pensando en colgar.
—Así es —dijo ella.
—Soy Rachel Cross de Sport Scene. Hablamos hace unos días sobre una posible entrevista, cuando llamé a casa de Danny. ¿Está... está trabajando para Danny ahora?
¡No era posible! El destino le podía haber concedido un futbolista gritón, un ciclista quejica, incluso un nadador desesperado, pero no, en su lugar tenía que enfrentarse a una periodista con ganas de escribir una historia que, según los espacios que aún le dedicaban algunas publicaciones, todo el mundo en la ciudad se moría por saber.
Brooke se mordió el labio para no decirle a esa mujer que en realidad era el alter ego travestido de Danny, lo que hubiera puesto fin a los rumores. Pero a lo mejor a Danny no le hacía gracia el chiste.
—¿Qué puedo hacer por usted, señora Cross? —preguntó.
—Me dijo que llamara a Danny a la oficina y eso es lo que estoy haciendo. Llamar.
—Muy bien. Lo siento, pero ahora está en una reunión. Puedo pasarle un mensaje. Espere un segundo que busco un boli.
Abrió el cajón y en lugar de un boli se encontró con una caja de regalo. Se la quedó mirando un momento. La tarjeta que había adherida a la caja llevaba su nombre. Miró por la ventana que daba al pasillo, pero no había nadie. Volvió a mirar al cajón y sacó el

paquete con el mismo cuidado que hubiera manejado una bomba. Abrió el sobre de la tarjeta. La leyó.

¿Sabías que todo el mundo recibe un regalo su primer día de trabajo? Es una del millón de cosas buenas que tiene empezar un nuevo empleo.

Danny.

Se echó a reír y se tapó corriendo la boca con la mano. Había usado casi las mismas palabras que con Beso para que se sintiera mejor su primer día de colegio. Danny era algo especial, Muy especial.

Llamaron a la puerta. Brooke alzó la cabeza y se encontró con Emily que sonreía desde el umbral con un bonito traje pantalón color vainilla. Excelente. ¿Qué había hecho esa mañana para enfadar a.los dioses?

—Brooke —dijo el teléfono.

—¿Qué? ¿Sí? Oh, disculpe —dejó a un lado el regalo y encontró un boli y un cuaderno de notas—. Me decía...

—Me encantaría tenerla en mi programa el próximo jueves si está usted libre. Si ha visto nuestro espacio, sabrá que Martin no es en absoluto sensacionalista. Es un periodista delicado que sólo quiere contar las histodas auténticas que hay tras el glamour de los profesionales del mundo del deporte. Sabemos que su historia podría llegar al corazón de mucha gente.

—Se refiere a Danny, ¿verdad? —dijo Brooke cuando terminó de tomar notas.

—Bueno, como he dicho antes, si usted prefiere que él venga solo también está bien —dijo Rachel despacio,—, pero es a usted a quien quiere escuchar el país. Y puedo prometerle que una vez que los espectadores vean que usted está bien, entonces se cerrará el asunto.

¿Cerrar el asunto? La expresión caló en el subconsciente de Brooke. Sonaba realmente bien. Pero cerrar un asunto no era algo que debiera venderse para consumo público.

—Señora Cross, no veo cómo una entrevista televisiva en la que yo cuente mis intimidades puede cerrar ningún asunto para mí.

—Quizá no, pero sí para el país.

El país. Los que compraban las revistas que con sus altos precios animaban a los paparazzi a esconderse entre los arbustos y hacer

fotos de sus hijos. Por ella el país podía irse a freír espárragos. Dejó el boli en la mesa con cuidado.

—No tiene ningún mensaje para Danny, entonces.

—Bueno, sólo que le cuente lo que le acabo de decir.

—Supongo que entonces hemos terminado.

—Hasta la próxima —dijo Rachel.

—Adiós —dijo Brooke y colgó el teléfono. Levantó la vista y Emily seguía en la puerta—. Hola —dijo poniéndose de pie . Lo siento. Pasa, pasa.

—Así que es verdad que estás trabajando aquí Aijo mientras entraba en el despacho con la gracia de una bailarina y deslizaba su elegancia en una silla.

Brooke se estiró la blusa y se pasó las manos por la falda para alisarla, después abandonó. No había posibilidad de competir con esa mujer en elegancia. Tantos años de haber estado cubierta de pies a cabeza de galletas de niños se lo habían imposibilitado.

—Sí —dijo—. De momento —Emily alzó una ceja y calló para que Brooke continuara—. No sé cuánto te habrá contado Danny de mi situación.

Emily sonrió y Brooke pensó que probablemente mucho, pero no le importó. Le gustaba Emily. Parecía recta hasta la médula. Lo que se veía era lo que había. Y lo que Brooke veía le gustaba mucho. A lo mejor podía animar a Danny a intentarlo con ella de nuevo. O podía simplemente dejar de pensar en él una temporada. O abrir las alas y volar..

—Necesito un trabajo y Danny necesita a alguien entre Lucille y él o se matarán mutuamente.

—No te vendas tan bajo —dijo Emily riendo—. Danny acaba de contarme cómo manejaste a Derek Johnson por teléfono el otro día. Parece que tras esa imagen de madre dedicada hay un lado oscuro. Pensaba que me gustabas y ahora sé que es así.

—Gracias —dijo Brooke sin poder evitar sonreír.

—Mmm —dijo Emily—. ¿Qué es ese regalo?

Brooke siguió la línea de los ojos de Emily hasta la caja.

—Todavía no he podido abrirlo.

—No permitas que yo lo retrase —se inclinó hacia de¡ante y apoyó la barbilla en el puño.

Brooke trató de pensar en alguna excusa para no hacerlo, pero no se le ocurrió ninguna. Así que tiró del lazo blanco y lo quitó de la caja verde. Verde, no avellana, pensó y se le erizó la piel como si

Danny estuviera detrás de ella. Respiró hondo, abrió la caja y vio una bonita cadena de plata con un guardapelo. Con manos temblorosas abrió el guardapelo y descubrió que había dos fotos de sus hijos. Sonriendo a la cámara. A ella. Con tanto amor que no podía verlo a través del brillo de sus ojos.

—¿Puedo? —dijo Emily extendiendo una mano.

Brooke le tendió el regalo. Emily dedicó un momento a admirarlo antes de decir:

—En realidad no estamos saliendo, ¿sabes?

Brooke respiró sin saber que se había estado aguantando la respiración, después se aclaró la garganta y la miró. Emily estaba mirándola. Con cuidado, sin malicia. Sin desagrado. Sin resentimiento. Ni una pizca.

—Lo sé —admitió Brooke aunque se sintió aliviada por oírlo de sus labios.

Emily le devolvió el regalo.

—Lo intentamos hace un par de años, pero no resultó. Lo que es una pena porque tiene el mejor trasero que he visto en un hombre. Y trabajo con futbolistas día tras día.

echó a reír como se suponía que tenía que hacer, pero dejó ahí la afirmación. Ella se había fijado en los ojos, las manos, los labios, la voz... no necesitaba añadir ninguna otra parte de él a la lista de las cosas que le gustaban.

—Siempre puedes volverlo a intentar.

—¿Qué sentido tendría? Sobre todo cuando sé desde hace siglos que está locamente enamorado de otra —por suerte empezó a sonar el teléfono—. Bueno, tengo que irme. Hay jugadores de fútbol que contratar y despedir —se dirigió a la puerta pero se detuvo justo al llega al umbral—. Sólo una pequeña advertencia.

Brooke dejó que siguiera sonando el teléfono e hizo un pequeño asentimiento.

—Para citar a una famosa marca de ropa deportiva que sabe de lo que habla: Juse do it Y para citarme a mí misma, una mujer que ha vivido bastante: no hay un amante más cruel que el arrepentimiento.

Brooke de pronto estuvo a punto de contarle todo. De hablarle del beso, de las secuelas y de cómo los dos se estaban comportando como si todo siguiera igual. De hablarle de las noches sin dormir y sus dudas entre querer a Danny y no querer afrontar las consecuencias de quuedo. Y de que no estaba segura de lo que

sentía por ella, lo mismo que antes del beso. Pero mantuvo la boca cerrada. Y entonces Emily desapareció dejándola con una caja de regalo en la mano y tres líneas de teléfono sonando a la vez.

Brooke a la hora de comer fue con el coche hasta el hotel de Santa Kilda a recoger a Lily. No había visto a Danny, pero tampoco lo había buscado realmente. No sabía qué demonios decirle si se lo encontraba.

Simone abrió la puerta de su habitación del hotel mientras se ponía un pendiente. Nada de abrazos, ni besos, ni sonrisas de hermana.

—Excelente. Justo a la hora. Ya he pagado y todo porque tengo que trabajar esta tarde.

—Podrías haberme llamado —dijo Brooke—. Habría venido antes.

—No, no —dijo Simone sin acabar de conseguir ponerse el pendiente—. No querría causarte problemas con tu nuevo jefe.

—¿Dónde está Lily?

—En la piscina con Jerry. Quería saludarte antes de que se fueran los niños y ella quería despedirse de su tortuga imaginaria, Mickey. Mickey está con nosotros cada vez que venimos aquí, pero nunca quiere irse a casa con ella. ¡Qué niña más graciosa!

—Es cómodo —dijo Brooke ausente—. Como la boa de plumas. Como la almohada de Beau «¿como Danny y yo? ¿Es todo así? ¿Es por eso que estoy tan indecisa? ¿Porque lo he besado, pero no puedo decirle que la decisión de besarlo ha sido sólo mía?»

Brooke se sentó en el borde de la cama. Después, sintiéndose demasiado llena de energía, volvió a levantarse y se acercó a la ventana.

—No te preocupes —dijo Simone entre risas—. No tardará mucho. Pronto podrás volver con tu jefe.

Brooke se dio la vuelta y no pudo aguantar más.

—Lo besé.

—¿A la tortuga imaginaria? preguntó Simone.

—No, boba, a Danny.

Los ojos avellana oscuro de Simone, tan parecidos a los de ella, se abrieron de par en par y se quedó con la boca abierta. Estaba realmente impactada. No estaba segura de haberla visto impactada alguna vez. Normalmente ocultaba todo ese tipo de cosas tras el sarcasmo y la apatía.

—Bueno, ya era hora —dijo Simone sentándose en el borde de la cama—. Quiero decir que esto se veía venir desde siempre, pero realmente nunca pensé que llegara a ocurrir.

Brooke se sentó al lado de su hermana.

—Bueno, pues sucedió. Lo besé. Y fue... asombroso. Como fuegos artificiales y... como nunca había sido antes. Después me dijo que quería ahogarse en mis ojos y se fue a la cama. Solo. Y hoy me compra esto —se abrió los dos botones de arriba de la blusa y le enseñó el guardapelo.

—Qué canalla —dijo Simone con sentimiento. Bmoke la miró—. Bueno, el tipo evidentemente no es bueno. Preocuparse por ti todos estos años, ofrecerte su casa cuando la necesitabas, comprarte regalos como éste. Es una tapadera, seguro. Nadie es tan perfecto. ¿Tiene una esposa escondida en el ático a lo Jane Eyre?

Con cada sarcástica palabra Brooke se sentía cada vez más sin aire.

—¿Siempre tienes que hacer lo mismo?

—¿Hacer qué?

—¿Puedes tener una pizca de comprensión? ¿De empatía? ¿Simplemente simular que te preocupa que lo estoy pasando mal con todo esto? Sólo por una vez en tu vida.

Simone cerró la boca y se le enrojecieron las mejillas. Eso significaba que Brooke sólo recibiría el silencio como respuesta y luego todo volvería a la nonnalidad. Era lo habitual.

No tenía ninguna amiga de verdad. Las que había pensado que lo eran habían desaparecido tras la muerte de Cal. Tenía un par de nuevas conocidas que estaba empezando a frecuentar, pero de momento con la única persona que podía contar era con ella misma.

Así que, antes de poder tragarse las palabras, dijo:

—¿No ves que necesito ayuda? —Simone siguió en silencio y Brooke vaciló—. Me refiero a que pensé que me la estabas ofreciendo esa noche y yo no quiero aprovecharme y...

Simone levantó una mano para interrumpirla.

—Pan. Rebobina. Vuelve a la parte de que necesitas mi ayuda.

Brooke respiró hondo y se lanzó.

—Estoy hecha un lío. Mi rabia contra Cal. La tristeza de pensar que es mejor que se haya muerto. Y Danny está en el medio de todo esto. Era el mejor amigo de Cal y de su misma edad. Vivieron la misma vida durante muchos años. Y además es mi incondicional, una constante en mi vida desde hace años. Y ahora que lo he

besado, todo ha cambiado, lo quiera o no. No podemos dar marcha atrás, pero no estoy segura de querer seguir adelante, no sé si es mejor o peor —respiró y miró a su hermaoa—. La capacidad de ocuparme de mí misma es muy importante para mí, pedir ayuda, a cualquien, para mí es como arrastrarme. El último recurso. Pero ahora te la estoy pidiendo. ¿Puedes ayudarme?

Simone se mordió el labio y la miró.

¿Por qué no acudiste a mí en primer lugar? —preguntó Simone —. Y no me digas que porque mi apartamento es muy pequeño y Jerry fuma.

—Yo... —Brooke se derrumbó. Las palabras de Emily le resonaban en la cabeza—. Porque tú ya me habías abandonado otras veces. Nunca has querido apoyarme. ¿Cómo iba a pedirte ayuda después de eso? —Simone abrió la boca para protestar, pero Brooke no la dejóEras una niña grande. Con grandes proyectoss que se fueron al garete cuando mamá y papá murieron y te tuviste que hacer cargo de una niña de trece años. He hecho todo lo que he podido para ser independiente desde que tuve edad para intentarlo.

Simone cada vez estaba más pálida. Dejó caer la barbilla y se miró las manos.

—Nunca he entendido por qué te casaste con semejante canalla. Eras una chica inteligente. Pensaba que estarías enamorada, pero ahora lo veo claro. Te casaste con ese imbécil mentiroso... por mí.

Las palabras de Danny resonaban en sus oídos: «muchas parejas en estos tiempos se unen por razones equivocadas en vez de esperar a que aparezca la persona adecuada». Brooke se apartó el pelo de la cara. Aquello se estaba poniendo duro.

—Me casé con él porque era divertido, me adoraba y me lo pidió.

—Vale. Si quieres ir por ahí ... Oh, Brooke, ¡qué tonta! —dijo Simone sin su acidez habitual—. Cuando mamá y papá murieron fue decisión mía hacerme cargo de ti, en contra de todo lo que me decía todo el mundo.

—¿En serio?

—Diablos, sí. Se habló de mandarte con una tía lejana, pero no iba a permitir que eso ocurriera —Simone asintió, sorbió y se apartó también el pelo—. Pero que descubriera casi al mismo tiempo que no podía tener hijos no ayudó mucho.

—Oh, Simone —dijo Brooke tomándola de una mano, ella la agarró también y se sintió muy reconfortada.

—Y ahí estaba yo, decidida a sacar adelante a una niña de trece afios con un problema de conducta. Era como si el destino quisiera vapulearme, me daba una adolescente sin haber pasado antes por todos los momentos bonitos. Y después creció y se casó y se quedó embarazada enseguida. Me volví fría como el hielo. Era la única forma de poderlo soportar. ¿Por qué te crees que me hice abogada? —sonrió intentando disimular que tenía los ojos llenos de lágrimas —. Ahora entiendes por qué estoy tan tonta con tus hijos siguióY sabía que no le gustaba mucho a Cal, pero tú siempre dejaste que yo pudiera verlos. Gracias. De verdad.

—¿Lo sabe Jerry? —preguntó Brooke acariciándole la mano.

—Sí. Y me ama lo mismo. ¿Por qué si no iba a estar con él?

—Bueno —dijo Brooke—. Siempre pensé que tendría algo que yer con el piercing de la lengua.

—Bueno, eso siempre está ahí —dijo Simone sonriendo y parpadeando para borrar cualquier prueba de las lágrimas—. Y ahora, ¿qué necesitas? ¿Dinero? ¿Un las ¿Un lugar donde quedane? Sabes que me compré el apartamento con el dinero de la venta de la casa de papá y mamá. La mitad es tuyo, así que si tengo que venderlo, lo haré. O puedes mudarte, o puedo comprarte tu parte.

Brooke lo pensó y se dio cuenta de que eso no era lo que realmente necesitaba. Aún quería tomar las riendas de su destino. Y seguía creyendo que podía hacerlo.

—Lo que realmente necesito es tu apoyo, sin importar lo que suceda después.

—Siempre lo has tenido, nena. Me aseguraré de recordártelo siempre que pueda.

Más tarde esa noche, después de que los niños estuvieran en la cama, Danny apareció buscando a Brooke. Apenas habían pasado un momento juntos en todo el día. No había podido hablar con ella, tocarla, enterarse de qué pensaba. Y eso lo tenía medio loco.

Había pensado que era fuerte. Y sincero. Y que sería capaz soportar la increíble tensión de vivir con ella. Pero se había engañado a sí mismo. Otro día como el que acababa de pasar, recordando su beso y no podría soportarlo. Había llegado el momento de poner fin a esos juegos. Era tiempo de saber qué pensaba realmente ella. La encontró de pie frente a la ventana de la cocina, mirando al jardín a oscuras. Estaba descalza, tenía el pelo revuelto, la ropa colgando como si fuera de alguien con dos tallas

más. El reflejo de las luces de la piscina iluminaba su piel.

Se metió las manos en los bolsillos, respiró hondo y dijo:

—Hola.

Ella se dio la vuelta. Tenía una mano en le pecho sujetado algo... El guardapelo.

Danny tragó. Ni siquiera se había dado cuenta de que había encontrado su regalo. Lo llevaba colgado. Cerca del corazón. A pesar de lo que había pasado la noche antes y de cómo se había comportado durante el día, la esperanza renació en su corazón. Hasta que ella dijo:

—Estoy pensando en mudarme.

Su esperanza se extinguió de repente. Se apoyó en la encimera, cruzó lo brazos y recurrió a la última fuerza que le quedaba para preguntar:

—¿Y por qué?

—Ha vuelto a llamar la chica de *Sports Scene*. Esta historia sobre nosotros no se va a acabar nunca.

—¿Y qué si nunca se acaba? —dijo—. ¿Es realmente tan malo?

—No es bueno para ti —dijo ella.

—No lo plantees así, Brooke. Puedo cuidar de mí mismo. ¿Y tú? ¿Es que la idea de los dos como...!

¿Qué? ¿Amantes? ¿Marido y mujer? Se sentía bloqueado, pero hizo el esfuerzo de saltar la barrera y buscar las palabras.

—Algo más que amigos —hubiera profundizado más, pero eso era todo lo que se le ocurría—. ¿Está fuera de todo contexto?

—Danny, yo... no sé qué decir.

—Entonces escucha —dijo separándose de la encimera y dejando paso al instinto.

Si escuchaba a su cabeza, a su pasado, a su conciencia, nunca haría eso. Y tenía que hacerlo. Ya. Era su única oportunidad con ella. Y si no la aprovechaba, si no se lanzaba con toda su fuerza, entonces no se la merecía. Respiró hondo, se acercó y la tomó de la barbilla. Se humedeció los labios. Despacio. Se dijo que por mucho que intentara disimularlo, ella también sentía algo por él. Eso le dio el empujón final para lanzarse.

—Brooke, cariño, anoche me preguntase por qué seguía contigo. Sólo te dije alguna de las razones, pero puedo pasar otro día entero diciéndote las demás —le pasó el pulgar por los labios—. Sigo a tu lado y quiero seguir mientras tenga suficiente fuerza en los brazos para sujetarte cuando te desmayes. Eras y sigues siendo la criatura

más bonita que nunca he visto. Haces que se caliente mi piel, que me dé saltos el corazón, que desee bajar el ritmo y disfrutar de lo que me produce mi trabajo. Eres, y siempre has sido, Brooke, la única. ¿No lo ves? Eres la última mujer a quien quiero besar.

Al ver que ella no se movía, no rechistaba, enterró la otra mano en el pelo mbio y la atrajo hacia sí. Y ella le dejó.

Después, sin poder resistir más la tentación, sustituyó el pulgar por la boca y la besó con toda la suavidad que pudo. Después la besó con más fuerza. Esa . vez era su turno para marcar el ritmo y el ritmo que quería era caliente y frenético. Lo dio todo en ese beso. No se conmvo. Ni un ápice.

Era el beso más terrorífico de su vida. Hasta que ella le pasó las manos por detrás del cuello y lo besó también. Todo el temor desapareció y simplemente disfrutó de la felicidad de por fin poder disfrutar de ella. De abrazarla, de rodearla con sus brazos y besarla.

—Dios, te amo —murmuró Danny con voz ronca contra sus labios.

Como respuesta obtuvo un cuerpo envarado entre sus brazos. Respiró hondo y se separó lo justo para porder mirarla a los ojos. Brooke estaba colorada, como si no hubiera respirado desde que él había dicho lo que había dicho.

Era la primera vez en su vida que había pronunciado esas palabras. Y ésa no era exactamente la reacción que esperaba en semejante ocasión. La soltó y se puso a pasear por la cocina pasándose las manos por el pelo, tratando de olvidar el dolor que sentía en el vientre. Cuando dejó de caminar se miraron a los ojos a través de la cocina como si se tratara de un duelo. Danny se preguntó quién dispararía primero.

No le sorprendió ser él. Aquella pequeña testaruda podría haber estado allí una semana sin decir nada.

—Brooke, deja de comportarte como si le hubiera dado una patada a tu gato y dime algo.

—Tú no me amas, Danny.

Aquello acabó con su última esperanza.

—¿Cómo puedes siquiera pensar que sabes lo que pasa en mi corazón?

—No... no puedo ser lo que quieres que sea, Danny.. No puedo. No puedo estar atada a ti como una especie de patética Rapunzel, pegada a ti para sobrevivir.

—No —dijo él—, ni siquiera pienses en echarme la culpa a mí

de eso. A diferencia de otras personas que han aparecido en tu vida antes, yo no tengo planes para retenerte, Brooke. Nunca. Quiero que hagas lo que tengas que hacer para ser feliz. Pero ya no tengo miedo de decirte que estar contigo es lo único que yo necesito para ser feliz.

—¡Bravo por ti! —dijo ella desviando la mirada.

—Sólo he sido sincero contigo, Bcooke.

Volvió a mirarlo.

—Bueno, entonces —dijo ella—. Evidentemente llevo mejor las bonitas mentiras.

La miró y supo que no había nada que pudiera hacer para que cambiara de opinión. Para hacer que comprendiera. Podía quedarse allí de pie y decirle que la amaba hasta consumirse y ella no cambiaria. No lo creería. Pensó que era suficiente. Lo había intentado. La había amado y no había sido bastante. No podía dar más.

—Entiendo que no confíes en mí —dijo agotado—. Realmente lo entiendo.

—Pero yo...

—Brooke. No. Si confiaras en mí no estaríamos teniendo esta conversación.

¿Realmente quería decir eso? Era ridículo. Había expresado sus sentimientos y no se había relajado lo más mínimo. Se enamoraba más de ella cada momento que estaba a su lado y sabía que eso seguiría siendo así siempre que la viera. Y eso dolía mucho.

—Brooke, creo que ya tienes dinero. Ha llegado el momento de que te busques una casa.

Brooke se quedó boquiabierta, lo miró parpadeando. Como si hubiera estado esperando que él volviera a poner fin a algo, pero si era eso lo que ella quería, iba a tener que decírselo. Iba a tener que pronunciar, las palabras.

—¿Me estás pidiendo que me vaya? —dijo pálida pero con las mejillas rosadas.

Danny tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echar marcha atrás y prometerle que esperaría a que ella decidiera. Ya había esperado ocho años...

Pero habían sido ocho años pensando que nunca sería suya. De amarla desde lejos. Pero ya no había nada que le impidiera confiar en él. El daño lo habían hecho durante años muchas personas que la habían decepcionado. Y su amor no era bastante para salvarla.

—No puedo seguir así más, Brooke —dijo, odiando lo que decía pero pensando que había que hacerloNo puedo soportar más verte por la mañana en la cocina con la ropa de dormir y el pelo revuelto. No puedo pensar en ti durmiendo tres puertas más allá mientras mi cuerpo se muere por ti. No puedo vivir preguntándome si un día me amarás. Todo eso me va a matar.

Se permitió tocarla por última vez. Le colocó un mechón de pelo tras la oreja y después le pasó el pulgar por el párpado para secarle las lágrimas. Se inclinó y la besó en la frente y respiró profundamente su femenino aroma imaginando lo bien que habrían estado juntos.

Después, se separó y sintió como si una cadena de acero de cuyo candado no tenía la llave le rodeara el corazón. Pero no importaba. No necesitaría ninguna llave. Ninguna mujer podría tocar su corazón como lo había hecho ella.

—De acuerdo —dijo Brooke—. Lo entiendo —asintió. —Te dejaré tiempo libre mañana para que busques algún sitio —dijo e incluso él notó el tono helado de su propia voz.

—Bien —dijo ella—. Mañana empezaré a buscar. A lo mejor en Emerald, cerca del colegio de Beau. Estaría bien. Todavía lo bastante lejos como para mantener el anonimato.

«Y todavía cerca de mí», pensó él, pero sabía que eso en ser optimista. Si realmente quisiera estar cerca de él, se quedaría en su casa.

—Parece buena idea —dijo él con voz algo más calmada—. Puedo ayudarte a buscar si te hace falta. Te ayudaré a hacer la mudanza. Te ayudaré a cualquier cosa que te haga falta. Siempre. Ya lo sabes, ¿verdad?

—Pero no puedo quedarme —dijo asintiendo tratando de convencerse.

—No, Brooke. No puedes quedarte, pero tú tampoco me necesitas realmente. Beau tiene un nuevo colegio, tú tienes un nuevo trabajo y suficiente dinero en perspectiva como para tener tu propia casa. Estás lista.

Lista para el brillante futuro que se merecía. Pero había tenido que decirse y decirle a ella que la amaba y que ella lo rechazara para darse cuenta de que él no tenía sitio en ese futuro.

Y nunca lo tendría.

Capítulo 11

A LA MAÑANA siguiente Brooke estaba visitando una casa de campo de tres habitaciones en Emerald con Danny y Lily. Era el tercer sitio que visitaban. Podía pagarlo con el buen sueldo que le pagaba Danny, tenía un hermoso judío, estupendas vistas y buena calefacción.

Pero no se sentía animada. Sólo se sentía vacía. No se sentía así desde el día que se había desmayado en la oficina de Danny. Las últimas semanas la habían llenado. Se había recargado. Renovado. En casa de Danny. Con Danny. Por Danny.

Pero en ese momento, después de llorar en la cama hasta el amanecer, volvía a sentirse entumecida. Peor que entumecida. Se sentía… equivocada. Todo estaba mal.

—¿Puedo ir a jugar a la habitación de la niña? —gritó Lily.

Brooke buscó en el bolso el cuento favorito de su hija.

—Aquí tienes, corazón. Llévate a Oliviay siéntate en la cama.

Lily se fue cargada de juguetes. Brooke se quedó en la cocina mirando por la ventana a Danny que hablaba en el jardín con el agente inmobiliario sobre cosas importantes como fontanería y contratos. Como si fuera el hombre de su vida.

Se cruzó de brazos y respiró con fuerza. Miró a Danny. Danny, quien la noche antes la había abrazado y le había dicho que la amaba. En ese momento, su instinto le había dicho que se lanzara a él, que siguiera besándolo, pero todo le decía que ella no había hecho nada para merecer ser amada de ese modo. Y por eso, presa del pánico, lo había rechazado.

Lo había herido. No había duda de que eso era lo que sus dudas y su rechazo habían provocado en él. Lo había visto en sus ojos Nunca antes lo había visto tan vulnerable. Nunca antes había visto a un hombre tan vulnerable. Y eso le daba dolor de corazón. Todavía le dolía. Tantas horas después. Deseó poder parar esa sensación de que Danny estaba ahí en el mundo, amándola y que ella no se había movido ni un centímetro. Su Danny. El hombre de su vida. La idea le caló muy hondo. Tan hondo… Más hondo que nada que hubiera sentido antes.

Danny se agachó, su eterno traje negro se ciñó a sus muslos, al mejor trasero del mundo. Emily no se equivocaba en eso. El agente se agachó también. Asintió mientras Danny daba una patada a un

montó de hierba. Se levantó. Se frotó las roanos y entonces, como si supera que ella lo estaba mirando, se volvió y le dedicó una cálida mirada.

El corazón le retumbó en el pecho, casi dolía, pero era un dolor agradable. Como intenso placer e intensa felicidad todo junto.

Luego él sonrió. A penas. Casi lo oyó decir que todo iba a ir bien. Y casi lo creyó.

Pero, una vez más, era demasiado. Se dio la vuelta y fue a ver a Lily. Estaba, increíblemente, sentada en la cama leyendo el cuento de Olivia.

—¿Qué te parece, LiIy?—preguntó pasándole una mano por los rizos.

—¿El qué?

Brooke recogió una pluma rosa de la cama y la metió en le bolso donde ya había una docena.

—La casa ¿Crees que puede ser nuestro nuevo hogar? Esta será tu habitación.

—Pero si ya tengo una habitación en casa de Danny —dijo mirándola.

—¿No te gustaría tener una casa nuestra? Sólo Beau, tú y yo.

—¿Y Buckley?

—Bueno, Buckley tendrá que quedarse con Danny, pero podemos ir a verlo cuando quieras —se preguntó cuánto de verdad había en sus palabras.

¿De verdad podría visitar a Danny? Sabiendo lo unida que estaba a él, lo mucho que la afectaban sus besos, el miedo que le daba. Sabiendo el daño que le había hecho.

El labio de Lily empezó a temblar. Brooke no sabía qué decir. En ese momento Danny asomó por la puerta.

—Hola —dijo Brooke con la garganta tan tensa que casi pareció que estaba llorando.

—John está en su coche —dijo Danny—. Nos da unos minutos para que echemos un vistazo solos —se volvió a Lily—. Esta habitación será perfecta para ti.

Pero Lily no estaba convencida. Se lanzó a los brazos de Danny y se puso a llorar.

Brooke la miró asombrada. Como si supiera exactamente lo que Lily sentía. Era como si su hija fuera quien estuviera realizando su imperioso deseo de lanzarse a los brazos de Danny y no dejarlo escapar. La boa de Lily se deslizó de sus hombros y cayó al suelo.

Brooke la recogió.

—Eh, cariño —dijo Brooke poniendo la boa de nuevo sobre los hombros de Lily, pero la niña se limitó a encogerse de hombros por primera vez desde que su padre había muerto.

Sobrepasada por la sucesión de emociones, Brooke dijo:

—Nosot... Lo siento, pero sería mejor llevarla a casa.

A casa. A casa de Danny.

Él asintió. Siguió acariciando la cabeza de Lily mientras la levantaba en brazos y las lágrimas de la niña le caían en el hombro de la impecable chaqueta. Tendió una mano y Brooke la tomó y los tres se fueron de la bonita casa. Un sitio que hubiera considerado perfecto sólo unas semanas antes.

—Quédate —dijo Danny en un susurro aunque Lily se había quedado dormida arriba en casa de Danny—. Lucille puede hacerse cargo de todo hoy.

«Quédate». Sólo se refería a que se quedara en su casa y se tornara el resto del día libre, pero durante un instante había pensado que quería que se quedara... para siempre. Y había sentido un soplo de felicidad. Felicidad, confianza...Y amor. Finalmente todo tenía sentido. Lo amaba. Realmente estaba enamorada de Danny. Colmaba su alma. Le hacía reír. La hacía sentirse segura y sexy. Si ella le hacía sentir la mitad de lo que él a ella, entonces no había ninguna duda de que realmente estaba enamorado. Su Danny. El hombre de su vida.

Danny le dedicó una última mirada y luego se dirigió a la puerta. Brooke se sintió clavada a la tarima, pero su corazón fue lo bastante fuerte como para sacar lo mejor de ella. Corrió tras él.

—Danny, espera.

—¿Qué pasa? —dijo volviéndose ya al lado del coche.

Brooke respiró profundamente. Tenía tanto que decir que no sabía por dónde empezar.

—Lily no quiere marcharse —dijo dando pequeños pasos. Danny parpadeó. Y eso le dio a ella el tiempo que necesitaba para decir lo que tenía que decir—. Y aunque no lo he hablado con Beau, sé que siente lo mismo. Han... han llegado a adorar vivir aquí. Contigo.

Danny se apoyó en el coche, pero esa vez Brooke sabía que no era tan frío como parecía. Era un mecanismo de defensa. Se estaba preparando para enfrentarse a la dificultad que fuera.

—No quieres la casa de campo entonces, ¿es así? Ella negó con

la cabeza.
—No quiero la casa de campo.
—¿Porque no quieres ninguna casa de campo?
—Ninguna —dijo asintiendo.
—Brooke, ¿qué estás tratando de decirme? —preguntó.
Era muy bueno con las palabras. Siempre lo había sido. Ella no, así que en lugar de decir nada, dio dos pasos más y después se puso de puntillas. Le temblaba todo el cuerpo. Apoyó las manos en los hombros de
Danny y lo besó. Un beso suave, dulce que empezó en el corazón y se extendió enviando rayos de amor hasta el último rincón de su cuerpo llenándola de la esperanza de que ese hombre se merecía cada pizca de amor que había dentro de ella.
Cuando se apartó, él tenía los ojos cerrados. Los abrió lentamente.
—Así que era eso lo que tratabas de decirme —dijo con una sonrisa indulgente.
—Hay más.
—No puedo esperar —le apartó un mechón de pelo de la cara y eso la animó a seguir adelante.
—Danny —dijo con voz rasgada.
—Sí, Brooke.
—Creo que yo también te amo.
Un profundo suspiro escapó de los pulmones de Danny golpeando el rostro de ella con una oleada de aire caliente. Brooke respiró hondo. La había creído.
—¿Crees...? —repitió él con una media sonrisa.
—Lo sé —dijo antes de pensárselo dos veces—. Te he amado desde hace años. Siempre has sido importante para mí. Me has ayudado a seguir cuerda y equilibrada cuando las cosas en mi vida iban fatal. Creo que puedo contar contigo pase lo que pase. Me encanta cómo eres con mis hijos. Incluso adoro tu egocéntrica idea de que siempre tienes razón.
La sonrisa de Danny se ensanchó. Agarró con un dedo la cintura de los vaqueros de Brooke y tiró de ella.
—¿Sí? —preguntó tan cerca que sintió la vibración de su voz.
—No —dijo ella—. Odio que siempre creas que tienes razón. Me llevan los demonios.
La sonrisa se convirtió en risa, una risa hipnotizadora, tan sexy, que casi no podía respirar.

Dio otro tirón hasta que la tuvo pegada a él.

—Si estás diciendo lo que creo que estás diciendo, vas a tener que acostumbrarte a esto.

Le pasó las manos por el cuello y lo miró a los ojos y en ellos vio el amor que la profesaba.

—Estoy diciendo lo que crees que estoy diciendo. Estoy enamorada de ti, Danny. Y por mucho que intentes deshacerte de mí, no pienso irme. Nunca.

—Inténtalo siquiera —dijo él.

Sus palabras la llenaron de valor, de energía y wo6anza hasm el punto de sentirse como si flotara a diez centímetros del suelo.

—Siento lo de ayer. Soy realmente... —él le cubrió los labios con un dedo.

—Ayer pasó hace mucho tiempo —dijo él—. Lo pasado, pasado, recuerda.

—Es verdad —sonrió mientras él le acariciaba los labios con el dedo—. Buena frase.

—Mmm —dijo Danny—. Ahora deja de parlotear y dime olía vez por qué me quieres. ¿Tiene algo que ver con mi cerebro, mi éxito o mi... qué era lo otro?

—¿Tú increíble buen aspecto? Claro, ¿por qué no? —Danny la miró con sus ojos dorados como si estuviera memorizando la expresión de su rostro—. También me gustan tus manos —siguió—. Y ese hoyuelo que me vuelve loca. Y en este momento estoy haciendo un gran esfuerzo para no callarme, y besarte.

La sonrisa de Danny se suavizó, se volvió amable. Y Brooke se dio cuenta de que estaba temblando. ¿Cómo podía hacer temblar a un hombre como ése? No podía responder a esa pregunta, pero no iba a volver a hacérsela nunca, simplemente iba a vivir.

—Bueno, pues deja de hablar y hazlo—dijo él.

No tuvo que pedírselo dos veces. Lo besó y él la besó. La rodeó con sus fuertes brazos como el hombre de su vida. El hombre de su corazón.

Cuando el beso se acabó de forma tan natural como había empezado, se echó para atrás ligeramente sólo para cerciorarse de que su atención estaba puesta en ella.

—Pero no pienso dejarte creer que siempre tienes razón.

—Entonces, ¿qué te parece una última vez? —dijo él mirándola de un modo que casi no podía escucharlo por la cantidad de sangre que se había subido a su cabeza—. Quédate —dijo y esa vez supo

exactamente a qué se refería—. Quédate. Vive conmigo. Déjame quererte tanto como siempre he querido amarte. Y cásate conmigo.

—Sí —dijo ella sin dudarlo un segundo—. Me casaré contigo, Danny Finch.

La abrazó con fuerza y la levantó del suelo hasta que no supo dónde acababa ella y dónde empezaba él.

Ninguno de los dos iba a volver ese día a la oficina.

Las siguientes seis semanas pasaron en un abrir y cerrar de ojos, pero Brooke ya se había adaptado. Estaba tumbada en una colchoneta inflable en la piscina disfrutando del calor del sol en el rostro. Abrió un periódico del domingo y se encontró con una foto de suu boda con Danny.

No habían vendido su historia al mejor postor. Ni siquiera habían tratado de ocultar que iban a casarse. Se habían limitado a seguir adelante con sus vidas con un mínimo de alboroto, un máximo de amor y lágrimas y risas. Y al final de todo habían enviado una foto para el mundo.

En la foto ella estaba mirando hacia abajo, llevaba el pelo suelto y seguramente demasiado enmarañado para una novia, pero le había dado igual. Había pasado el día en el séptimo cielo y si la peluquera le hubiera hecho dos coletas le habría dado igual. Llevaba un bonito vestido suelto color champán. Danny la miraba sonriendo, su amor brillaba tanto que incluso en ese momento podía sentirlo.

La foto aparecía rodeada de mensajes de docenas de personas que ni ella ni Danny conocían. Gente que les deseaba lo mejor.

Beau se lanzó gritando a la piscina. Un segundo después miles de gotas de agua empapaban el periódico. Brooke lo dejó en las baldosas calientes. Danny apareció a su lado.

—Hola, guapa —dijo.

—Estás chiflado. Estoy calada hasta los huesos.

—¿Otra vez buscando cumplidos? Pensaba que casarme contigo y declararte mi eterno amor sería suficiente, pero no. ¿Vas a necesitar que te lo confirme todos los días? Me temo que lo vas a conseguir, pero primero...

Se impulsó en el fondo de la piscina, después tiró de uno de los lados del colchón inflable y Brooke tuvo el tiempo justo de respirar profundamente antes de sumergirse en el agua. Volvió a la superficie para respirar y se apartó de la cara el pelo mojado. Danny

estaba apoyado en el borde de la piscina con aire inocente.

—Te quiero—dijo ella nadando despacio hasta donde estaba él —. No lo vas a ver venir, pero un día, pronto, voy a premiarte por todo.

Danny la rodeó con una pierna y la atrajo hacia él. La agarró de los hombros y Brooke se quedó sin respiración al mirarse en sus ojos.

—Espero ese día conteniendo la respiración —dijo y la besó con temura.

—¡Danny! ¡Mami! —gritó Lily desde el otro lado de la piscina nadando con un flotador—. Miradme, estoy nadando a braza.

Danny rió a carcajadas y nadó para unirse a los niños. Los felices hijos de Brooke que querían a Danny casi tanto como a ella.

Brooke sintió que las lágrimas le corrían por el rostro hasta mezclarse con el agua de la piscina.

Las últimas semanas se había dado cuenta de que era un chica llorona. Después de todo las lágrimas no eran sólo cosa de niños de rodillas llenas de heridas que empezaban a andar y hombres que bebían demasiado; también eran para mujeres que amaban tanto a su familia que les importaba un pito si todo el maldito mundo lo sabía.

Fin